

HACIA LA LENGUA LITERARIA COMUN

Serie "Luis de Eleizalde"
sobre unificación del euskera escrito

FASCICULO 1

Hacia la lengua literaria común

fr. Luis Villasante,
de la Academia de
la Lengua Vasca

EDITORIAL FRANCISCANA ARANZAZU
OÑATE (Guipúzcoa)

Depósito Legal: S. S. 672 -1970

TALLERES GRAFICOS DEL SANTUARIO DE ARANZAZU
ONATE (Guipúzcoa)

PROLOGO

La única finalidad que persigue este opúsculo es vulgarizar el conocimiento del Plan básico sobre unificación del euskera escrito, que fue aprobado por la Academia de la Lengua Vasca. El núcleo central del mismo viene constituido por el texto de dicho Plan con breves exposiciones y comentarios. Preceden unos capítulos previos que exponen en plan sumario la problemática general subyacente al tema, y la particular derivada de las circunstancias concretas del caso vasco. Finalmente, los capítulos últimos quieren dar una idea resumida de la historia de este problema. Todo en plan sucinto y elemental. A buen seguro que los especialistas de nuestras cosas no hallarán en él nada nuevo. Pero, sin embargo, las polémicas recientemente desatadas entre nosotros nos han convencido de la necesidad de un trabajo vulgarizador de esta índole (1).

En su origen este opúsculo es el fruto o resultado de un cursillo sobre el tema, tenido este mismo año en el Teologado de Aránzazu. Y en sus líneas fundamentales conserva la traza y forma de aquel cursillo.

Por último, este fascículo quiere ser el primero de una serie que comprenderá estudios de características similares, todos en torno al euskera.

Aránzazu, septiembre de 1970.

(1) Mucho hemos dudado y vacilado antes de decidimos a escribir de este tema en castellano; pero al fin nos hemos animado a ello en vista de la demanda de información que sobre la materia advertimos a cada paso. El Sr. Michelena (a quien como a autor del Plan-base aquí comentado, pedimos consejo), nos impulsó a ello, coincidiendo también con nosotros en estimar conveniente la publicación, en este momento, de un opúsculo de esta índole en castellano.

I

QUE ES LA LENGUA LITERARIA

Lengua literaria, lengua común, lengua escrita, lengua unificada... he aquí expresiones más o menos sinónimas, que nosotros emplearemos indistintamente.

Sin embargo, la primera es la consagrada, la que más frecuentemente se emplea para designar el problema que nos ocupa. Pero tiene un inconveniente: el de prestarse a un equívoco que conviene deshacer cuanto antes. En efecto, al escuchar o leer la palabra *literario*, fácilmente se le ocurre a uno que aquí se trata de un tipo de lenguaje destinado a ser patrimonio exclusivo o preferente de literatos, poetas, etc., es decir, de esos a quienes consideramos artistas o magos de la palabra. Esta idea es totalmente errónea. Achica y aun falsea la realidad de que nos vamos a ocupar.

¿Qué es pues la lengua literaria? ¿De qué problema o realidad se trata aquí, exactamente?

Más que doctas y abstractas definiciones, un sencillo ejemplo ayudará a caer en la cuenta de la rica y vastísima realidad que esta palabra encubre. Cuando un niño andaluz comienza a ir a la escuela, la maestra le enseña que lo que

él pronuncia *zordao*, se escribe *soldado*, y así sucesivamente con infinidad de voces y palabras. Seguramente que aquel niño, aun después que haya adquirido la instrucción escolar, seguirá en su conversación familiar pronunciando *zordao* etc., según el uso de su región; pero en cuanto tome la pluma en la mano, escribirá como se le ha enseñado en la escuela, y si no, caerá sobre él el estigma de inculto, de analfabeto, etc.

Por este sencillo ejemplo se echa de ver lo que es la lengua literaria. Es una forma cristalizada, convencionalmente fijada, unificada y normalizada, que adoptan los usuarios de una determinada lengua a la hora, sobre todo, de escribir. La palabra *literario* es, pues, aquí sinónimo de *lengua escrita*, lengua que se emplea para los menesteres y usos escritos. Esta lengua literaria o escrita se basa, naturalmente, en una lengua dada, viva, y hablada (o que se habló en un tiempo); pero representa una cristalización, en una forma determinada, de dicha lengua.

Desde que existe esta actividad que se llama escribir, y desde que esta actividad o función adquirió una importancia capital en las sociedades civilizadas, la lengua escrita se ajusta en todas partes a unos cánones propios, tiene unas exigencias y leyes propias, que no coinciden con las de la lengua hablada. Uno no escribe como habla, sino que escribe (o trata de escribir) como escriben los demás.

La lengua hablada o viva está sometida a una ley de disgregación, de evolución, de parcelación, cambio y diferenciación incesante. De un siglo a otro, de una provincia a otra, la lengua viva evoluciona y cambia. Si todos escribieran como hablan, vendría la anarquía, el caos, pues las infinitas diferencias de la lengua hablada quedarían reflejadas y aun resaltadas y agudizadas en la escritura. Para que esto no suceda, todos los pueblos que han adquirido un cierto grado de civilización y cultura han creado ese instrumento que se llama *la lengua literaria*, que confiere a los que lo poseen un título de distinción.

La lengua viva y hablada, como hemos dicho, evoluciona y cambia sin cesar. En reacción, y como para anular, contrarrestar y disminuir la influencia de esta acción dis-

gregadora, y por exigencias sociales, el hombre crea las *lenguas literarias, comunes o unificadas*, que vienen a ser un vínculo o lazo de unión, una fuerza centrípeta en contra de la fuerza centrífuga antes dicha.

Estas lenguas literarias son, ante todo, *lenguas escritas*, sirven y se emplean para el uso escrito. Lo que las lenguas literarias tienen sólidamente fijado y unificado es la forma de escribir. Es cierto que la acción e influencia de la lengua literaria se deja sentir también en el uso vivo o hablado, pero su campo primario es el del uso escrito.

En la lengua castellana, francesa, etc., por lo que al uso vivo o hablado se refiere, no deja de haber múltiples variedades, diferencias, etc., pero la uniformidad de la lengua escrita salva y asegura la unidad.

La escritura exige fijeza, estabilidad, uniformidad. Esta lengua literaria o propia para los usos y menesteres escritos es la que de modo uniforme se enseña en todas las escuelas de un país, la que aparece estampada en los libros, la que toda persona medianamente instruida emplea invariablemente cuando toma la pluma para escribir una carta, redactar un informe, o cuando deletrea un artículo o un libro impreso.

Esto es, pues, la lengua literaria: el instrumento que se precisa para los menesteres escritos. Instrumento que por exigencias de su naturaleza exige estar fijado, ser uniforme, hallarse al resguardo de las oscilaciones de la lengua hablada.

Por todo lo dicho se ve claro que la lengua literaria es ante todo una *lengua escrita*, basada, eso sí, en una lengua dada, pero que tiene multitud de cosas fijadas convencionalmente. Es un fruto de la civilización, y a la vez un instrumento de la misma. Un signo de distinción y de cultura, un símbolo de educación, un exponente que confiere prestigio social.

Toda lengua hablada —diremos una vez más—, dejada a su propio impulso y evolución espontánea y ciega, tiende a disgregarse, a evolucionar, a fragmentarse en multitud de formas y variedades. Y precisamente para contrarrestar

y anular los efectos de esta fuerza disgregadora, y compelido por las necesidades sociales, el hombre ha reaccionado creando estas lenguas literarias, basadas, sí, en una lengua viva y hablada, pero convencionalmente fijada. Este hecho no es de ahora, sino de siempre, pues conocemos lenguas literarias antiquísimas.

La acción e influjo que ejerce la existencia de una lengua literaria sobre las mentes de los hijos de un país es tal que vela a los ojos de éstos las diferencias reales de la lengua, de modo que parezcan inexistentes o intrascendentes, sobreponiéndose el hecho de la unidad, patentizado en la lengua escrita. Así, por ejemplo, cuando uno habla con gentes del pueblo sin más cultura que la escuela primaria, y recae la conversación sobre las dos lenguas habladas en nuestras provincias —el castellano y el vascuence—, nota que casi siempre suelen hacer esta observación, un tanto ingenua desde luego, pero muy reveladora y significativa: “El castellano —suelen decir— en todas partes es igual, en cambio el vasco es diferente de un pueblo a otro”. Digo que esta observación es ingenua, superficial y hasta inexacta, pues también el castellano hablado se diferencia de unas partes a otras, y a veces mucho. La tendencia disgregadora o centrífuga anida en toda lengua viva. Pero lo que ocurre es que el castellano posee una lengua literaria uniforme y fijada, enseñada en la escuela y utilizada en todas las publicaciones, medios de comunicación social, etc. La fuerza y acción de este instrumento es tal, que se impone en todos los espíritus, hasta el punto de que las diversidades casi pasen desapercibidas. Su efecto en los espíritus es cuasi mágico y confiere a la lengua un cierto fulgor o ascendiente, aparte de la practicidad o funcionalidad para servir de vehículo de los usos socialmente más prestigiados, como son los escritos.

* * *

Pompeu Fabra, que fue el artífice del catalán literario unificado, nos cuenta una anécdota de su juventud, un hecho trivial y anodino, pero que le sirvió a él para caer

en cuenta de lo que la lengua literaria representa para un idioma. Un día se puso a escribir una carta a un pariente suyo. Instintivamente empezó a escribirla en castellano. Después reflexionó: "¿Por qué escribo yo esta carta en castellano, si con esa persona siempre hablo en catalán? Voy a escribirla en catalán". Intentó hacerlo, pero chocó con cantidad de dificultades: todo estaba al aire. No era lo mismo hablar que escribir. Aquel pequeño incidente de su juventud fue el punto de partida para el descubrimiento de su vocación: crear la lengua literaria catalana.

Enric Prat de la Riba, por su parte, escribía en "La Veu de Calalunya" el 31 de enero de 1913:

"Una lengua en estado natural, sin cultivo literario, deriva en un conjunto de dialectos, un sistema de formas de lenguaje diferentes, heterogéneos, pero ligados por cierta unidad de leyes gramaticales. El observador poco preparado o precipitado, cree hallarse frente a lenguas diversas, lenguas diferentes; porque varía la fonética, varía el léxico, varían las desinencias. Solo el investigador filólogo descubre bajo las frondosas variedades una unidad interna que permite clasificar aquellas formas de lenguaje como variedades dialectales de una misma lengua.

Cuando una lengua permanece durante siglos en ese estado de incultura, o muere absorbida por la invasión de una lengua superior, o muere por descomposición interna, troceada, hecha añicos por los dialectos. Se produce entonces una morbosa multiplicación e intensificación de la actividad dialectal, se aflojan y deshacen los vínculos que mantenían aun, por débil que fuese, la unidad del idioma, y aparecen todos los dialectos como lenguas diferentes. Así se produce aquel fenómeno observado en los viejos pueblos de América, de formarse, dentro de las fronteras de una misma raza, innumerables lenguas, casi tantas como pueblos o familias...

Crear una lengua literaria es la obra fundamental de un pueblo... Cuando del conjunto de dialectos de una lengua sobresale uno, se eleva sobre los otros, y da forma a las creaciones literarias, filosóficas y jurídicas de la

raza, aquella lengua en estado natural, de que hablábamos, aquel incoherente enjambre de hablas dialectales, se convierte en una unidad viviente, en un centro de unión, coordinación y depuración de todas las fuerzas lingüísticas de la raza, de todos sus depósitos seculares, de todas las riquezas atesoradas en sus dialectos. Entonces la actividad dialectal, que siempre continúa, deja de ser un peligro, ya no puede conducir a la trituration de la lengua. Ya, en vez de matarla, la tonifica, como los aires del campo tonifican la sangre de las ciudades...

El primero de estos perfeccionamientos, más necesario aun a nuestra lengua que a ninguna otra, porque está desterrada de la escuela, es la unidad. Hemos de dar a nuestra lengua una unidad fuerte, intensa, viva, que triunfe de la trituration dialectal acentuada en los siglos de nuestra decadencia... Ha de terminar esta semianarquía de la lengua catalana, en que cada escritor tenga una lengua, una gramática, una ortografía propias...

Por primera vez cumple hoy el Institut esta misión altísima, unificadora del idioma, dando normas ortográficas para escribir la lengua catalana... Estas normas pueden dar a nuestra estimada lengua la primera de las unidades que una lengua culta necesita, la unidad ortográfica" ("Por la lengua catalana"). Hasta aquí la cita de Prat de la Riba.

* * *

La siguiente cita es de Ferdinand de Saussure:

"Lengua literaria e idioma local.—Lo dicho no es todo: la unidad lingüística puede ser destruida cuando un idioma natural sufre la influencia de una lengua literaria. Esto se produce infaliblemente todas las veces que un pueblo llega a un cierto grado de civilización. Por *lengua literaria* entendemos no solamente la lengua de la literatura, sino, en un sentido más general, toda especie de lengua cultivada, oficial o no, *al servicio de la comunidad toda entera*. Abandonada a sí misma, la lengua no conoce otra cosa que dialectos, de los cuales ninguno sustituye a

los otros, y por ello se encuentra destinada a un fraccionamiento indefinido. Pero como la civilización, al desarrollarse, multiplica las comunicaciones, se escoge, por una suerte de convención tácita, uno de los dialectos existentes para hacer de él el vehículo de todo aquello que interesa a la nación en su conjunto. Los motivos de esta elección son diversos: unas veces se da la preferencia al dialecto de la región donde la civilización está más avanzada, otras al de la provincia que tiene la hegemonía política y donde se asienta el poder central; otras veces es una corte la que impone su lengua a la nación. Una vez promovido al rango de lengua oficial y común, el dialecto privilegiado raras veces permanece inalterable. Se le mezclan elementos dialectales; viene a ser cada vez más cumpuesto, sin que pierda del todo su carácter original: así en el francés literario se reconoce bien el dialecto de la Isla de Francia, y el toscano en el italiano común. Sea lo que fuere de esto, la lengua literaria no se impone de la noche a la mañana, y una gran parte de la población viene a ser bilingüe, o sea, que hablan a la vez la lengua de todos y el dialecto local. Esto es lo que se ve en muchas regiones de Francia, como la Saboya, donde el francés es una lengua importada y aun no ha llegado a ahogar los dialectos comarcales. El hecho es general en Alemania y en Italia, donde por todas partes el dialecto persiste al lado de la lengua oficial.

Los mismos hechos han sucedido en todos los tiempos, en todos los pueblos llegados a un cierto grado de civilización. Los griegos han tenido su koiné, salida del ático y del jonio, y al lado de ella los dialectos locales han subsistido. Incluso en la antigua Babilonia se cree poder establecer que ha habido una lengua oficial al lado de los dialectos regionales" ("Cours de Linguistique générale"; Payot, París, 5ème éd., 267ss.).

* * *

Se trata, pues, de hechos generales, conocidísimos y constantes en la historia de todas las lenguas. ¿Por qué el

vasco no ha llegado hasta la fecha a la constitución de su lengua literaria? Se pueden apuntar diversas razones. En primer lugar, y ante todo, hay que decir que el vasco posee diversos dialectos literarios, que en realidad no son otra cosa que lenguas comunes o literarias en pequeña escala, sin que ninguna de ellas haya llegado a imponerse en toda la extensión en que se habla el idioma vasco. En el hecho han influido sin duda razones de orden histórico: la falta de una capital indiscutible, que pueda servir de centro de atracción, el aislamiento y desconocimiento mutuo en que han vivido las diversas regiones, etc. No olvidemos que la constitución de la lengua literaria está condicionada por factores históricos que de suyo son externos a la lengua misma.

II

COMO SE CONSTITUYEN LAS LENGUAS COMUNES DOS ESPECIES O TIPOS DE LENGUAS COMUNES

Para que mejor se comprenda lo que es este fenómeno de la constitución de lenguas comunes, no estará de más ilustrarlo con algunos ejemplos de lenguas cuya historia y formación nos es mejor conocida. Veremos que la formación de las lenguas comunes, su desenvolvimiento y dislocación está regulada por causas históricas, exteriores al lenguaje: por las movimientos de la civilización. (*J. Vendryes*, "El lenguaje. Introducción lingüística a la Historia", 2.^a ed., p. 371).

La unificación es una necesidad social (id., p. 345). Si la sociedad no reaccionase contra la dislocación lingüística, el mundo presentaría el aspecto de un desmenuzamiento de dialectos que se diferenciarían cada vez más.

La lengua común no es precisamente una entidad lingüística, como lo es, por ejemplo, el dialecto. La lengua común se define siempre por circunstancias exteriores al lenguaje. Es debida a la extensión de un poder político, a la influencia de una clase social preponderante o a la supremacía de una literatura. Razones políticas, sociales o económicas contribuyen a conservarla.

En la base de toda lengua común hay siempre una lengua dada. Esta lengua la adoptan como lengua común los individuos que tienen distintos modos de hablar. Circunstancias históricas explican el predominio de la lengua tomada como base y su extensión por encima de las hablas locales. En cada país esto ha sucedido de modo diferente, en conformidad con las circunstancias especiales que allí se han dado.

Pero por encima de estas diferencias particulares, se advierten como *dos tipos de lenguas comunes*, sensiblemente diversos. Dicho con otras palabras: las lenguas comunes pueden clasificarse en dos grandes categorías o grupos.

Lenguas comunes del primer tipo.—Es el caso en que un dialecto, aun como forma hablada, se extiende a los países vecinos y llega a ser su lengua común. Causas históricas (sobre todo políticas) influyen en ello.

Lenguas comunes del segundo tipo o grupo.—En este segundo grupo entran aquellos casos en que la lengua común es ante todo una *lengua escrita*, que debe su éxito a causas religiosas, literarias, etc.

Entre las lenguas comunes del primer tipo o especie, Vendryes (o. cit., p. 348ss.) enumera las siguientes: la *koiné* o *griego común*, el *latín*, el *francés*, el *castellano*, el *portugués*, el *inglés*, el *servio*, el *ruso*, el *polaco*, etc. Entre las del segundo grupo menciona el *alemán* y el *italiano*.

Recordemos brevemente las circunstancias que han presidido la formación de algunas de estas lenguas.

El griego común o koiné.—“La *koiné* era en su origen el dialecto del Atica. Este dialecto había sido hasta el siglo V el habla local de una región aislada que apenas era visitada por los extranjeros; su población, de carácter rural sobre todo, se conservaba relativamente pura de toda mezcla (Meillet). Anteriormente había habido en Grecia lenguas comunes, principalmente en las colonias. Desde el tiempo de su extensión por las costas del Asia Menor, el jonio se había constituido en lengua común: esta lengua la conocemos por Herodoto, que la representa de una manera ilustre. Así, aunque según el testimonio del histo-

riador hubiese habido en la Dodecápolis un número determinado de hablas locales diferentes unas de otras, también se hablaba allí una lengua común que se extendía por encima de aquéllas. Pero las circunstancias políticas no permitieron que la lengua jónica común tomase la importancia que más tarde alcanzó la lengua del Atica. Gracias a un concurso extraordinario de causas complejas, el Atica se encontró durante un siglo, entre el fin de las guerras médicas y la constitución del Imperio macedónico, en estado de suministrar una lengua común al mundo helénico. Entre las causas que concurrían a asegurar al dialecto del Atica este predominio, hay que citar ante todo el papel político que asumió Atenas después de la ruina del Imperio aqueménida. Pero la fuerza de irradiación del Atica se acrecentó con la fama de sus poetas y artistas. Centro a la vez político, artístico y literario, Atenas tuvo como a tal el honor de fundar la lengua común, que desde el siglo IV antes de J.C. hasta el IX de la era cristiana sirvió de expresión al pensamiento de todos los griegos. Esa lengua salió del dialecto ático tal como se hablaba dentro de los límites del país; no fue más que la adaptación del dialecto ático a poblaciones de dialectos y aun de lenguas diferentes" (Vendryes, o. c., p. 348-9) (1).

El latín.—"El latín, que se extendió como lengua común por Italia y, finalmente, por todo el mundo occidental, es esencialmente la lengua de Roma, es decir, de una ciudad, por oposición al lenguaje del campo circundante y también a los dialectos más lejanos. El *sermo urbanus* comenzó por ahogar al *sermo rusticus* antes de suplantar en sus propios dominios a los dialectos vecinos como el sabino o el marsio, y a las demás lenguas de Italia, el osco, el umbro, el etrusco, el celta, el griego. Aquí tenemos, pues, la importancia de la ciudad como capital política" (Vendryes, o. c., p. 349).

El francés.—"El francés común parte igualmente de la

(1) Con todo, hay que decir que la koiné no aceptó algunos rasgos específicamente áticos (*tarattō*, por ej.), sino que se atuvo a rasgos jonios generales (*tarassō*, etc.).

capital. La importancia política de París y de la región parisiense explica suficientemente que el dialecto de Ile-de-France haya sido adoptado por las provincias vecinas a medida que se iban agregando al reino y haya llegado a ser, finalmente, un instrumento de comunicación intelectual desde Dunkerque a Perpignan y desde Brest a Chamonix. El francés de Ile-de-France se extendió no solamente por encima de los dialectos de la misma familia lingüística, dialectos salidos como él del latín; sirve de lengua común a los flamencos y a los bretones, cuyas lenguas naturales son germánicas o celtas. Como lengua común ha penetrado también en el sudeste de Francia, en el territorio vasco. Ni está limitado tampoco por las fronteras políticas de Francia, pues parte de Bélgica y Suiza pertenecen lingüísticamente al dominio francés, sin hablar de las colonias, antiguas o modernas, que propagan en Ultramar el uso de la lengua francesa. La historia del francés común, de su formación y de su extensión geográfica está estrechamente ligada a la historia política, económica y social del país de Francia: no puede comprenderse aquélla sin conocer ésta. Pero el francés parte de la capital y, dentro de la capital, de cierta clase social, la burguesía. El hecho ha sido demostrado magistralmente por M. Brunot: nuestra lengua común tal como se fijó en el siglo XVII, es la lengua de la burguesía parisiense, de la "ciudad"; la corte la aceptó; luego la provincia y los grandes escritores, empleándola, le dieron el poder de imponerse definitivamente y de perdurar. Así, apenas se manifiestan en ella las influencias dialectales" (Vendryes, o. c., p. 349-50) (1).

El castellano y el portugués.—"El español común se fijó bastante más antiguamente que el francés. Cuando la conquista árabe (711), debía haber en la Península tres grupos dialectales: el galaico al oeste, el catalán al este y un grupo central que ocupaba un vasto dominio. De

(1) Ocioso es indicar que el francés se ha impuesto como lengua común aun en territorios que conocen idiomas totalmente diferentes. Así el habla de Dunkerque es el flamenco, la de Perpignan el catalán, la de Brest el bretón, la de Chamonix el saboyano, etc.

un dialecto hablado en el norte de este dominio, del de Castilla la Vieja, cerca de las provincias vascas, salió el español común. Por razones que justifica la historia política, el castellano se extendió hacia el sur en forma de abanico cubriendo poco a poco los demás dialectos del grupo central; sin embargo, a derecha e izquierda del castellano propiamente dicho, se han conservado representantes de este grupo hasta nuestros días en los dialectos de León y Aragón, que ofrecen curiosas semejanzas. El castellano llegó a ser en el siglo XIII una lengua literaria merced al rey Alfonso X (1252-1284), que vino a ser para España lo que más tarde había de ser Dante para Italia. El español común es, pues, el resultado de la supremacía política y literaria de Castilla. Esta supremacía no se extendió a Portugal, constituido en Estado independiente desde fines del siglo XI. Los dialectos portugueses han pertenecido siempre al antiguo grupo del oeste. Así, el portugués antiguo se confunde con el gallego. Pero la importancia alcanzada por Lisboa como capital en el siglo XVI y la influencia del gran poeta Camoens (1525-1580) dieron la supremacía al dialecto central del país que se ha convertido en el portugués literario" (Vendryes, o. c., p. 350-351).

Parece claro que la historia lingüística de la Península lleva la impronta de la Reconquista. Esta, con su trasiego de poblaciones de norte a sur nos da la razón de la gran uniformidad que en este aspecto presenta la Península Ibérica en comparación con otros países. Estas razones político-militares explican también que un habla del norte de Burgos, aun como lengua hablada, se extendiera por todo el centro y sur de la Península. Es muy posible que vascos romanizados fueran los creadores del castellano y de Castilla, y aquí estaría la clave de las afinidades fonéticas y de diversa índole que aun subsisten entre ambas lenguas. Las mismas razones históricas de la Reconquista explican también la extensión de norte a sur (en el flanco occidental y oriental, respectivamente) del galaico-portugués y del catalán. O sea, dicho en resumen, la uni-

formidad en la parte meridional, consecuencia de la Reconquista, tiene su contrapartida en la diversificación dialectal de todo el norte, desde Finisterre hasta el cabo de Creus.

El inglés.—“Comparado con el francés o el español, el inglés común presenta, desde el principio de su historia, una fuerte influencia de dialectos variados. Esto es debido a que la ciudad de Londres donde se formó el inglés común, está colocada en el punto de reunión de varios dialectos. Además, se da el caso de que en el preciso momento en que la lengua se constituía, la ciudad de Londres crecía rápidamente acogiendo en su seno inmigrantes llegados de todas las provincias, que se mezclaban con los antiguos habitantes. Esta inmigración provocó influencias dialectales en la lengua común, de suerte que en el siglo XVII la pronunciación del inglés común, lejos de estar fijada, contenía numerosas variedades, cuyas huellas hoy todavía podemos observar. Pero esta inmigración de las provincias trajo por consecuencia establecer cambios incesantes de población entre la capital y la provincia; lo que fue sumamente favorable a la extensión de la lengua común. Inglaterra debe, pues, la unificación relativa de su lengua a la importancia de su capital, pero en condiciones bastante diferentes de las en que se constituyó el francés. Este está unificado más sólidamente” (Vendryes, o. c., p. 452).

* * *

Respecto a lenguas comunes del segundo tipo, hemos mencionado el alemán y el italiano.

El alemán.—“En Alemania, donde la capital es reciente y, además, no ejerce por otra parte sobre el conjunto de la Germania una supremacía indiscutible, la extensión de la lengua común se hizo independientemente de toda unidad política. El alemán común es, ante todo, una *lengua escrita* que debió su éxito a causas religiosas y su origen a las necesidades de la colonización. Con la Reforma, el alemán de Lutero se extendió por todo el dominio bajo

alemán: a fines del siglo XVI no se empleaba ya como lengua escrita en este dominio sino una lengua literaria común. La difusión fue más lenta en los países católicos del sur de Alemania y en la Suiza protestante. Pero el mismo Lutero había utilizado un instrumento preparado ya desde antiguo. Existía ya desde el siglo XIV y aun desde el XIII en las cancillerías urbanas o principescas de Alemania, una tendencia a adoptar una lengua común diferente de los dialectos regionales. El ejemplo lo había dado la cancillería imperial: ésta se impuso el trabajo de evitar las particularidades dialectales y de emplear la misma lengua en todos los países de su jurisdicción. Esto se patentiza en tiempos del emperador Carlos IV, en pleno siglo XIV. Esta lengua de cancillería llegó a tener un poder singular debido a que era, sobre todo, una lengua de colonización. En efecto, paso a paso, el alemán se implantaba en el dominio eslavo y substituía a las lenguas eslavas. En las ciudades de colonización de la Alemania oriental fue donde se constituyó el alemán común que debía adquirir con la Reforma su importancia literaria, fijarse, gracias al descubrimiento de la imprenta, y llegar a ser la lengua escrita de todo alemán culto" (Vendryes, o. c., p. 353-354).

En suma: el alemán de Lutero, que era alto alemán, se extendió, como lengua escrita, por todo el dominio bajo alemán.

El italiano.—"Finalmente, hay lenguas comunes que son de origen puramente literario. Es el caso del italiano, por ejemplo, fijado como lengua común a partir del siglo XIV gracias al prestigio y a la influencia de escritores como Dante, Petrarca y Boccaccio, en una época en que el país no tenía ninguna unidad política. Sin duda, esos escritores usaban la lengua que se hablaba a su alrededor; de donde el nombre de *lingua toscana* que lleva la lengua literaria italiana desde Dante. Pero este nombre no implica de ningún modo que el italiano de los libros provenga de la extensión de un dialecto provincial: la lengua que Dante elevó al rango de literaria y que debía transformarse en el italiano común, es esencialmente la de una ciudad,

Florenxia, y de la buena sociedad de ésta. El mismo dialecto toscano presenta ciertas particularidades que no han pasado a la lengua literaria: por ejemplo, cambia en aspirante la *c* intervocálica, diciendo fuoho por *fuoco* y la *hasa* por *la casa*. Sin embargo, conviene observar que varias causas de orden diferente contribuían a hacer de Florenxia la *terra promessa* de la lengua común italiana. Aparte del brillo de sus escritores y su importancia como centro literario, esta ciudad tenía una situación entre Bolonia y Roma, que la predestinaba a ser el lazo de unión de las ciudades intelectuales de Italia. El dialecto de Florenxia, por otra parte, por sus cualidades intrínsecas resultaba más apto para desempeñar el papel de lengua común: se parecía más al latín, y así permitía a todo italiano culto efectuar fácilmente el traslado de su propio dialecto a la lengua común. De este modo se preparó el triunfo de la *lingua toscana* que llegó a su plenitud cuando en el siglo XIV el veneciano Bembo la empleó en sus obras" (Vendryes, o. c., p. 355-356).

* * *

El catalán.—El catalán común unificado en nuestros días parece también asimilarse a las lenguas comunes del primer tipo. Según Badia, los tras pilares sobre los que Fabra levantó el edificio de la unificación fueron: 1) el estudio y codificación de la lengua antigua, tal como nos es conocida por la historia literaria; 2) la lengua hablada de hoy, tanto en Barcelona como en los dialectos; 3) la obra escrita de los contemporáneos desde Verdaguer acá, en los que pesa más el catalán oriental por la significación de Barcelona (Cf. entrevista *Intxausti-Badia*, "Un pueblo, un idioma", en "Aránzazu", junio 1970, p. 7).

La existencia de una capital indiscutible, Barcelona, ha hecho posible un proceso hacia la uniformidad aun a nivel del habla. El barcelonismo está ganando terreno, incluso en rasgos fonéticos. (Id., "Aránzazu", mayo 1970, p. 26).

* * *

Hemos visto, a grandes rasgos, cómo se han constituido algunas lenguas comunes y hemos distinguido entre éstas dos categorías o especies claramente diferentes.

La actitud o relación de la lengua común con los dialectos es también diferente, según que la lengua común pertenezca a la primera o a la segunda categoría. En efecto, la manera de formarse las lenguas comunes influye luego en las relaciones que tienen estas lenguas con los dialectos. En las lenguas comunes del primer tipo los dialectos están expuestos a ser absorbidos más o menos rápidamente por la lengua común. El dialecto que sirve de base a la lengua común está investido de una autoridad que se impone. Verdad es también que al extenderse pierde algunas particularidades originarias (Vendryes, o. c., p. 357).

Las lenguas comunes, que son ante todo escritas, están en situación diferente con relación a los dialectos. Aquí ningún dialecto tiende a suplantar a los demás. Se trata de dos lenguas diferentes, colocadas en dos planos superpuestos. Esto ocurre, por ejemplo, con el italiano. En el Piamonte o en Lombardía la lengua de la conversación no está de acuerdo con la empleada en los libros. Esta parece artificial y arcaica. De la misma manera, en Alemania puede hoy todavía hablarse de dialectos. Tienen su lugar en la literatura y en el periodismo. Y la lengua común sufre su influencia por el hecho de no tener ella pronunciación uniforme, y de que, según las regiones, se habla de un modo distinto. Prescindiendo de las personas de la alta burguesía, particularmente cultas, la pronunciación que cada alemán da a la lengua común está más o menos contaminada de dialectismos. El alemán común se escribe de la misma manera en todas partes; pero se pronuncia de manera lo suficientemente variada para que un observador pueda reconocer fácilmente el origen del que habla. (Vendryes, o. c., p. 359-360) (1).

(1) En la Suiza alemana, por ejemplo, lo que se habla es un dialecto muy alejado del alemán literario. Este último es enseñado en la escuela y utilizado para los usos escritos, pero, por lo demás, aquél sigue vivo. Hasta principios de este siglo no debía de ser muy

Por otra parte, también hay que decir que toda lengua común representa una especie de norma ideal. Con el tiempo se vuelve cada vez más arcaica y más alejada de las tendencias de la lengua corriente. No está fijada para siempre. Se da en ella un equilibrio constantemente variable entre la fijación y la evolución (Vendryes, o. c., p. 360).

Digamos, por último, que, habida cuenta de la situación concreta vasca, una lengua común de las de segundo tipo es la solución preferible, y tal vez la única posible, en nuestro caso.

diferente la situación en algunas partes de la Suiza francesa, pero actualmente el francés ha ahogado prácticamente los patois.

El Sr. "Zalofia" escribió recientemente en "Zeruko Argia" sosteniendo que en la escuela se debe enseñar *la lengua de la madre*. Pero esta frase es equívoca, y exige una precisión. Lo que en todas las escuelas del mundo se enseña es la lengua literaria, la cual difiere siempre más o menos de la lengua oral y hablada (o sea, de la enseñada por la madre), y a veces mucho.

III

LENGUA ESCRITA Y LENGUA HABLADA

La lengua literaria unificada o común es ante todo una lengua escrita. Esto se ve mejor en las lenguas comunes del segundo tipo, como el alemán y el italiano; pero vale también para las otras.

Desde luego, para las lenguas comunes del segundo grupo es claro, porque estas lenguas son ante todo eso: lenguas escritas, que como tales no se constituyen en adversarias del dialecto hablado. Así, la mayoría de los italianos o alemanes aprenden en la escuela un tipo de lengua distinto del que hablan en casa. Esta lengua literaria la emplean para usos literarios, o sea, para escribir, pero para los usos ordinarios de la vida siguen hablando el propio dialecto.

Con las lenguas comunes del primer tipo también viene a ocurrir algo parecido con el tiempo. Aunque aquí se toma como base la lengua hablada de una capital o región, la cual se utiliza y extiende aun en su forma hablada, pero como dicha lengua, al ser tomada para los usos literarios se convierte en lengua escrita, muy pronto queda como cristalizada y fijada. En cambio, la lengua hablada

sigue evolucionando y transformándose, y pronto se va haciendo un foso entre la lengua hablada y la escrita.

Vendryes (o. c., p. 366) ilustra con un ejemplo gráfico muy expresivo las mutuas relaciones entre lengua hablada y lengua escrita. Durante las grandes heladas invernales no es raro que la superficie de un río llegue a helarse. En nuestro pequeño río Aránzazu casi todos los inviernos se da el caso. Una capa gruesa de agua cristalizada, endurecida, cubre la parte superior. Uno podría creer que el río ha desaparecido; pero es una ilusión. Por debajo sigue discurriendo el agua viva, líquida, móvil, inquieta y saltarina.

La lengua escrita es la capa de hielo endurecida. Es la lengua fijada, unificada e inmóvil, porque los usos literarios la quieren así. A la vista del bloque de hielo, pudiera pensarse que eso es el todo, o sea, que no hay más lengua que la literaria, pero sería un engaño; por debajo de ella discurre la lengua viva, siempre en evolución. Así como el hielo es el agua viva cristalizada, así también la lengua literaria es la lengua viva detenida y cristalizada en un estadio de su evolución, y adoptada bajo esta forma para los usos literarios. Las mutuas influencias de la hablada sobre la escrita y de la escrita sobre la hablada son constantes e inevitables.

El lenguaje vivo no detiene nunca su marcha, si bien la lengua escrita la frena un tanto. La lengua escrita queda como osificada, mas las influencias de la lengua hablada repercuten en ella y hacen que su inalterabilidad no sea total.

La lengua escrita es tradicional, conservadora, fijada. Un instrumento que representa a una lengua dada en un momento dado, y que ha sido además acicalada y labrada con la cooperación de gramáticos y escritores. Es una especie de lengua muerta, aunque también sufre los vaivenes de la lengua viva, pero lentamente, y además estos vaivenes le llegan con retraso. Es una necesidad suya el ser conservadora y el estar a resguardo de los cambios.

Uno podría creer que la lengua escrita debe ser ima-

gen fiel y representación exacta de la lengua hablada. Sin embargo, no son así las cosas. La lengua escrita siempre y en todas partes tiene sus características, sus exigencias y leyes propias.

Citemos una vez más a Vendryes (o. c., p. 439): "Así, el uso está de acuerdo con la tradición para apoyar la oposición de la lengua escrita y de la lengua hablada. A decir verdad, no se confunden nunca. Es un error creer que un texto escrito pueda ser la representación exacta de la palabra. Contrariamente a la opinión de muchos, no se escribe nunca como se habla; uno escribe (o trata de escribir) como los demás escriben. Las personas menos cultas, cuando toman la pluma en la mano, tienen el sentimiento de que usan un lenguaje determinado, que no es el mismo que el hablado, que tiene sus reglas y usos, del mismo modo que tiene su destino e importancia propios. Este sentimiento está justificado".

El desacuerdo de la lengua hablada con la escrita se hace patente en la ortografía. Este problema existe un poco en todas las lenguas, pero en unas es más agudo que en otras. El francés, por ejemplo, tiene una ortografía que representa un estadio de la lengua viva muy alejado de la actual. De aquí la dificultad de aprender a escribir esta lengua, tanto para los nativos como para los extranjeros.

Empecemos por precisar que una ortografía no reproduce nunca exactamente el lenguaje hablado. Imaginémos una ortografía llamada fonética, enriquecida con caracteres variados, provista de signos diacríticos. Esta ortografía no permitirá nunca a nadie que no haya oído hablar la lengua, pronunciarla perfectamente (Vendryes, o. c., p. 441).

"La idea de una ortografía fonética aplicable a todas las lenguas es quimérica; porque el número de variedades de pronunciación es demasiado considerable para que la grafía no sea siempre aproximada" (Id., o. c., p. 441-442).

"Si se extremase el principio de la ortografía fonética, se llegaría, por lo demás, a constituir casi para cada lengua sistemas de signos diferentes. Porque hay muy pocas

lenguas que tengan exactamente los mismos sistemas vocálico o articulatorio. El inglés no tiene casi ningún sonido común con el francés: para el inglés serían, pues, necesarios signos diferentes. Esto lleva a multiplicar al infinito los signos de la ortografía; así es que más vale dejar las cosas en su estado, pues, según hemos observado anteriormente, para conocer el valor del signo será siempre necesario haber oído hablar la lengua" (Id., o. c., p. 442).

Existe además otra dificultad: con el tiempo, y con más o menos rapidez según las lenguas, la ortografía fonética llegaría a quedarse retrasada. "La principal razón de las crisis ortográficas y el mejor testimonio de la diferencia que existe entre la lengua escrita y la hablada, está en la imposibilidad en que se encuentra la ortografía de seguir el movimiento de la lengua. La lengua hablada evoluciona sin cesar. La lengua escrita, por el contrario, es por definición conservadora, no solamente porque es la expresión concreta de la lengua común, normalizada por los gramáticos, sino también porque no puede transformarse tan rápidamente como la lengua hablada. Ciertamente, la tradición es poderosa, cuando está defendida por la escuela, por la literatura, por el acuerdo de las personas cultas. Y, sin embargo, la tradición no es aquí el único obstáculo para las transformaciones de la grafía. La fijeza es una necesidad de la lengua escrita; ésta representa una lengua ideal, que ha cristalizado para siempre. No puede retocarse más que cuando ya es tarde. Por interés que nos tomemos para dar flexibilidad a este manto rígido y para mantenerlo ajustado a las proporciones del cuerpo que cubre, no se logrará nunca someterla a los caprichos de la naturaleza y hacerla crecer al mismo tiempo que el cuerpo, porque es un objeto muerto cubriendo un ser vivo" (Id., o. c., p. 442-443).

En nuestros mismos días estamos asistiendo a la desaparición del sonido "ll" en el castellano hablado. Precisamente las provincias vascas parecen ser su último refugio. Sin embargo, en la ortografía el signo permanece. Así el foso entre la lengua hablada y la escrita se hace cada vez mayor.

Añádase a esto que unas lenguas evolucionan más rápi-

damente, otras más lentamente. Dentro del mismo vas-
cuence, se puede comprobar que los dialectos centrales han
evolucionado más rápidamente que los de la periferia.

* * *

No todas las lenguas literarias se mantienen a igual
distancia de la respectiva lengua hablada. En algunos casos
esta distancia es muy considerable (Griego moderno, árabe
literario y vulgar, francés y criollo en Haití). A este estado
de cosas en que la lengua escrita tiene una forma muy
distinta de la hablada, llaman algunos *diglosia*, como dife-
rente del bilingüismo, ya que ambas formas se sienten
como variantes de algo que, muy en el fondo, es la misma
lengua.

De todas formas, de todo lo expuesto sobre la natu-
raleza de la lengua literaria (que es una lengua escrita, más
o menos diferente de la lengua hablada, pero interesada
asimismo en mantenerse cerca de ésta), se deduce que las
reformas ortográficas son periódicamente convenientes para
acortar la distancia con la lengua hablada; pero, no obstan-
te, deben ser acometidas con mucha cautela.

“Una reforma muy vasta tendría por consecuencia subs-
tituir de golpe una nueva lengua escrita a la lengua a que
estamos habituados. Además del inconveniente que para
una o dos generaciones de franceses crearía la necesidad
de aprender dos lenguas, debe tenerse en cuenta la imposi-
bilidad de hacer súbitamente tabla rasa de todos los impres-
os publicados en Francia desde hace varios siglos. Hay
costumbres y tradiciones literarias que no se cambian con
un rasgo de pluma”. “Hay que reconocer que el menor
cambio en las reglas ortográficas desconcierta singular-
mente los hábitos adquiridos” (Vendryes, o. c., p. 449-450).

“Algunos se inclinan demasiado a considerar la lengua
escrita como la humilde sirvienta de la lengua hablada.
Es una idea de los foneticistas o de los profesores de len-
guas vivas, preocupados en reaccionar contra los excesos de
los maestros de escuela, para los que la lengua escrita es,
por el contrario, el todo del lenguaje. En resumen, hay

que decir: ¿tal palabra escrita se pronuncia así; o: tal palabra hablada se escribe así? ¿Está la palabra en el sonido o en la escritura? Debemos contestar que para todo hombre civilizado está en uno y en otra. Muchos civilizados se comunican con sus semejantes más por escrito que de palabra. Sin duda, si nos remontamos al origen de la escritura, se tomó como punto de partida el lenguaje hablado para constituir el lenguaje escrito" (Id., o. c., p. 450-451).

"En el espíritu del iletrado, la palabra no tiene evidentemente más forma que la auditiva. Pero desde que el alfabetismo se desenvuelve y se impone a todos los niños de un país el estudio de la lectura, la palabra escrita toma una importancia cada vez mayor" (O. cit., p. 451).

"Hoy no concebimos el lenguaje sin la forma de la escritura. Las palabras se presentan a nuestro espíritu con la vestidura que les da la ortografía. Puede decirse que en este terreno el órgano ha creado la función; y ¡qué función! Tan tiránica, que para algunos de nosotros, los llamados "visuales", el lenguaje escrito aventaja en claridad al lenguaje hablado" (Id. ibid.).

"La lengua escrita tiene, pues, una gran importancia en la psicología del lenguaje. Mientras se enseñe a los niños a leer y escribir, será preciso tener en cuenta los derechos de la lengua escrita, aunque a veces se opongan a los de la lengua hablada. Semejante conclusión no excluye la posibilidad de una reforma ortográfica. Es natural que se trabaje por reducir la distancia entre la lengua escrita y la lengua hablada. Pero no debe olvidarse que no se obtendrá nunca una equivalencia perfecta entre las dos, y como la palabra existe tanto en forma escrita como en forma hablada, no está mal quizá que una ortografía tenga irregularidades y defectos. Esto graba más profundamente en la memoria la fisonomía de las palabras. La singularidad del vestido designa mejor al pensamiento la idea que envuelve" (Id. ibid., p. 452).

"La lengua escrita ha nacido sin duda de una convención establecida por algunos individuos. Pero esta convención se ha extendido a toda la sociedad y se impone con un vigor tiránico. Nuestra vida social no se ha regulado por

la razón, sino por el uso; y los razonamientos de la filosofía son vanos contra el poder del uso. Cuando se quiso aprovechar más tiempo para el trabajo la luz del día, era lógico cambiar los horarios, pero no la hora. Y sin embargo, se ha cambiado la hora. No hemos consentido levantarnos de la cama a las siete en lugar de las ocho sino con la condición de figurarnos que siguen siendo las ocho. Hasta tal punto somos esclavos de nuestras costumbres sociales. La ortografía es una de las costumbres del hombre civilizado y no puede reformarse sino con mucha prudencia inspirándose en el uso" (Vendryes, o. c., p. 453).

* * *

En nuestro caso parece sumamente conveniente recordar estas cosas elementales. La lengua literaria siempre y en todas partes es, ante todo, *una lengua escrita*. Lo que ella tiene sólidamente unificado y fijado es la forma de escribir. Ya Eleizalde en su ponencia del Congreso de Oñate de 1918 apuntaba por esta dirección, que es la única válida; él indicaba que es preciso dotar al signo gráfico de una cierta independencia con respecto a la pronunciación, que es más o menos oscilante y sujeta a cambios. Es ni más ni menos el camino que siguen todas las lenguas literarias del mundo.

"Consecuencia de esta falta de tradición literaria es que la única fuente de información, para los escritores euskaldunes, es el lenguaje oral del pueblo. Se sigue de ahí que todas las diversificaciones populares en cuanto a dialectos, fonética, etc., se reflejan inmediatamente en el Euskera escrito. Resulta, por ejemplo, que una misma palabra, de las que pertenezcan al acervo común de todos los dialectos como caso más favorable, recibe diez, doce o más transcripciones gráficas distintas, según las variantes fonéticas, más o menos legítimas, que al escritor se le ocurran emplear. Esta situación me parece sencillamente insostenible, porque creo que es un postulado ineludible de toda literatura escrita que la transcripción gráfica de cada palabra sea en lo posible estable. En las lenguas muy cultivadas

literariamente, las palabras escritas tienden cada vez más a ser signos ideológicos y a apartarse de su primitivo carácter de meras transcripciones fonéticas. Para la vista del lector ejercitado, la transcripción gráfica de cada palabra tiene su relieve especial, su perfil, diríamos su "fisonomía", que se percibe de un simple golpe de vista, que evoca al instante la idea correspondiente, según la sencilla experiencia que cada uno puede hacer en sí mismo. La verdadera facilidad de la lectura está ahí, y esa facilidad no puede existir en la lectura euskérica mientras subsista la fantástica variabilidad de transcripción de las voces vascas" (1).

Creemos que en estas notables palabras Eleizalde atina en el mal radical de la literatura vasca y en el camino para su remedio.

(1) Véase *Eleizalde*, "Metodología para la restauración del Euzkera", en *Actas del I Congreso de Estudios Vascos*, pgs. 434-435.

IV

LOS DIALECTOS DE LA LENGUA VASCA HABLADA

El término *dialecto* es ya de suyo relativo: dice relación a una lengua, de la que el dialecto forma parte. Así decimos: dialecto de la lengua griega, de la lengua vasca, etc. El dialecto se crea espontáneamente por el juego natural de las acciones lingüísticas. Allí donde las maneras de hablar contiguas presentan particularidades comunes y un aire general de semejanza, hay dialecto. (Vendryes, o. c., p. 345).

Al hablar de dialectos vascos, debemos empezar por distinguir cuidadosamente los dialectos en cuanto hablados y en cuantos escritos. Estos últimos los llamaremos *dialectos literarios*, porque son en realidad lenguas literarias, aunque de extensión muy limitada. En el presente capítulo nos ocuparemos exclusivamente de los *dialectos de la lengua vasca hablada*.

Toda lengua viva, como hemos dicho, en cuanto hablada, evoluciona sin cesar, se fragmenta y parcela en dialectos, subdialectos y variedades.

Esto se evidencia notoriamente en la lengua vasca hablada. Como dice Pierre Lafitte en el *Préface* de su "Grammaire Basque": El vasco no es una lengua unificada, sino

un conjunto de dialectos y subdialectos, que, por otra parte, se compenetran inextricablemente; los límites son difíciles de determinar, salvo si se sitúa uno en un punto de vista muy particular, como por ejemplo la conjugación..." (p. 5-6).

Ya los escritores vascos más antiguos revelan tener conciencia clara de este hecho; es decir: ellos se dan perfecta cuenta de que el euskera está diversificado en dialectos, subdialectos y variedades, difíciles, por otra parte, de clasificar. Observaciones sobre el particular hallamos ya en Leizarraga, Oihenart (1), Axular, Mendiburu, Moguel, Añibarro, etc.

¿Cómo hacer la clasificación de los dialectos de la lengua vasca hablada? No era empresa fácil. Se trata de un laberinto que a primera vista parece inextricable. Los límites donde empieza una variedad y termina otra no son por lo general netos y precisos, (salvo la frontera entre el vizcaíno y el guipuzcoano, que es brusca y notoria). Ni se abordó el problema con método científico hasta épocas bastante recientes. Este fue mérito del Príncipe Luis Luciano Bonaparte.

Antes de él hallamos clasificaciones que podríamos llamar precientíficas, hechas un tanto a bulto. Generalmente, los autores antiguos se suelen fijar en las divisiones políticas, considerando un tanto ingenuamente que a cada división política debe corresponder una variedad propia. Ya en Axular encontramos esta idea: "*Zeren erresumak baituzte diferent*" ("Gero", n. 8). O sea: los vascos hablan el vasco de modo diferente, porque pertenecen a reinos o circunscripciones políticas diversas.

En realidad el dialecto es entidad puramente lingüís-

(1) Véase Oihenart, "Notitia utriusque Vasconiae, tum ibericae, tum aquitanicae..."; París 1638, l. I, cap. XIV; Riev XVII, p. 353; donde las distintas formas que reviste el vascuence aparecen enumeradas de este modo: 1 la de los Vascos aquitanos (vasco-franceses). 2 la de los Navarros. 3 la de Guipúzcoa-Alava. 4 la de Vizcaya. Nótese que el vasco de Alava aparece aquí relacionado con el de Guipúzcoa, y no con el de Vizcaya. El alejamiento o diferenciación respecto de la forma primera es cada vez mayor en los sucesivos grados de esta enumeración.

tica y de suyo no tiene nada que ver con las divisiones políticas.

El P. Larramendi distingue en el vasco tres dialectos: el Vizcaíno (que abarca también el vasco de Alava), el Guipuzcoano, y el Navarro (que se extiende al país vasco-francés). (Véase "Diccionario Trilingüe", § XII y ss.). La misma clasificación tripartita sigue Cardaberaz en su libro "Euskeraren Berri Onak", donde, un poco ingenuamente, se admira de que los vizcaínos y guipuzcoanos, sin tener libros en sus respectivos dialectos, guarden tan bien las reglas de éstos. Que los navarros hayan guardado el suyo no le extraña tanto, pues han tenido el socorro de los libros de Francia (es decir, libros escritos en vasco labortano!) (Véase Colección "Auspoa", n. 37, p. 67).

Siguiendo al P. Larramendi, también en Añibarro, Zavala, Moguel, etc. hallamos huellas de esta clasificación tripartita. No obstante, Añibarro ya presentía que el dialecto no coincide con la división política; por eso, sin duda, añade la observación de que el dialecto se extiende también a los pueblos rayanos de la propia nación (Véase su "Gramática Bascongada", editada ahora por primera vez). También Juan Mateo de Zavala habla de los tres dialectos (Véase "El Verbo regular vascongado del dialecto vizcaíno"; San Sebastián 1848; p. I).

Sabino Arana en "Lecciones de Ortografía del Euskera bizkaíno" (p. 21 nota), habla también de tres dialectos, a los que denomina como sigue: Bizkaíno, Vaskón y Pirenaico. En el Vaskón engloba al Suletino y a los dos Bajonavarros.

Pero como hemos dicho, el mérito de llegar a una clasificación escrupulosa, minuciosa y hecha con métodos científicos, corresponde al Príncipe *Luis Luciano Bonaparte* (1813-1891). El estudio de la dialectología vasca fue su campo preferido o favorito. El Príncipe vascófilo ("el más vascófilo de los vascólogos", se le ha llamado) realizó cinco excursiones lingüísticas al país vasco, tanto español como francés, de 1856 a 1869, acompañado de su academia de colaboradores, entre los cuales el franciscano P. Uriarte fue uno de los más fieles y asiduos. En la correspondencia que el P. Uriarte mantuvo con el Príncipe (y que se publicó en el

“Boletín de la R.S.V. de Amigos del País”, 1957) hay numerosos datos dialectológicos obtenidos *in situ*, en respuesta a preguntas y requerimientos del Príncipe; por ejemplo, sobre si el vasco de Elosua es guipuzcoano o vizcaíno, etc. Después de acumular multitud de datos y detalles, bien depurados, el Príncipe hizo su famoso Mapa de los ocho dialectos: Vizcaíno (sigla B), Guipuzcoano (sigla G), Labortano (sigla L), Alto Navarro Septentrional (sigla ANS), Alto Navarro Meridional (sigla ANM), Bajo Navarro Oriental (BNOr), Bajo Navarro Occidental (BNOc), y Suletino (S). Cada uno de estos dialectos se subdivide a su vez en variedades menores o subdialectos.

Los límites de cada dialecto están también escrupulosamente determinados en el Mapa de Bonaparte. Así, según la clasificación bonapartiana, el B se extiende a Alava y al occidente de Guipúzcoa, el G se mete por la Barranca en Navarra, el ANS se mete en Guipúzcoa por Oyarzun, el L no alcanza a toda la provincia histórica de este nombre, pero en cambio se compensa infiltrándose en el Baztán, el S se extiende también al Roncal, etc.

Que el Príncipe calificara de vizcaínos (lingüísticamente) a quienes tenían conciencia arraigada de ser guipuzcoanos por pertenecer de antiguo a esta provincia política, no dejaba de suscitar reacciones desagradables, como se ve por este pasaje de una carta suya a Echenique: “Cuando digo vizcaíno, y no guipuzcoano, de Vergara, sé muy bien que esta manera de hablar desagrada a los señores vergareses, pues se precian de ser guipuzcoanos puros. No digo que no, de la misma manera que no niego que los sermones de sus sacerdotes más instruidos, y frecuentemente incluso el lenguaje ordinario de las personas más esmeradamente educadas, sea no solamente guipuzcoano, sino incluso de la variedad más pura de Beterri. Todo esto, en cualquier caso, no cambia en absoluto mi manera de ver. Quieran o no los vergareses a los vizcaínos y a su dialecto, digo que no es menos cierto que la variedad vasca de Vergara, que se extiende hasta Anzuola (el guipuzcoano por este lado no comienza hasta Villarreal y Zumárraga), tal como está en uso entre el pueblo bajo y los aldeanos, pertenece, lin-

güísticamente hablando, al vizcaíno oriental" (Véase Riev IV, 257).

Por este texto curioso vemos cómo el guipuzcoano, como *lengua literaria*, extendía su influencia a una zona que dialectológicamente no es guipuzcoana.

Cabe preguntar en qué criterios se basó Bonaparte para su clasificación, y si estos criterios siguen siendo válidos. Parece, en efecto, que concedió exagerada importancia a ciertos fenómenos y pasó otros por alto. Así, por ejemplo, hace mucho caso de las por él llamadas *eufonías* o modo de terminar las palabras (*mendia, mendixa, mendija, mendie*, etc.). Por otra parte, hoy se pone en cuarentena el mismo concepto de dialecto. Más que dialectos homogéneos, lo que la realidad arroja son líneas de isoglosas que se entrecruzan inextricablemente. Así, por ejemplo, no es raro que dos localidades que se clasifican como pertenecientes a diferentes dialectos coincidan en un determinado fenómeno lingüístico, y en cambio, otras dos que pertenecen al mismo dialecto se diferencian entre sí en cuanto a ese mismo fenómeno (1).

Posteriormente a Bonaparte, Resurrección María de Azkue modificó un tanto la clasificación de éste, erigiendo el roncalés (sigla R) en dialecto independiente, y reconociendo un solo dialecto Alto Navarro (AN) y uno solo Bajo Navarro (BN). Ultimamente Luis Michelena ha erigido en dialecto independiente el alavés (hoy extinto), llamándolo Meridional. (Véase "Fonética Histórica Vasca", San Sebastián 1961, p. 42). Fonológicamente, Michelena considera también como dialectos aparte el aezeoano, el salacenco y el roncalés (O. cit., p. 41). Estas mismas oscilaciones y diferencias en la clasificación demuestran ya a las claras que

(1) "La dialectología vasca fue fundada por Luis Luciano Bonaparte y en lo esencial, a pesar de la valiosa obra de Azkue y otros, no ha sufrido modificación importante desde entonces. En la clasificación de los dialectos y variedades menores de la lengua el Príncipe realizó un trabajo largo y metucioso que conserva su valor, a pesar de que los criterios en que lo basó son en buena parte muy distintos de los que han servido para señalar límites lingüísticos en otros campos" (L. Michelena, FHV, p. 41). Cf. también "Sobre el pasado de la lengua vasca", del mismo autor, p. 24 ss.

hay un margen de subjetivismo y de estimativa personal en la apreciación de los hechos.

Hay un caso, con todo, en que los límites de dialecto son claramente discernibles: la frontera entre el B y el G es brusca, neta, repentina. Basta observar, por ejemplo, la diferencia lingüística entre pueblos limítrofes, como Oñate (B) y Legazpia (G), o entre Anzuola (B) y Villarreal de Urrechua (G).

Es curioso observar también que la división tripartita arriba indicada se ajusta más o menos a las antiguas divisiones de diócesis (Calahorra, Pamplona, Bayona); y parece también ajustarse en términos generales a la división de tribus de la época romana, de que nos dan fe los geógrafos Pomponio Mela, Estrabón, etc. Es decir, la división en Carriostos, Várdulos y Vascones.

Pero fuera del caso del B y G, la frontera dialectal no es brusca y neta, no hay solución de continuidad. Es un paso más o menos insensible.

Por esta razón, y también a causa de la acusada individualidad del B, G. Lacombe llegó a escribir: "Nos parece que bastaría con distinguir dos grandes grupos dialectales: el vizcaíno (que se podría llamar vasco occidental) por un lado, y por el otro lado todos los otros dialectos (guipuzcoano, labortano, suletino, hablas de la Navarra francesa y de la Navarra española). A este grupo, por oposición al primero, se le podría llamar centro-oriental". ("Langue Basque", en la obra colectiva "Les Langues du Monde", París Champion, 1952; p. 260).

C. C. Uhlenbeck llegó a insinuar si el B no sería una lengua distinta que luego se fue aproximando al vasco. A través de los siglos habría habido un proceso de acercamiento, o sea, de atenuación de distancias entre el B y el G. Luis Michelena, basándose en los textos antiguos, desecha esta hipótesis y trata de probar que lo que ha sucedido es todo lo contrario. ("Sobre el Pasado de la lengua vasca", Colección Auñamendi, San Sebastián 1964; p. 63).

Desde luego, parece demostrado también que las hablas de la periferia dan muestras de un mayor arcaísmo; las del

centro, en cambio, son más recientes y evolucionadas. Añibarro, que escribía su Gramática a principios del siglo XIX, dice taxativamente que en Vizcaya había más verbos fuertes que en Guipúzcoa. Eso quiere decir que la evolución de la conjugación simple a la compuesta estaba más avanzada en Guipúzcoa. Ciertas vocales alargadas o dobles, acentos tónicos etc., que se observan aun en áreas marginales parecen también ser supervivencia de estados arcaicos (Cf. *Michelena*, FHV 113).

* * *

En suma, y para terminar esta exposición sumamente esquemática de los dialectos vascos hablados, podríamos mantener la agrupación trimembre, en esta forma: en el extremo occidental el B, en el extremo oriental el S, y en medio el grupo central, en el cual se englobarían el G, el L, el AN y el BN.

V

DIALECTOS VASCOS LITERARIOS

Como ya lo hemos insinuado, los dialectos literarios son en realidad lenguas literarias varias o múltiples que han existido y siguen existiendo, sin que hasta la fecha ninguno de ellos haya conseguido imponerse en toda la extensión del país de habla vasca. Dichos dialectos literarios son los siguientes: 1) *El labortano antiguo*. 2) *El labortano moderno* o “navarro-labourdin littéraire”, como le llama Lafitte. 3) *El suletino*. 4) *El vizcaíno*. 5) *El guipuzcoano*.

Aquí solo muy brevemente y por encima podemos ocuparnos de la historia literaria de cada uno de ellos. El que quiera más detalles puede consultar la “Historia de la Literatura Vasca”.

1.—*Labortano antiguo*. El primer libro publicado en euskera, las poesías de *Dechepare*, 1545, está escrito en el dialecto local del autor (variedad bajo-navarra). Es un librito sumamente breve (52 páginas). (Recientemente se ha reeditado en edición trilingüe: euskera-castellano-francés: “1545 Bernat Dechepare”; Edili, San Sebastián, 1968).

Algunos años más tarde, en 1571, aparecen las obras de *Ioannes Leizarraga* (traducción del Nuevo Testamento y

de otros libros religiosos: catecismo calvinista, confesión de fe, liturgia, calendario). (La Editorial "Lur" ha reeditado últimamente estas obras de Leizarraga, excepto el Nuevo Testamento: "Euskal Protestantismoa zer zen", San Sebastián, 1970). Leizarraga se planteó ya expresamente el problema del instrumento literario que tenía que emplear al escribir, y que él mismo se lo tuvo que forjar más o menos. Adoptó como base el labortano, aunque un tanto teñido de bajonavarro y aun más de suletino. Esto probablemente, fue fruto o resultado de un trabajo en equipo: él era de Briscous (L), pero algunos de sus colaboradores debían de ser de esos otros dialectos. De todos modos, él es el iniciador de la tradición literaria labortana, la más antigua, sin duda, y que en serie no interrumpida se prosigue hasta nuestros días (siglos XVI al XX). No ha sido una tradición del todo uniforme, pero sí bastante homogénea. Aquí nos limitaremos a nombrar algunos escritores prosistas más importantes de esta tradición: *Axular* (su obra "Gero", en edición bilingüe, fue editada por Juan Flors, Barcelona 1964), *Etcheberri de Sara* (sus obras fueron editadas por Julio de Urquijo: "Obras vascongadas del doctor labortano Joannes d'Etcheberri", París 1907), *Chourio*, *Haraneder*, *Duhalde*, *Baratciart*, *Arbelbide*, *Duvoisin*, *Ioannategui*, *Barbier*, etc. (por citar solo algunos prosistas de los más renombrados).

Apenas fundada la Academia de la Lengua Vasca, los señores académicos Campión y Broussain redactaron un Informe sobre unificación del euskera. Véase lo que en él se dice de este dialecto: "Si hubiésemos de mirar solo a la importancia lingüística del dialecto, ni discusión cabría: habríamos de preferir el labortano antiguo o arcaico, teñido de bajo-navarro oriental, y sobre todo, de suletino: el dialecto del Nuevo Testamento de Leizarraga, impreso en el año 1571..." ("Informe de los Sres. Académicos A. Campión y P. Broussain a la Academia de la Lengua Vasca sobre unificación del euskera"; en "Euskera" III (1922), n. 1, p. 8). Aun hoy, hay una escuela o dirección, la de F. Krutwig, que en el entronque con esta tradición literaria,

la más antigua de la lengua, ve la solución más feliz y adecuada al problema que nos ocupa.

2.—*Labortano moderno* o “Navarro-labourdin littéraire”. Es preciso reconocer que la situación predominante y privilegiada del labortano clásico se ha visto profundamente alterada en nuestros días. En el actual País vasco-francés el núcleo más denso de habla vasca pertenece al dominio del BN. Los escritores más numerosos provienen asimismo de dicha zona lingüística. Esto ha traído como consecuencia el que la tradición antigua se haya visto alterada en nuestros días. Los actuales escritores bajo-navarros, sin abandonar del todo la antigua tradición labortana, han introducido en la lengua escrita bajo navarrosismos sin tradición literaria, localismos, etc. en proporciones masivas. En este novísimo dialecto escribió el médico de Cambo *Dr. Etchepare*, a quien Lafitte llama “nuestro maestro y guía”. La citada Gramática de Lafitte se basa en este dialecto. Lafitte lo propone como la lengua literaria común hoy día del país vasco-francés (excepto el país de Soule). Con todo, hay que advertir que junto a los alteradores de la tradición antigua subsisten los que permanecen fieles a ella. Este “navarro-labourdin” es el lenguaje predominante en el semanario “*Herria*”.

Es un hecho que para la inteligencia general de los vascos de aquende el Pirineo, la ruptura de la tradición antigua lejos de ser un paso adelante, ha sido dar marcha atrás. Mucho más cercano y comprensible nos resulta el labortano antiguo que no este novísimo dialecto, impregnado de localismos sin tradición. El hecho, por otra parte, no debe sorprendernos demasiado: si los dialectos (como nos dice la Lingüística), abandonados a su evolución ciega y espontánea, se diversifican y distancian cada vez más, en el pasado, más que en el presente, es donde se encuentran más cerca unos de otros. Los escritores vascos de siglos pasados, aunque escriba cada uno en su dialecto, se hallan más cerca unos de otros que los actuales. Esto quiere decir que la tradición literaria antigua puede brindarnos una base o plataforma mucho más apta para llegar a la lengua literaria común.

3.—*El suletino*.—Está basado en el suletino hablado. Es el dialecto del extremo oriental del país. Muy homogéneo, cerrado y aislado. Ha tenido poco cultivo, y son también pocos los que lo hablan en la actualidad. Algunos nombres de autores: *Belapeyre, Maister, Chaho, Etchahun, Inchauspe, Sallaberry*...

4.—*El vizcaíno*. Es el dialecto más occidental, que ocupa una zona extensa: muy homogéneo y bastante alejado de los otros. La obra titulada "Refranes y Sentencias", publicada en Pamplona en 1596, está en este dialecto. Igualmente los refranes de Garibay, y el catecismo de Betolaza. En el XVII tenemos a Capanaga (autor religioso) y a Micoleta. En el XVIII a Barrutia ("Acto para la Noche Buena", editado en "Auspoa", n. 48), etc. Incluso parece que en la época antigua, antes que Larramendi con su influencia diera prestigio al G, el B gozó de un cierto favor o preferencia para usos literarios (cantares de las guerras de bandos, elegías, etc.) (Véase *Gorostiaga*, "Epica y Lírica Vizcaína Antigua"; *Juan Carlos de Guerra*, "Los Antiguos Cantares del Euskera"; *L. Michelena*, "Textos Arcaicos Vascos", etc.). Incluso parece que los vizcainismos del Catecismo de Villafranca se han de atribuir a este influjo literario que ejercía el B.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que una literatura escrita un tanto extensa no empieza a haber hasta fines del s. XVIII y principios del XIX. Los pioneros son *Juan Antonio de Moguel* y el franciscano *Pedro Antonio de Añibarro*. El primero es autor de "Peru Abarka", uno de los libros vascos más originales, y de otras obras religiosas (no todas escritas en B, pues Moguel cultivó también el G). Añibarro es autor de "Esku liburua", devocionario muy estimado por su lenguaje castizo. Moguel se basa en el habla de Marquina, que reproduce con sus eufonías y localismos; Añibarro tiene un vizcaíno más general (él era de Villaro). El franciscano *Fr. Pedro de Astarloa* y el carmelita *Fr. Bartolomé de Santa Teresa* son autores de grandes sermonarios (éste último tiene además un libro sobre los bailes vascos): ambos autores escriben también en vasco de Marquina. *Juan José Moguel*,

autor de "Etxeko eskolia", también sigue la variedad marquina, lo mismo que el P. Uriarte en gran parte.

Ya en nuestros días tenemos al mundaqués *Echeita*, novelista, a *Domingo Aguirre*, autor de la obra maestra "Kresala" y de "Auñemendiko lorea", a *Kirikiño* (Bustintza), inolvidable narrador de cuentos, a *Eguzkitza*, *Azkue*, *Otxolua*, *Erkiaga*, *Onaindia*, *F. Bilbao*, etc. Hoy en día, en producción literaria hay que reconocer que ha quedado un tanto atrás en comparación del G. Ha sido también el dialecto más afectado por las intemperancias del purismo contemporáneo, creándose con ello una especie de sima insalvable entre la lengua popular y la escrita, sumándose esta causa a las muchas que luchan por la desintegración del idioma.

5.—*El guipuzcoano*. La personalidad y obra del P. Larramendi (1690-1766) ha tenido un influjo decisivo en el despertar literario de este dialecto. Aunque el P. Larramendi escribió sus grandes obras en castellano ("El Imposible Vencido", "Diccionario Trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín"), con ellas consiguió despertar la conciencia de sus paisanos cultos. Gracias a sus campañas proeuskera, Larramendi consiguió que dos Padres de la Compañía, por lo menos, se dedicasen ampliamente al cultivo del vasco: *Mendiburu* y *Cardaberaz*. El primero escribió en un vasco orientado hacia Navarra (era de Oyarzun, y vivía en Pamplona), el otro en un G común. De fines del XVIII es también el franciscano *Ubillos*, autor (o traductor) de un bello catecismo histórico. A principios del XIX tenemos a *Iturriaga*, de Hernani, pedagogo y fabulista; a *Juan Ignacio de Iztueta*, figura un tanto enigmática, por su vida airada, autor de "Gipuzkoako Dantzak" que ha servido para salvar del naufragio el folklore vasco, y de "Gipuzkoako Kondaira". Como autor clásico de sermonarios extensos, es preciso citar a *Aguirre de Asteasu* y a *Guerrico*. *Lardizábal*, de Zaldivia, es autor de "Testamentu Zarreko ta Berriko kondaira". *Gregorio Arrue* es traductor de obras religiosas, entre las que sobresale la Vida de Sta. Genoveva de Bravante.

Hacia 1880 el despertar literario se centra en San

Sebastián. *Manterola* crea los Juegos Florales y la revista "Euskalerría", y edita la compilación poética titulada "Cancionero". Se crea el teatro vasco con *Soroa*, *Toribio Alzaga*, etc. A principios de siglo aparece la novela "Garroa", de Domingo Aguirre, tenida por mucho tiempo como la obra cumbre en este dialecto. En el siglo actual han descollado también *Lizardi*, poeta lírico y prosista, *Salvador Michelena* y *Orixe*. *Orixe* es autor del poema "Euskaldunak" (=Los Vascos), impregnado de alto-navarrismos, poeta místico, traductor religioso, etc.

Ya en nuestros días, cabe citar a *Mancisidor*, autor de obras religiosas, a *Irazusta* (novelista), a *Munita*, *Zubillaga* (autor de "Lardasketa"), a *Salaverria* ("Neronek tirako nizkin"), a *J. Etxaide*, *Zaitegi*, *Txillardegí*, etc.

Desde luego, si fuéramos a examinar la unidad u homogeneidad de lenguaje de todos estos autores que catalogamos como guipuzcoanos, veríamos que dicha unidad es bastante relativa y que las diferencias son a veces notables.

Como antología de prosista de los dos dialectos principales de aquende el Pirineo, es de justicia citar a *C. Etxenagusia*, "Euskal Idazleen Lorategia", San Sebastián 1969. —Como colecciones de libros vascos, las más extensas son "Kuliska-Sorta" (*Zarauz*) y "Auspoa" (*Tolosa*).

* * *

A la vista de todo este abigarrado espectáculo de los dialectos literarios vascos, cada uno con su dirección y tradición propia, el problema de la unificación literaria se complica. ¿Es posible tomar un dialecto sin más y arrinconar los otros? Si esto se hubiera hecho en siglos pasados y viniera la cosa de atrás, nadie lo discutiría; pero ahora... El P. Plácido Múgica, en el Congreso de Aránzazu de 1968, abogaba por que todos los vascos adoptasen el G para usos literarios. Inmediatamente se levantó Charritton (vasco-francés), acusando esta solución de "imperialista"... Por otra parte, andar haciendo arreglos postizos a base de combinar dialectos, tiene el peligro del pastiche...

Sin embargo, es preciso afirmar también que por encima o por debajo de las múltiples variedades y diferencias que se entreveran y superponen en nuestros dialectos literarios, subsiste un fondo común muy grande. Es lo que hace posible el intento de crear una lengua literaria basada en este fondo común (1).

(1) *Fondo común*: hemos pronunciado la palabra clave para comprender el plan de unificación aprobado por la Academia en 1968. Destacar el fondo común y avanzar apoyándose sólidamente en él: he aquí, en efecto, la característica del presente Plan.

VI

EL PLAN O PROYECTO-BASE PROPUESTO POR L. MICHELENA PARA ENFILAR EL VASCO ESCRITO POR EL CAMINO DE LA UNIFICACION

El año de 1968 la Academia de la Lengua Vasca celebraba el 50 aniversario de su fundación. Entre las conmemoraciones, actos, festejos, etc. que con este motivo iban a tener lugar, se pidió a la misma Academia la organización de unas jornadas de estudio encaminadas a resolver el problema de la unificación literaria (1). El Presidente de la Academia, D. Manuel Lecuona, tomó en consideración la propuesta. En consecuencia, se nombró una Comisión que había de preparar los trabajos, y el académico Sr. Luis Michelena fue nombrado Presidente de la misma. Al mismo Sr. Michelena se le encomendó la elaboración de un Plan base o Proyecto general, a fin de que todos los trabajos de la Comisión se desarrollaran dentro de unas mismas directrices fundamentales.

(1) Fue el académico correspondiente Sr. Gabriel Aresti quien hizo la petición en una sesión académica celebrada en Bilbao en enero de 1968.

Este Plan base que por encomienda de la Academia elaboró el autor y fue aprobado por la misma Academia en Aránzazu es el que queremos dar a conocer y comentar en este y en los siguientes capítulos del presente trabajo. Ciertamente, en Aránzazu hubo también otras ponencias, pero referentes a puntos particulares y comprendidos dentro de este Plan general.

Como dijo D. Manuel Lecuona en las palabras de apertura de aquel memorable Congreso: "A la Academia se le ha pedido que con ocasión de sus 50 años de existencia resuelva la unificación del euskera... A fin de sopesar bien el problema, en una de sus reuniones la Academia nombró una Comisión especial; y a fin de que esta Comisión pudiera delimitar bien su quehacer, encomendó al Sr. Michelena el encargo de redactar un Informe calificado. Y posteriormente ha celebrado varias reuniones bajo el respaldo seguro del Sr. Michelena, para estudiar a fondo entre todos dicho Informe". "Informe hermoso y bien pensado, el de nuestro colega Sr. Michelena; después de unos cuantos principios generales —ya lo habréis visto— toca punto por punto todos los problemas de la gramática: empezando por la Fonética y a través de la Morfología hasta la Ortografía". (Véase "Euskera" 1968, p. 139-140).

Este Informe o Plan de base es el que aquí iremos exponiendo y comentando, con el único fin de divulgar su conocimiento. Sin duda, Michelena es el lingüista mejor preparado que actualmente tenemos. La unificación del euskera es un problema arduo, y nadie mejor que un lingüista, profesional de la lengua, para percatarse de las dificultades y problemas que entraña; así como también de las posibilidades de conseguir el objetivo mediante una acción dirigida, o sea, mediante unos acuerdos sabiamente tomados. Michelena, en este trabajo, se propone unos objetivos limitados y precisos: aquellos que en el estado actual considera asequibles. Como trabajo de base que es, el Plan del Sr. Michelena casi se limita a marcar las directrices generales. Es claro, pues, que este trabajo habrá de ser completado por múltiples acuerdos de detalle, que deberá ir tomando la misma Academia, si quiere

presentar al país un plan concreto que conduzca hacia la meta ansiada.

Tanto el trabajo del Sr. Michelena como todos los demás que se leyeron en Aránzazu están redactados en euskera, y así han aparecido en la revista oficial de la Academia. No obstante, el comprobar a cada instante el desconocimiento que existe sobre el verdadero contenido, alcance, etc. de este Plan, es lo que nos ha convencido de la necesidad de publicar este comentario en castellano.

Daremos, pues, aquí, en sucesivos apartados, el texto de la ponencia de Michelena en versión castellana. A fin de que se distinga el texto de Michelena de nuestros comentarios, ponemos aquél en cursiva:

* * *

Texto:

PRINCIPIOS. Qué clase de unificación es la que pretendemos

1. El hacer entrar al euskera por el camino que conduce a la unificación, lo consideramos imprescindible, absolutamente necesario para la vida de la lengua. La razón principal de esta necesidad estriba en la enseñanza. Si hay que enseñar el euskera a los niños y jóvenes (y si queremos que sobreviva la lengua, es claro que hay que hacerlo), hay que enseñarlo a todos de una manera uniforme o al menos semejante. Pero esta unificación, al menos en los primeros pasos, afectará solo al euskera escrito. Y aun dentro del euskera escrito, la unificación es más necesaria en el campo de la enseñanza, que en el de la bella literatura.

2. Hablando teórica y abstractamente, sería mejor que cada vasco conociera todos los dialectos, todas las variedades de la lengua, antiguas, modernas, del lado de acá y del lado de allá de la frontera. Pero esto es una utopía, y solo a un vascólogo profesional se le puede pedir. Y aun éste, la mayor parte de las veces se tiene que contentar con entender los dialectos que no son suyos, pero no se

expresa en ellos ni de palabra ni por escrito: no es capaz.

3. *La unificación es claro que comportará pérdidas. El vasco perderá esa gama casi infinita de variantes, ese aspecto abigarrado que hoy ofrece. Pero supuesto que esta variedad le es perjudicial, la vida del euskera nos lleva a sacrificar estas bellezas accidentales.*

4. *No se puede emprender el camino de la unificación sin ocasionar resentimientos o causar disgustos, en primer lugar a los mismos cultivadores del idioma. Una unificación total y completa la Academia no tiene ni autoridad ni fuerza para poderla hacer. Su cometido, hoy por hoy, es servir de guía, mostrar el camino dentro de lo que es factible o posible en el estadio actual.*

5. *He aquí los objetivos que con sus decisiones y acuerdos debería proponerse alcanzar: 1) Que los dialectos no se alejen o distancien cada vez más unos de otros (primero). 2) Que se aproximen entre sí y se fusionen en la medida de lo posible (después).*

6. *Hoy por hoy, al menos, la Academia no puede decidir qué dialecto se tomará por base. Con todo, y supuesto que Bilbao no es una ciudad vascófona, parece que para los menesteres de la lengua escrita son más aptos los dialectos centrales que los marginales. En cualquier caso, todos tendremos que ceder, quien más quien menos, si se quiere alcanzar la meta.*

7. *Primeramente hemos de conseguir la unificación en cosas accesorias y superficiales, antes que en las cosas de fondo. Y esto porque es más fácil y hasta más urgente. Cierto que la lengua es un sistema y que sus partes o componentes no son nada mirados fuera de dicho sistema. Hay que reconocer, no obstante, que el euskera en su estado actual no constituye un sistema, sino un diasistema (1). Habría que tratar de dar una traza o aspecto*

(1) *Diasistema.* Es claro que el vasco con sus cuatro dialectos literarios no constituye hoy por hoy un sistema, sino cuatro (o más) sistemas. Pero estos sistemas, superpuestos uno sobre otro, permiten constatar la existencia de un fondo común muy grande, y esto es lo que hace posible la empresa de llegar algún día al sistema único, mediante la adopción de normas que conduzcan a la aproximación y aun fusión de los dialectos.

uniforme a este diasistema, aun antes de acometer la unificación del fondo.

8. He aquí, de más fácil a más difícil, los dominios o campos de trabajo que se le presentan a la Academia: a) La ortografía. b) La forma de las palabras vascas antiguas. c) La formación de las palabras nuevas y forma de los préstamos. d) La Morfología (nombres, pronombres y verbos). e) Sintaxis.

En algunas cosas hoy por hoy no cabe hacer nada, pues nadie ha realizado aun los estudios que para ello harían falta. En otras cosas, si es difícil hacer la unificación de los dialectos, por lo menos hagamos la unificación dentro de cada dialecto, lo cual sí es factible.

* * *

Comentario:

Tenemos aquí lúcidamente expresados los principios que presiden el Plan y los objetivos bien precisos que éste se propone. En primer lugar, el hacer entrar a la lengua vasca escrita por el camino que conduce a la unificación se considera como algo urgente e imprescindible para que sobreviva la misma lengua. Y esto, ante todo, porque el euskera, para sobrevivir, necesita ser enseñado en la escuela, y una lengua, sin un cierto grado de unificación, no puede venir a ser objeto de enseñanza; no se presta para ser enseñada y vulgarizada entre la multitud. La unificación literaria es algo que interesa más de cerca al campo de la enseñanza que al de la bella literatura. En efecto, ¿qué puede hacer el pobre maestro obligado a enseñar una lengua en estado de dispersión, de fragmentación e inestabilidad extrema, tanto en la ortografía como en la forma de las palabras, morfología, sintaxis, etc.? Y por más que nos duela el decirlo, este es el actual estado de la lengua.

Límites del Plan.—Este no aspira por el momento a conseguir una unificación total y completa, por no creerla factible. Dado que existen dialectos y tradiciones literarias diversas, la Academia no se siente con autoridad para

decidir que se debe adoptar un determinado dialecto con preferencia a los otros, ni para prescribir otra cualquiera forma de unificación radical. Sus acuerdos y decisiones, hoy por hoy, deben mirar a conseguir estos objetivos limitados y precisos: 1) Velar para que los dialectos no se alejen o distancien cada vez más entre sí. 2) Hacer que se aproximen en la medida de lo posible.

Parece también obvio que primero procede conseguir la unificación en las cosas más fáciles y hacederas, en las más superficiales, en aquello que contribuye a dar una traza o aspecto uniforme a la lengua escrita, aun cuando en el verdadero fondo o meollo no se haya conseguido aun la unificación. Los dominios, escalonados de más fácil a más difícil, son los indicados por el ponente: Ortografía, Forma de las palabras antiguas, Formación de palabras nuevas y forma de los préstamos, Morfología, Sintaxis.

VII

ORTOGRAFIA

Si bien la ponencia de L. Michelena es una especie de ante-proyecto general, y como tal señala las orientaciones que se deben seguir en los diferentes dominios de la lengua (si se quiere encaminar ésta hacia la unificación), pero el campo más detalladamente estudiado en ella es el de la Ortografía. Es también, en esta gradación de lo fácil a lo difícil, el primer campo que se nos ofrece, el más hacedero y asequible, y hasta el más urgente, por cuanto la ortografía es el vestido, el ropaje visual que adopta la lengua escrita.

Por otra parte, la unificación ortográfica es ya, en gran parte, una realidad. La Ortografía adoptada por la Academia de la Lengua Vasca a raíz de su fundación (véase "Euskera", n. 1, p. 53), es la que ha prevalecido, con algunas leves modificaciones que la ulterior evolución ha introducido y que la misma Academia ha dado por buenas (véase "Euskera", octubre de 1954, p. 27 respecto a la licitud del empleo de consonantes dobles, etc.). No obstante, hay todavía bastantes puntos en que subsiste la anarquía. El uso o no uso de la "h" es uno de ellos, tal vez el más visible, aunque no el único.

Dejando para el capítulo siguiente el punto que en la parte de la ponencia de Michelena dedicada a la ortografía figura con los num. 6-7 (o sea, lo referente al empleo de la "h"), en este capítulo expondremos todo lo relativo a la ortografía, excepto lo que se refiere a dicha letra. El tema de la ortografía de la "h" lo trataremos aparte, en el cap. VIII, pues aunque en sí no es más que un punto de la unificación ortográfica, merece tratamiento aparte y especial, si no es más, porque ha sido desorbitado y ha concentrado en torno a sí toda la polémica y carga pasional, tanto de los amigos como de los adversarios del Plan. Finalmente, en el cap. IX expondremos lo relativo a los signos de puntuación y otros adminículos, con lo que se completa la sección dedicada a la Ortografía.

* * *

Texto:

Tomo como base o punto de partida los acuerdos de la reunión de Bayona del año 1964, tratando algo más detenidamente la mayoría de los puntos.

1. *He aquí el minimum de letras a emplear al escribir en euskera: a, b, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, ñ, o, p, r, s, t, u, x, z. Además, por lo menos al transcribir palabras y nombres extraños, se han de emplear estas otras: c, qu, v, w, y.*

La letra "f" debe ser aceptada, no solo en palabras de procedencia extraña (fede, faltsu, etc.), sino también en las otras. Grafías como "afari", "alfer", "Nafarroa" son más correctas que cualquier otra.

2. *Digramas a emplear en euskera (o sea, grupos de dos letras iguales o diferentes que indican ciertos sonidos simples): "rr" (que algunos transcriben con r tildada), "ll" (que también se transcribe con l tildada), "dd", "tt" (se pueden escribir asimismo con la correspondiente consonante tildada), "ts", "tx" y "tz".*

3. *La escritura nunca es una transcripción fiel y matemáticamente exacta de la lengua hablada (solo las transcripciones que hacen los lingüistas para usos científicos tienden a ser de esa especie). Por otra parte, tampoco*

conviene que la lengua hablada vaya por un camino y la escrita por otro. Además de la fonética y de la fonología, hay que tener en cuenta la morfonología. En alemán se escribe *Tod, Todes*, aunque la primera *d* y la segunda no se pronuncian igual; lo mismo pasa en el ruso *rog, roga*, en que las dos *g* suenan distinto.

4. También hay que tener en cuenta la neutralización: dos fonemas distintos no hay por qué distinguirlos siempre. Así, en castellano, la "rr" solo se escribe al principio de sílaba dentro de la palabra y únicamente detrás de vocal (correr, pero honra).

En vasco hay mucho de esto:

a) En sonidos nasales, en fin de sílaba, se escribe siempre "n": *ganbara, min, zango, andana*. Con ello no hacemos sino seguir la tradición.

b) En cuanto al uso de la "r" se seguirá también la costumbre tradicional: *argi, erdi, prestu, eder; pero ederra*. Hay unas pocas "r" finales que son suaves, pero por ellas no merece la pena de alterar la costumbre y empezar a distinguir: *paper, ederr* (aparte del aspecto feo que daría a la ortografía el constante uso de la "rr").

c) La distinción entre *p/b, t/d* y *k/g* (la conocida ley de alternancia entre *petaka* y *bodega*) se suele anular detrás de ciertos sonidos, sobre todo detrás de (t)s, (t)x y (t)z. De *hitz-bide=hizpide*, de *lot-garri=lokarri*. Con todo, no hay regla fija, pues vemos que se escribe *bereizgarri, ikusgarri, etc*. En caso de duda sígase la ley fonética más que la etimología. Escribese, por ejemplo, *Aizkorri*, no *Aitzgorri*.

d) En final de sílaba, dentro de palabra, no se pone "tz" ni "ts": *zorrotz, pero zorrotzu; hotz, pero hoztu*. En principio de sílaba, detrás de n, l, r, la *tz, ts, tx* se pronuncia, hoy, en general. Se escribe, por lo tanto, *entzun, saltsa, altzo, altxatu...*

e) Continuando aun con las sibilantes, se da una curiosa diferencia entre los dialectos. Todos coincidimos en no emplear en comienzo de palabra más que *z* y *s*. Pero los de este lado podemos emplear a discreción *tx* o *x* (*tximist, txori; xamur, xuxen*); otros en cambio, solo emplean *x*. Si la unificación pide que una de las partes

se acomode al uso de la otra, parece que a nosotros nos toca ceder en este caso.

5. Los que no distinguimos en la pronunciación la *z* de la *s*, la *tz* de la *ts*, tienen que aprender a distinguirlas por lo menos en el uso escrito. En Vizcaya, por ejemplo, donde se ha perdido la distinción, cuando se trata de palabras o formas que solo allí se usan, habrá que acudir a los antiguos escritores vizcaínos que distinguían bien estos sonidos, para aprender el recto modo de escribirlos: *deutsat*, *deutsut*, *zoru*, *deustazu*, etc.

8. Respecto de los sonidos que llamamos *mojados*, hay que decir que les queda muy poco lugar en la ortografía, si se adopta el camino que aquí proponemos. En efecto, para llegar a la unificación, el mejor camino parece ser el siguiente:

a) Escribamos, por lo menos, *in e ill*, en vez de escribir simplemente *n y ll* (a no ser cuando se trata de esos vocablos que llamamos *expresivos*, como los terminados en *ño*: *andereño*, *izarño*, etc.). O sea, escribamos *baifia*, *oillo*, *oiñaze*... siempre con *i*. Y al fin de palabra, escríbase siempre *in*, *il*: *oin*, *soin* *erein*, *soil*.

b) Mejor aun (o sea, un paso más hacia la unificación) sería escribir *suplemente il*, *in*: ya que la presencia de la "i" basta para advertir a los interesados que en su respectivo dialecto la "l" o "n" que sigue, es *mojada*. Un *guipuzcoano* que escribe *ibili*, *baina*, *gainetik*, *laino*, *percibirá* que debe leer *ibilli*, *baina*, *gainetik*.

9. Respecto a la "j", escribámosla, y dejemos que cada cual la pronuncie según su región: *jakin*, *jende*, *jo*, *Birjina*, *Ebanjelio*. Aun detrás de consonante, parece mejor emplear "j", más bien que "dd": *onjo*, como hacen los *vascofranceses*.

10. Cuando el sonido primitivo universal, y aun actual en muchas regiones es "x", debemos aferrarnos a mantener dicho signo, si buscamos el camino que lleva a la unificación. Escribamos, por lo tanto, *axola*, no *ajola* (1).

(1) Lo que en tiempos antiguos fue general a toda la lengua y aun hoy permanece vivo en una parte importante de ella, tiene prioridad sobre los fenómenos particulares de carácter reciente. He aquí

Comentario:

El alfabeto a emplear en euskera.—Michelena agrupa las letras de este alfabeto en dos series. En la primera serie vienen las letras que se emplean cuando se trata de palabras vascas o vasquizadas; por ejemplo, *Birjina, Ebanjelio*, aunque sean de origen exótico forman parte del léxico vasco común y son transcritas con la ortografía corriente en euskera. Pero cuando se trata de palabras exóticas, aun no vasquizadas, nombres extraños, etc., habrá que echar mano también de las letras de la segunda serie.

Respecto de la letra "f".—Arranca de Moguel, el autor de "Peru Abarka", la especie, bastante extendida, de que no hay que dar cabida a esta letra en la ortografía vasca, porque representa un fonema no indígena. Moguel observaba que los chicuelos de Marquina, al aprender el alfabeto en la escuela, cuando llegaban a esta letra, no la podían pronunciar, y decían "epe". De aquí deducía que no es letra vasca. Su amigo, el franciscano Añibarro, que era de Arratia, vivía en Zarauz y se dedicaba a misionar por todo el país, le hizo notar que este fenómeno era propio solo de Marquina y de Guipúzcoa, y que en el resto del país el sonido "f" es de uso normal, corriente y general (Véase nuestra "Historia de la Literatura Vasca", p. 204). Y por supuesto, el empleo del signo "f" en la ortografía vasca está también sólidamente atestiguado en la tradición literaria.

Digramas.—La Academia sancionó como lícito y correcto el uso de *rr, ll, dd, tt*, declarando al mismo tiempo la licitud del otro procedimiento de transcribir los sonidos correspondientes a estos signos valiéndose de la consonante simple, provista de tilde. (Véase "Euskera", 1954, octubre, p. 27).

una de las grandes leyes características del presente plan de unificación. Los caminos estrechos de los particularismos locales, deben ceder ante el camino real del euskera. Otra versión de esta misma ley es la expresada por L. Michelena tantas veces, a saber: que él no teme al vizcaíno, al guipuzcoano, etc., sino al super-vizcaíno, super-guipuzcoano, etc.; es decir, al cultivo cerado del propio dialecto sin apertura al conjunto del euskera y con prurito de acentuar lo particular, lo diferencial, lo que aparta del patrimonio común.

Respecto al uso de la *rr*, es sabido que en el vasco hablado el sonido de *rr* fuerte es muy frecuente. En cuanto a su transcripción gráfica, se seguirá la costumbre tradicional de no escribir *rr* más que al principio de sílaba en interior de palabra y únicamente detrás de vocal. En todos los otros casos se escribirá una sola *r*. La tradición literaria es la razón decisiva.

Sonidos nasales.—En sonidos nasales de fin de sílaba, se escribirá siempre *n*: *ganbara*, *andana*, *zango*, siguiendo también en esto el uso.

¿Digramas al principio de palabra?—Por lo general, no se emplean digramas al principio de palabra. Pero esta regla tiene una excepción y ella parcial, pues afecta al país vasco peninsular: es el empleo de la *tx* inicial: *Tximist*, *txapel*, etc. El paralelismo parece postular el empleo de *x* en principio de la palabra, conforme al cuadro siguiente:

	—ts—	
s—	—s—	—ts
	—tz—	
z—	—z—	—tz
	—tx—	
luego	—x—	—tx

Distinción entre “z” y “s”; “tz” y “ts”.—Hay amplias zonas en el país que, en lo hablado, no distinguen estos sonidos; pero la unificación exige que en lo escrito se mantenga la distinción.

Los sonidos palatales o mojados.—Es sabido que tampoco en este punto existe en el país uniformidad en la pronunciación, de donde ha venido también la diversidad de escritura. Mientras unos pronuncian y escriben *baino*, *baina*, *oilo*, etc., otros escriben simplemente *baño*, *baña*, *ollo*... La repartición de este fenómeno, en lo hablado, está estudiada en parte en el *Erizkizundi Irukoitza* o Encuesta Triple, que organizó la Academia en su primera época y cuyos resultados se publicaron en “Euskera” 1926

y ss.; los de Soule, recogidos por H. Gavel, salieron a luz en "Euskera" 1960, 293. En cualquier caso, las leyes ortográficas no se fundan precisamente en ningún plebiscito o estudio estadístico realizado sobre la pronunciación del lenguaje hablado. Como venimos repitiendo muchas veces, la lengua escrita se basa en la tradición literaria, y cuando esta misma no es uniforme, tiene que escoger la grafía que parece más conducente a los intereses de la unidad. Ya el P. Larramendi en su censura el P. Cardaberaz le reprochaba el omitir la *i* en palabras de esta especie (1). Nombres como *Oñate*, en escrituras antiquísimas, aparecen grafiados de esta forma: *Oinati* (2).

Michelena propone como primer paso, indispensable para orientarse hacia la unificación en este punto, el que no se omita nunca la "i" al transcribir estas palabras: escríbase siempre, por lo menos, *oillo*, *baiña*, *oillagorra*. . . Un segundo paso, que representaría la unificación completa, sería escribir *l* y *n* simplemente (*baino*, *oilagorra*): la presencia de la "i" serviría de reclamo para avisar a los interesados que en sus zonas respectivas se palatalizan esas letras.

Es de notar que ya en 1954 la Academia acordó dar preferencia a la grafía con *i* (Véase "Euskera" 1954, octubre, p. 27).

Respecto de la letra "j".—Sabido es que esta letra recibe diversas pronunciaciones dentro del país. Aquí también el camino de la unificación pide que mantengamos constantemente el signo ortográfico, aunque se lea de diversas maneras según las zonas.

(1) Véase el trabajo del Sr. *Tellechea Idigoras*, "Larramendi y Cardaveraz", publicado en "Anuario del Seminario de Filosofía Vasca Julio de Urquijo"; II 1968, p. 19.

(2) Véase *Ignacio Zumalde*, "Oñate"; San Sebastián, 1970; p. 10.

VIII

EL PROBLEMA DE LA "H"

El problema de la "h" no es más que un punto del capítulo de la unificación ortográfica, pero lo tratamos aparte por la importancia y actualidad que ha alcanzado. Parece como si en esta cenicienta letra se hubiera materializado toda la controversia en torno a la unificación.

En primer lugar, vamos a exponer brevemente la problemática en torno a la cuestión. Está hoy fuera de duda entre los especialistas que el fonema de la "h" aspirada lo conoció en tiempos pasados la lengua vasca en toda su extensión; es decir, que fue un sonido universal de la lengua. Nos remitimos para las pruebas a "Fonética Histórica Vasca" de Michelena, p. 203. Pero en la parte española del país ha sucedido un fenómeno paralelo al del castellano, el cual también conocía la aspiración y luego la perdió. Recuérdese la consabida estrofa de San Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

Al perderse la aspiración, que aun era un hecho válido para San Juan de la Cruz, el último verso quedó cojo, falto de una sílaba, por lo cual las ediciones posteriores se creyeron en el deber de introducir un espurio "su", antes de *hermosura*.

Tanto la Rreja de San Millán con su nomenclátor de pueblos de Alava, como los Cartularios de diversos monasterios medievales que transcriben con frecuencia nombres vascos, dan fe de la existencia de la aspiración, que aparece representada por la "h". Pero el hecho es que en este lado del país se perdió este sonido. Es de notar que la ortografía de los nombres vascos, en regiones donde la lengua se perdió hace tiempo, ha mantenido más fielmente el estado de cosas antiguo. En cambio, donde la lengua sigue viva, la ortografía se ha ido corrigiendo según el patrón de ésta, y como ésta actualmente no conoce la "h", se ha ido borrando esta letra de muchos nombres que en otro tiempo la tuvieron (*Harregui*, etc.). Según Michelena (FHV 205), la pérdida de la "h" debió de comenzar por la Alta Navarra en contacto con el romance aragonés, que no tenía "h"; más tarde se perdió en la parte occidental del país (Rioja, Alava, Vizcaya), donde no debía de existir ya en el siglo XVI, pese a ciertas grafías.

En el País vasco-francés, en cambio, la aspiración se ha conservado hasta hoy, como también la tradición de transcribirla con la letra "h".

Dicho está con esto cuál es la situación, por lo que a la tradición de la lengua escrita se refiere. En la tradición literaria vasco-francesa se ha usado siempre la "h" (aunque no todos la han colocado siempre en las mismas palabras ni con la misma frecuencia). En la tradición literaria de los dialectos vasco-españoles, en cambio, se ha omitido esta letra, y aun se la ha mirado con cierta fobia. Con todo, en los escritores un tanto antiguos de este lado se la encuentra, aunque con cierta parsimonia (*Mendiburu*, *Ubillos*, y aun más tarde).

Existe, pues, un fonema aun vivo en la parte septentrional del país. Y en cuanto a la tradición literaria, hay que decir que se dan dos tradiciones: una que da acogida

al signo, y otra, que, al no tener el fonema, tampoco admite el signo. ¿Qué hacer?

Era inevitable que, al plantearse el problema de la unificación ortográfica a nivel de toda la lengua, surgiera la cuestión.

Si existe el fonema, no se puede negar al que lo tiene el derecho a transcribirlo, máxime cuando goza de una tradición literaria tan antigua, constante y firme. El único camino razonable, si se quiere obtener la unificación ortográfica, parece ser que los que no tienen la "h" en lo hablado, aprendan a usarla en lo escrito. Es exactamente lo que hacemos con los que en lo hablado no distinguen entre *z* y *s*, entre *tz* y *ts*: en lo escrito no se les consiente confundir estos signos. La lengua escrita tiene sus leyes y derechos por cuya observancia es preciso velar. Del mismo modo, en castellano, el que no distingue la *ll* y la *y*, fácilmente incurre en grafías como *Vizcalla* por *Vizcaya*, pero no se consienten.

Comprendiendo que ésta es la única solución razonable al problema, ya desde hace algunos años la nueva generación de escritores del lado meridional venía usando la *h*, en un intento por acabar con la dualidad ortográfica y por empalmar definitivamente con la más antigua y castiza tradición literaria.

Esta práctica encuentra viva resistencia y oposición violenta por parte de los escritores de más edad, que en sus dialectos no han conocido este uso. E incluso se llega a atribuir no sé qué negras intenciones a los que emplean la *h*. Uno pudiera creer que se trata de una lucha entre vasco-franceses y vasco-españoles. No es así. La lucha es dentro de estos últimos, donde ambas posiciones son fuertes. Los vasco-franceses, como siempre, siguen usando de la *h* y no piensan renunciar a ella, porque la necesitan y es algo consubstancial a su tradición.

Es innegable que la adopción de la *h* supone una nueva dificultad y no pequeña (al menos de momento), para la ortografía de los vascos que en lo hablado no distinguen este fonema. Pero, por otra parte, el unificar definitivamente la ortografía a nivel de todo el país, ¿no es un

bien que merece este sacrificio? Recordamos lo que al respecto escribió recientemente F. Mendizábal en "Zeruko Argia": Yo no he sido —decía— partidario de la *h*, sino todo lo contrario. Pero ahora digo: Si éste es el precio que tenemos que pagar por conseguir la unificación, yo gustosamente lo pagaré. La unidad de la lengua escrita es un bien tan grande, que es justo paguemos algo por ella...

Si miramos ahora a los acuerdos de la Academia sobre el particular, encontramos lo siguiente:

Al decir cuáles son las letras o signos gráficos que se han de emplear en euskera, la Academia tuvo en cuenta la letra *h'* aunque sin prescribir nada sobre su uso o no uso. Véase "Euskera" I (1920), n. I, p. 64.

Muchos años más tarde encontramos este acuerdo más concreto: "También se ha acordado aceptar como forma académica en los dialectos meridionales el signo *h*, aun no correspondiendo a pronunciación aspirada en determinados casos de evitación del hiato de vocablos, como *ohore*, *ahate*, *zuhurra*, etc.; o en algún caso de diferenciación semántica, como *ori-hori*, *ura-hura*, *ari-ahari*, etc., siendo naturalmente correcto el no uso de dicho signo *h'*". ("Euskera", octubre 1954, p. 27).

En 1964 hubo una reunión de escritores en Bayona, que, deseando acelerar el proceso de superación de la dualidad ortográfica, propuso, por una parte, a los vascos-franceses la abolición de algunas haches, menos necesarias (las postconsonánticas), y decidió la adopción, por etapas, de las restantes en todo el país.

Estos acuerdos de Bayona son los que Michelena toma como punto de partida en la parte de su ponencia dedicada a la *h*.

* * *

Texto:

6. *En el asunto de la h, siguiendo la tendencia actual, se pueden tomar como base los acuerdos de Bayona. Prosiguiendo en esta dirección, yo veo así las etapas, comenzando por lo más urgente:*

a) Primer paso más necesario: la h entre dos vocales iguales (cuando hay que ponerla, claro está), pues de no adoptar esta h quedan muy distanciadas las grafías: ari/ahari, mai/mahai, zur/zuhur, etc. En cambio, en los casos de declinación no hay h: semeei, gazteen.

b) Segundo paso: Entre dos vocales cualesquiera (también aquí cuando se debe): aho, behar, nahi, ohe. Aunque algunos no lean algunas de estas haches, les ayudarán por lo menos para saber cuántas sílabas tiene una palabra.

c) Si buscamos la unificación, no escribamos nunca entre vocales, en vez de h, otras letras (g,r,d, etc.): pongamos ehun y no egun, lehor y no legor, ahari y no adari. Tampoco escribamos legun, sino leun, que es como escriben los que distinguen la h.

d) Tercer paso: en comienzo de palabra: hats, hede, hitz, hots, hotz, huts, etc. Para esto necesitaríamos un diccionario ortográfico que indique la grafía de las palabras dudosas. En dicho diccionario la h no se tendría en cuenta en el orden alfabético, pues de otra suerte los vascos de este lado no sabrían dónde buscar las palabras.

e) Detrás de consonantes oclusivas no se escribirá h (aphez, athe, ekharri). Según lo acordado en Bayona, tampoco detrás de cualquier otra consonante: erho, belhar, unhatu, etc.

f) Ni, lo que es lo mismo, detrás de diptongo: aien, auen, oian (no aihen, auhen, oihan). En Bayona también se acordó que, en la declinación, estos nombres que llevan diptongo se declinaran como las palabras terminadas en consonante: edozein gaietan, se declinaría al estilo de edozein ibarretan, y no según el modelo de edozein menditan. Verdad es que el uso antiguo no ha sido uniforme en este punto: así vemos que se ha dicho siempre Bizkaian, pero Bizkaitik, Bizkaira, etc.; y que entre nosotros se escribe es da, ez, etsairik y cosas parecidas; en cambio, los del otro lado escriben etsayik como detrás de consonante, reservando la letra y para este caso (1).

(1) El mismo Sr. Michelena nos ha pedido que incluyamos aquí la siguiente aclaración. "He podido ver después que el comporta-

La repartición de sílabas en el caso de estas *h* no la hacemos de igual modo todos los vascos: unos hacen *er-ho* y otros *e-ro*, unos *ai-hen* y otros *a-ien*.

7. Si se acordara no escribir *h* detrás de esas consonantes (*l*, *r*, *n*) ni detrás de diptongo (y aun antes de que se acuerde), habrá que tener en cuenta qué se ha de hacer en el caso de las palabras compuestas (*oinhatz*, *onhartu*). Escribir *hartu* y luego *onartu* no parece bien, por un lado, pero por otro tampoco parece bien que se escriba *onhartu*, y en cambio, no se escriba *unhatu*.

Esta misma dificultad de las palabras compuestas se nos ha presentado más arriba (4, b) al tratar de la *r* fuerte de fin de palabra, pues por un lado se escribe *gor* y luego *gorreria*, *gorraire*, etc.; *itur aldean*, *itur-aldean*, o, si se prefiere, *iturraldean*.

* * *

Comentario:

La adopción de la *h* intervocálica parece el primer paso y el más necesario. La presencia de esta *h* en la grafía tiene sus ventajas para fijar definitivamente la forma de transcribir ciertos vocablos y evitar la degeneración fonética. Así por ejemplo, adoptando grafías como *ahoa*, *ohea*, *behar*, etc., se destierran para siempre multitud de variantes que solo responden a formas locales, cada vez más desprovistas de dignidad (*oia*, *ogea*, *uea*, *oie*... *biar*, *bier*, *bixer*... *aua*, *agoa*, *abua*, etc.). Además esta multitud de variantes crea inseguridad en el reconocimiento del tema nominal. Igualmente, esta *h* sirve para que todos los vascos demos igual número de sílabas a las palabras, pues de lo contrario *nahi* es bisílabo y *nai* monosílabo...

El paso ulterior sería la adopción de la *h* de comienzo de palabra.

En cuanto a las haches postconsonánticas y a las que vienen tras diptongo, quedarían suprimidas para todos (aunque es preciso reconocer que no es el mismo el caso

miento de los diptongos en *i* y de los en *u* no es en general el mismo. Leig. etc., tratan los primeros como vocales: *garaian*, etc., pero los en *u* como consonantes: *gau-ean* (Ax. *cofauean*, es decir, *kofau-ean*)².

de las que vienen detrás de consonante oclusiva y las que están tras de *r, l, n*).

Por lo que respecta a las palabras compuestas, la regla a seguir parece debería ser la siguiente: si los vocablos componentes se escriben separados o unidos con guión, mantener la *h*; si se escriben juntos, quitarla. Así, p.ej. *on hartu, on-hartu*; pero *onartu*.

Es claro que al no tener pronunciación ni tradición literaria la *h* entre los vascos meridionales, resulta para éstos difícil aprender la recta colocación de las haches; añádase a esto que los mismos vascos septentrionales no tienen un uso uniforme; en Baja Navarra, y sobre todo en Soule, la aspiración es más frecuente que en Labort. Por todo ello, se hace preciso una fijación definitiva de las haches, dejando tal vez algunas como facultativas, y editando vocabularios que sirvan de orientación en este punto. El vocabulario fundamental de 2.000 palabras que publicó la misma Academia (uaque la publicación fuera debida a la iniciativa no oficial de algunos particulares relacionados estrictamente con ella), es un primer paso en este sentido. (Cf. "Euskera", 1968, 251).

El pleito de la *h* suscitó acaloradas discusiones en el Congreso de Aránzazu entre los dos bandos y tendencias (1).

(1) Es cosa sabida que toda reforma ortográfica, por lo mismo que trastorna los hábitos adquiridos, disgusta y provoca resistencias. Ello es normal y comprensible. Ocurre y ha ocurrido así en toda lengua, no sólo en la nuestra. Por lo que se refiere a ésta, hay que recordar que ella ha conocido en la época contemporánea, a partir de Sabino Arana, una reforma ortográfica mucho más drástica, extensa y radical que lo que supone la adopción de la "h". También esta reforma, en su día provocó resistencias, pero se impuso. Recuérdense las campañas de Soroa contra la "k", y el gesto del P. E. Bengoa, que dejó de escribir sus artículos desde China, porque se los publicaban con esa veste ortográfica nueva, que a él le repugnaba. Lo que no se comprende muy bien es que los que no titubearon un momento en adoptar e imponer una reforma tan vasta y extensa, aduzcan ahora como razón la insuperable dificultad que supone este cambio ortográfico. ¿Es que la razón de la dificultad sólo vale para este caso? Responderán acaso que se trata de una letra que, al no pronunciarse, no se acierta en su recto empleo. Pero esto se resuelve mirando en caso de duda al diccionario, que es lo que se hace en todas las lenguas literarias del mundo. Y para los casos corrientes, el aprendizaje no es dificultoso. Es cuestión de hábito, y una vez adquirido éste, nadie se acuerda de la dificultad, como nadie se acuerda ya de la resistencia y repugnancia que provocaba la "k" en sus principios. (Y lo mismo que de la "k" habría que decir de la "tx", etc. Aun en 1936 Ibar en su "Genio y Lengua" pedía la supresión de esta grafía).

Cuando iba a finalizar el Congreso, antes del acto de clausura, los académicos de número allí presentes se reunieron en sesión privada y redactaron la siguiente Declaración. Nótese bien que se trata de una Declaración de la Academia misma, no de los congresistas. Fueron por lo menos diez académicos de número (entre ellos el Presidente y el Secretario) los que redactaron o dieron su conformidad a esta Declaración, antes de que se leyera al público en la sesión de clausura. Dicha Declaración, como se echa de ver por su tenor, significa la aprobación de la Academia al Plan de unificación que se estudió y propuso en el Congreso de Aránzazu. En ella se tocan otros puntos además del de la *h*, pero la ponemos aquí porque ésta ha sido y sigue siendo la cuestión batallona y la que más se ha enconado en el período subsiguiente, por razones que la razón no conoce, al menos enteramente, como diría Grandmaison.

DECLARACION DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA SOBRE LA UNIFICACION DEL EUSKERA LITERARIO

Después de las jornadas de Aránzazu, reunidos los académicos de número allí presentes, dieron las siguientes orientaciones.

Finalizado el Congreso de Aránzazu, la Academia de la Lengua Vasca quiere rendir gracias a todos los que han acudido o han enviado sus dictámenes.

Lo primero que se ha puesto de manifiesto en el Congreso es que, a juicio de todos, la unificación nos es necesaria. Ciertamente, la unificación no es tarea que pueda hacer la Academia, y menos aun que pueda hacerla inmediatamente. Supuesto que hablamos de unificación del euskera escrito, tal unificación será la obra de escritores y maestros, con la guía y asesoramiento de la Academia.

Y cuántos vasco-parlantes no andan a ciegas en lo que a la recta colocación de la "z" y de la "s", "tz" y "ts" se refiere! En todas las lenguas la ortografía presenta sus dificultades, al no darse una equivalencia o correspondencia perfecta entre la lengua hablada y la escrita. Pero estos problemas se resuelven con la escuela, y para los casos de duda está el recurso al diccionario.

Para que los euskaltzales que han estado y los que no han estado en Aránzazu tengan una orientación, queremos dar ahora un avance de las decisiones y trabajos que la Academia publicará ulteriormente y con más detenimiento.

1) Acerca de la Ortografía: La mayor parte de los puntos que ha expuesto la Comisión que se escogió para ello, han sido aceptados, según se ha visto.

2) En cuanto al pleito de la H, después de oír los pareceres que se han emitido, se ha escogido, para comenzar, una vía media: a saber, que la Academia vería con buenos ojos el que se comenzara a emplear dicha letra entre vocales, sean éstas iguales o diferentes. Esto no quiere decir que los ensayos de los que quieran ir más allá no hayan de ser bien vistos.

3) Acerca de la Morfología: Se acepta como base en sus puntos principales el trabajo elaborado por la Comisión acerca de la declinación de los nombres, dejando para otra ocasión lo relativo a la conjugación.

4) Se han examinado asimismo los trabajos preparados por la Comisión acerca de las palabras vascas antiguas y acerca de la forma de las palabras nuevas, y se tiene el propósito de reelaborar ulteriormente el tema siguiendo la dirección apuntada.

La Academia de la Lengua Vasca ha visto con satisfacción el ambiente, la corrección y el deseo de trabajar en equipo que se ha manifestado en este coloquio, y piensa que también después, con la ayuda de todos, podrá continuar realizando su cometido. Ella proseguirá en este empeño.

La Academia de la Lengua Vasca

Aránzazu-Oñate 5 de octubre de 1968

(De "Euskera" 1968, p. 250).

A la vista de que cosas tan evidentes como la existencia de este Acuerdo son puestas en duda o se niegan, piensa uno si en lo sucesivo la Academia, cada vez que vaya a acordar algo, se verá obligada a levantar acta fehaciente en presencia de un notario.

IX

LOS SIGNOS DE PUNTUACION

La parte final del apartado dedicado a la Ortografía se ocupa de regular el uso de los signos de puntuación y algunos otros conflictos frecuentes que surgen al escribir en euskera, con el fin de implantar en lo posible una norma uniforme. Fuerza es confesar que en la mayoría de estos puntos no se ha llegado aun a hacer luz suficiente ni la Academia ha dado ninguna norma.

* * *

Texto:

11.—*En cuanto a signos de puntuación, sigamos el uso de las lenguas vecinas, dejando a un lado comas altas, etc. Los signos de admiración y de interrogación se pondrían solo al final, optando por el francés, que en esto coincide con todas las lenguas de Europa (solo el castellano tiene uso diverso).*

12.—*El apóstrofo sería mejor emplearlo solo para indicar elisión de una letra: t'erdiak. Para indicar la separación, es preferible el guión (-).*

13.—*Así, por ejemplo, en los nombres propios no se*

escriba Axular'ek, Orío'n, sino Axular-ek, Orío-n; pero no siempre es preciso hacer tal separación; además unos vascos la harían de un modo y otros de otro. Los vasco-franceses pondrían Parise-n y los de aquí Paris-en. Y ¿cómo o dónde hacer la separación cuando se trata de nombres propios provistos de artículo? Bizkai-an o Bizkaia-n? Iruine-an o Iruinea-n? Si el nombre propio es de los conocidos, parece mejor escribir todo junto; y hacer la distinción, en cambio, con los nombres extraños: Scott-ek, Bremen-en.

14.—Si el nombre es de los que llevan como agregado el artículo, parece feo hacer separación: Jainkoak, no Jainko-ak, ni Jainkoa-k.

15.—Los mayores conflictos ocurren dentro de palabras o entre partes de palabras. Diré algunos casos:

a) En citas o menciones ("Homo" est dissyllabus, etc.) nos hace falta algo que sirva para separar y al mismo tiempo de enlace: Euskera-tik artu dugu. Luze-ri -tu atzikia eransten bazaio, etc. (Lo hemos tomado de "Euskera". Si a luze se le agrega el sufijo -tu, etc.). En estos y parecidos casos se impone el uso del guión.

b) El ba condicional y el ba afirmativo, ¿hay que distinguirlos en la escritura? Mejor sería escribirlos igual, unidos a la palabra. Badator.

c) ¿Cómo escribir ez y bait? En esto no veo clara la razón de lo adoptado en Bayona. Supuesto que ambas partículas ocasionan modificaciones semejantes en la palabra subsiguiente, parece obvio adoptar para ambas la misma solución: sea juntar, sea separar (eztu, baitu, etzuen, eluke, baitzuen...).

d) El escribir separado tiene dos inconvenientes: que algunos escriban bai du y parecidas cosas; y que con grafías como ez du, ez zuen, por la fuerza que tiene la letra escrita, se intente amoldar la pronunciación a esa grafía (lo que es peor).

e) Escribiendo todo junto también surgen conflictos: eluke, enuke... no siempre se ha escrito; y grafías como baikabiltza, a algunos les parecen duras. Puesto que se trata de lengua escrita, después de todo, parece mejor que

ez y bait se escriban separados, indicando que bai, como doblete de bait, es también legítimo.

f) *¿Hay que distinguir las palabras compuestas? ¿Cómo hay que escribir: elkarritzeta, elkar hizketa o elkar-hizketa? Hitzegin, hitz-egin o hitz egin? Diru-gose, dirugose o diru gose? No parece que se pueda dar una regla rígida. Si la etimología de la palabra queda un poco esfumada o lejana, parece mejor no distinguir los componentes (galbide, amuarraín, otordu). Cuando es imprescindible distinguir los componentes, mejor es escribirlos aparte: hitz egin, on egin.*

g) *También crean problema algunos sufijos que se sufijan al verbo. Unos escriben: Jainkoak agindu duenez gero, otros agindu duen ezkeru. El primer procedimiento es más antiguo y más cercano al sentido. En caso de adoptarlo, también tendríamos que escribir atzoz gero, y no atzo ezkeru.*

h) *El -ta de Goierri y Vizcaya. Hay dos casos: 1) Haserretuta etorri da. En este caso, es más antiguo y más universal el -ik (haserreturik); pero de todos modos, si se quiere emplear, póngase junto. 2) "No ha hecho, porque no sabe": ez daki ta, ez du egin. Parece preferible poner separado. (Ta o eta).*

* * *

Comentario:

Comas altas.—Lo de las comas altas es una alusión a Severo Altube que abogaba por ellas, y aun las empleó alguna vez (Véase "Euskera", 1956, 3 ss.; 1959, 43 ss.).

Apóstrofo y guión.—Siendo el apóstrofo un signo que convencionalmente se emplea para indicar elisión de una letra, parece natural que también nosotros lo reservemos para esta finalidad; y que para indicar separación o enlace echemos mano del guión. Es cierto que en la época contemporánea no ha sido ésta la práctica constante entre nosotros, pero actualmente se tiende a esta repartición de funciones, y parece lo acertado.

Hay en vasco algunos nombres propios que en algunos casos exigen la presencia del artículo y en otros exigen

su exclusión: *Bizkaia* (Vizcaya), *Iruinea* (Pamplona). Lo más sencillo parece escribir el vocablo todo junto, pues en caso de querer emplear el guión, surgiría la duda sobre dónde colocarlo: si antes de la *a*, o detrás de ella. *Iruine-an*, *Iruinea-n*, *Iruinean*.

Ba condicional y ba afirmativo.—La partícula *ba* que antecede al verbo, ¿cómo se debe escribir? Caben tres opciones: 1) Escribirla unida siempre. 2) Escribirla separada. 3) Distinguir cuando es condicional y cuando es afirmativa. La que es condicional se escribiría junta, la afirmativa aparte. Esta opción es la que prevaleció en Bayona.

Michelena, tanto en el congreso de Aránzazu, como después, mantiene una posición (personal) tajante en este punto. La costumbre tradicional ha sido escribir esta partícula unida al verbo que le sigue, y no hay por qué alterar esta práctica. “No puede ser sino causa de líos el hacer distinguir al autor (en supuesto beneficio del lector) dos clases de *ba* + verbo. Me parece evidentemente mejor seguir lo que en otro tiempo fue práctica universal” (1).

El negativo Ez.—Aunque la tradición ha sido contraria, siguiendo una corriente casi general hoy día y por tratarse de lengua escrita, parece mejor para la claridad etc. que esta partícula se escriba separada del verbo.

Prefijo bait.—También aquí la separación es antitradicional, pero se puede aceptar por las mismas razones que en el caso de la partícula *Ez*.

Estas cuestiones de detalle están aun por decidir, y sería de desear que la Academia las fuera resolviendo.

(1) Tomamos esta cita de unas notas particulares que nos remitió el Sr. Michelena.

X

FORMA DE LAS PALABRAS Las palabras vascas antiguas

Pasamos ya a otro dominio distinto del de la Ortografía: el campo del léxico a emplear en la lengua literaria. En la ponencia de Michelena se dedican a este campo dos apartados: el uno referente a las palabras vascas antiguas, y el otro a las palabras nuevas. Nosotros nos ocuparemos aquí del primero, y en el capítulo siguiente del segundo.

La unificación de la lengua literaria implica una ingente tarea en este campo, tarea que en su mayor parte está por realizar. ¿Cuál es el léxico a emplear en un vasco unificado o que se orienta hacia la unificación? Tal es el problema. A nadie se le oculta que, según las zonas, regiones, dialectos, etc. existen palabras diferentes para designar las mismas cosas. Otras veces son palabras de la misma raíz, pero que se han ramificado en múltiples formas (variantes). Añádase a esto que el problema del purismo, en la época contemporánea, ha contribuido a embrollar enormemente la visión serena de las cosas en este punto. Toda palabra a la que se le descubría origen exótico era eliminada sin más, por arraigada que estuviera en la lengua viva y firmemente atestiguada y avalada por el uso escrito.

Para cubrir el vacío dejado por dichos vocablos se recurría a formaciones neológicas o bien a palabras extraídas de algún valle lejano, de dudoso significado, de área restringida de extensión y sin tradición literaria.

Con el fin de cumplir con su deber de servir de guía y orientación en un punto tan capital, la Academia dio el 2 de abril de 1959 (Véase "Euskera" de dicho año, p. 216) una Declaración fundamental sobre lo que es palabra vasca. Palabra vasca, y por tanto castiza y apta para usos literarios, es la que está arraigada sólidamente en la lengua, arraigo que se mide por el área de extensión, frecuencia de empleo, uso que de ella han hecho los autores, etc. Las palabras perfectamente asimiladas por la lengua, aunque provengan de otro idioma, son tan vascas como las demás, y no debe hacerse discriminación alguna con ellas.

Recordamos que también esta Declaración suscitó en su día fuertes protestas. D. Nazario Oleaga, Secretario a la sazón, cuando en una sesión se disponía a dar lectura a varias de estas cartas de protesta, dijo estas palabras: Esto va a traer más cola que el manifiesto de Burgos... Sin embargo, poco a poco el criterio apuntado se ha ido imponiendo.

Dijérase que para ciertos señores la Academia es digna de todo respeto y aparece rodeada de un nimbo de honor mientras está muda y no da ninguna decisión ni norma orientadora. Pero en cuanto abre la boca para hacer algo de esto, se le acusa de dictadura, se rasgan las vestiduras, se pone el grito en el cielo... Mas es claro que si no ha de renunciar a la misión para que fue fundada, ella no puede dejar de dar esta clase de normas cuando ve que hacen falta.

A esta Declaración de 1959 alude Michelena al comenzar a tratar del tema del léxico.

* * *

Texto:

—En conformidad con lo que ya anteriormente declaró la Academia, por palabra vasca entendemos aquí la

que desde antiguo empleamos los vascos, venga de donde venga.

2.—Solo la antigüedad confiere título de casticidad a la palabra. El ocuparse del origen o etimología de los vocablos es negocio que interesa a un diccionario etimológico, pero no al que usa la lengua, sea de palabra o sea por escrito. Para este tal la lengua no es una fuente de información histórica o prehistórica, sino un mero instrumento o vehículo de expresión.

3.—Si en este punto hay unanimidad entre los vascos, o sea, si una palabra es empleada por todos o por los más, ella es, automáticamente, la que debe adoptarse.

4.—Cuando no hay unanimidad, las diferencias suelen ser de dos clases: 1) Según las regiones se emplean voces diferentes, sin parecido ni relación entre sí: ate y borta, bekoki y kopeta, etorri y jin, irten y jalgi, etc. 2) Las palabras tienen la misma raíz y son parientes entre sí, pero se han modificado de un sitio a otro, aun conservando la traza fundamental (Variantes de la misma palabra). Ejemplos: Barri/berri, bertze/beste, erran/esan, irten/urten, hertsi/itxi, etc. Ciertas terminaciones de estas variantes se hacen de modo uniforme según los dialectos.

5.—En el primer caso, en teoría, sería mejor acoger todas las palabras y a cada una esignar un matiz semántico particular, como quería Azkue; de modo que los significados se delimiten según nuestro arbitrio. Aurkitu se emplearía para significar encontrar el papel que se nos perdió; eriden (o idoro), significaría descubrir una ley desconocida de la Física o de otro dominio. Pero no basta con querer. Hace falta saber si eso es posible. Estas fijaciones de sentido se dan en lenguajes convencionales artificiales (científicos, técnicos, etc.), pero no son frecuentes en lenguas vivas y naturales. Y aun en aquellos lenguajes es preciso que la escuela los haga perdurar.

6.—La Academia no puede rechazar ninguna palabra vasca ni de allí ni de aquí, ni viejas ni más recientes. Prefiere las que tienen vida próspera a las arcaicas, las que son más usuales y tienen área de extensión mayor. Mira más a la riqueza que a la pureza.

7.—Como hablamos del euskera escrito, esta área hay que medirla por la literatura actual y la pasada, por los escritos. Ciertas palabras que solo recientemente se han empleado y que provienen de un uso muy local y tal vez incierto (adei, dedu, etc.), no pueden parangonarse con las de uso general, ni menos, pueden desplazar a éstas en la literatura.

8.—Cuando se trata de meras variantes, se pueden señalar algunos criterios básicos, aunque muchas veces no aparece la solución clara.

a) Ciertas variantes deben sin más ser eliminadas del euskera escrito: *biar*, *bier* por *behar*, *bino* por *baino*, *abitu* por *abiatu*, *zun* por *zuen* o *zuan*; *ero*, *eo*, o por *edo*, *uetu* por *ohatu*, etc. Estas formas dialectales a lo sumo pueden emplearse con el significado particular que a veces tienen en el dialecto en que se emplean. Así por ejemplo, *itzel*, aunque es variante de *itzal*, recibe en B un significado peculiar de *sobreeminente*, *excepcional*. (Como en castellano *juerga* es variante de *huelga*, pero es admisible por el significado particular que ha alcanzado).

b) Las formas contraídas deben ser desechadas, pues cada región las contrae a su manera. Así el *legez vizcaíno* es preferible al *lez*, pues es fácilmente inteligible aun para los no vizcaínos. Lo propio hay que decir de muchas *r* que omiten en Soule y de muchas letras intervocálicas que se pierden un poco en todas partes (sobre todo *b*, *d*, *g* y *r*), dando origen a variantes contraídas y muy locales.

c) La variante que es común a todo el euskera, debe ser aceptada, pues refleja la evolución universal del idioma. Así por ejemplo, *arima*, y no *anima*, es la forma exclusivamente atestiguada en el pasado.

d) Entre formas antiguas y recientes debe darse preferencia a las más antiguas. Con todo, a veces las viejas resultan arcaicas (*azeari*), y otras veces hay conflicto entre la antigüedad y el tipismo o la forma peculiar vasca (*probetxu/progotxu/protxu*).

e) Cuando en las variantes hay alternancia entre *bo*-*dega* y *petaka* en inicial de palabra o tras nasal y *l*, parecen preferibles las del primer grupo: *bake*, *bekatu*, *dorre*, *alda*-

re, denbora; a no ser que las otras variantes estén mucho más difundidas: no podemos hoy empezar a emplear baradizu o dipula.

f) Cuando hay series de variantes, habría que examinarlas una a una. Hoy por hoy en la mayoría de los casos no hay base suficiente para tomar una decisión. Estas series están recogidas en mi "Fonética Histórica Vasca". P. ej. honek/hunek etc., bertze/beste. Uso parece tal vez preferible a urzo, etc. Tenemos también las numerosas variantes a que ha dado lugar una *n* primitiva: ardao/ardo/arno. Liho/linu; (n)ehor/inor; -ino(e); -io,-ione; -ae,-ai,-ain; -oi(n),-io,-u, etc.

g) Ciertas formas privativas de los dialectos de la periferia deben ceder ante las formas centrales. Así, parecen preferibles berri,i(1)tze, ikuzi, utzi, bihur, sendo, izen frente a otras variantes que se dan en hablas marginales (barri, ukuzi, ultze, uzen...).

h) Pero cuando coinciden los de los extremos, prevalecen sobre la forma central. Burdina, por ejemplo, prevalece sobre burni, que es exclusivo de Guipúzcoa.

9.—Cuando en una variedad se ha perdido una peculiaridad fonética (p.ej. el diferenciar la *s* y la *z* en *B*; la *r* y *rr* entre vocales en *S*; la *a* y *e* detrás de sílaba que lleve *i* o *u*: itzela/ itzala, orri bet/orri bat etc.), en estos casos, aun los escritores de esa variedad deberían tenerla en cuenta al ascribir.

10.—En palabras de origen alienígena es donde se observa más confusión. Ello se debe, por un lado, a que se dan formas dobles y aun triples: anima/arima, goilare/kutxare, zeinu/sinu; y por otro, a que, con pretexto de que son palabras extrañas, no se les da cabida en el diccionario ni se interesan los autores por la forma de su empleo.

11.—Dichas palabras, empero, son tan vascas como las otras, y nos son tan necesarias como las demás. Hay que decidir y fijar su forma en todos sus detalles: si la *a* final es orgánica o no, si terminan en *o* o en *u* (artikulu, pero katoliko), si hay que escribirlas con *s* o con *z* (zopa, zaku), etc.

12.—Nos hace falta un vocabulario que sería casi solo ortográfico, aunque se ponga también lo que significa la palabra (con el fin de saber de qué se trata). En él se tendrían en cuenta los dialectos en que actualmente se escribe, y habría que confeccionarlo sobre el léxico de unos cuantos escritores escogidos.

13.—No olvidemos que sobre todo en el asunto del léxico la frontera política va distanciando codo vez más los dialectos. Aunque para un lingüista el G y el L son parientes próximos, sin embargo en el léxico hay muchas veces más proximidad entre el G y el B que entre el G y el L. Ello es debido a que los del sur viven en un ambiente y los del norte en otro diferente.

* * *

Comentario:

En este campo del léxico hay una gran taréa que está casi enteramente por hacer. Aquí nos limitaremos tan solo a apuntar los criterios y las direcciones. Que estén claras las metas y los objetivos a seguir parece, en efecto, lo primero.

En primer lugar, hora es ya de superar el prejuicio que miraba con cierto recelo a toda palabra que pudiera provenir de otra lengua, por arraigada que estuviera en el habla viva y en la tradición literaria. Por este recelo con que se le ha mirado, esta parte del léxico vasco se encuentra en un lamentable estado de abandono, y por lo mismo necesitado de una especial atención. Las palabras de este dominio necesitan que se estudie y fije su forma y que sean por fin definitivamente incorporadas a nuestros diccionarios. ¡Cuántas veces ocurre que los que hacen ascos ante palabras como *imajina*, totalmente castizas, luego emplean en su lugar un neologismo difícilmente inteligible (*irudin*) o bien la palabra puramente castellana (*imagen*), o rechazan *famatu* y a renglón seguido emplean *famosua*, etc.! Esta porción irredenta del léxico vasco, está, pues, reclamando una atención especial, que la saque y rescate del abandono en que ha yacido. ¿Es *familia*,

famelia, famili o pamili la forma a emplear? ¿*Pezeta, pezta* o *peseta*? ¿*Eskailera* o *eskilara*? ¿*Zaku, saku* o *sako*? etc. Es una parte considerable del léxico vasco la que está necesitada de precisiones y fijaciones semejantes.

Por lo demás, respecto al léxico vasco general, podemos distinguir, por lo que respecta a la unificación, tres casos:

1) Palabras que son universales o casi universales en todo el país de habla vasca y en la tradición literaria. Cuando se da este caso, es claro que éstas deben sin más ser adoptadas en el euskera literario. El testimonio de un solo dialecto no puede prevalecer contra todos los demás.

2) Palabras totalmente diversas y sin parentesco lingüístico entre sí se emplean unas en una tradición literaria y otras en otra, para designar la misma cosa. En este caso, sin que se proscriba el uso de ninguna, parece recomendable dar preferencia a las que en la tradición literaria gozan de un mayor arraigo y área de extensión.

3) Otras veces las palabras empleadas son de la misma raíz, pero modificadas según los dialectos (meras variantes). En este caso la variante que es común a toda la lengua o a la mayor parte de ella (esto ha de medirse ante todo en la tradición literaria), debe prevalecer sobre las otras. Las formas contraídas o sin tradición literaria, deben ser desechadas.

Con la aplicación sistemática de estos criterios, se irán eliminando muchas variantes y acercándose los autores hacia un léxico común.

Un comienzo de puesta en práctica de los principios aquí señalados para la unificación del vocabulario es el diccionario fundamental de 2.000 voces comunes, con la fijación de su forma, grafía, etc., al cual ya anteriormente hemos hecho alusión. Fue publicado en "Euskera" 1968, p. 251; y también en opúsculo aparte "Euskera. Batasuna", Bilbao 1969.

XI

LAS PALABRAS NUEVAS

Toda lengua viva está necesitada de palabras nuevas. Se suele decir un poco a la ligera que las lenguas son para entenderse los hombres entre sí. Pero el hombre, al hablar o escribir, no aspira solo a eso, a que le entiendan. Busca también la fuerza expresiva, el acento de novedad, el choque que impresiona al interlocutor y graba más vivamente la cosa en su alma. Obedeciendo a esta ley secreta, se renueva el vocabulario. Una voz gastada por el uso, es sustituida por una metáfora, la cual, al principio, no es más que eso, una metáfora; pero con el tiempo deja de percibirse su carácter metafórico y queda como el nombre propio de la cosa; hasta que otra voz o metáfora desbanque a su vez a ésta, etc.

Esta necesidad de renovación es aun más aguda y sensible en este tiempo de cambios vertiginosos. Si volviera Cervantes, trabajo le costaría reconocer su lengua en el castellano que actualmente se emplea.

Concretamente, el euskera, que solo en pequeña medida ha sido utilizado como vehículo de cultura, ciencia, enseñanza, etc., se encuentra, en este dominio, abocado a un problema muy serio y de urgente solución: el proble-

ma del vocabulario a emplear en el campo cultural. Problema hoy vital para una lengua empeñada en subsistir. Personalmente estimamos que alguien dotado de gran audacia para romper con prejuicios inveterados deberá mostrar teórica y prácticamente cómo el vasco puede y debe dar acogida en su seno a la terminología cultural grecolatina, de uso general en las lenguas de Occidente.

Dos procedimientos, ambos legítimos y necesarios, existen para subvenir a la necesidad de renovación del vocabulario: 1) formar las palabras nuevas con los recursos propios de la lengua, 2) recurrir a préstamos o voces tomadas de otras lenguas.

En este capítulo Michelena tiene en cuenta ambos procedimientos y formula algunos principios o normas con vistas a que la formación de estas palabras sea según el genio de la lengua, y uniforme en lo posible.

* * *

Texto:

1.—*Una lengua viva necesita constantemente de palabras nuevas: a veces las forma con sus propios recursos, otras veces recurre a préstamos. Ambos procedimientos son legítimos y necesarios, y no es posible señalar de antemano la medida o límites de cada uno. La Declaración que anteriormente hiciera la Academia solo tenía este alcance preciso: que no hay necesidad de crear palabras nuevas con el fin de arrinconar o suplantar palabras vascas antiguas y castizas, so pretexto de que son de origen extraño.*

2.—*Al crear las palabras vascas (y cualquiera las crea al hablar), tengamos en cuenta, además de la necesidad, el estilo o genio del idioma, que recurre sobre todo a la composición. Mantener viva esta fuerza creadora es algo vital para la lengua.*

3.—*En la manera de efectuar las composiciones, se revelan dos tendencias: el estilo antiguo, y la analogía. De luze, según el patrón antiguo, salen luzatu, luzaro, etc.; la ley de analogía, en cambio, quiere que luze aparezca*

intacto en los derivados (luzetu, etc.). Aunque sin exageraciones, parece preferible seguir el patrón antiguo.

4.—Supuesto que en achaques de cultura más hemos sido receptores que creadores, es justo que en el léxico cojamos palabras de este campo (cultural). Si hubiéramos sido creadores de pensamiento, no tendríamos que andar traduciendo términos acuñados en otros idiomas. Es cierto que el euskera tiene recursos para crear palabras, pero también tiene algunos fallos graves, como es la falta casi total de prefijos para corresponder a las preposiciones latinas ad-, ab-, co(n)-, de-, dis-, etc. Urge dar una solución a este problema.

5.—Ya de antiguo la lengua ha recurrido a los préstamos, y en lo sucesivo también tendrá que hacerlo: ello es inevitable. Respecto a la forma de estas palabras, se sustentan entre nosotros dos pareceres: unos quieren que se respete la forma original en lo posible, al estilo que lo hace el francés; otros prefieren que se simplifique dicha forma, como lo hace el castellano.

6.—Si se tratase de una cuestión que solo atañe a los cultos, sería preferible el primer criterio, pero no es éste el caso. Por eso, me parece mejor simplificar, o buscar un término medio, relegando la y, kh, th (psykhologia, etc.).

7.—Pero por lo menos en los nombres propios habrá que respetar estas grafías. También habría que decidir cómo hay que hacer la transcripción de nombres de otras lenguas que no usan nuestro alfabeto; pero esto no nos corre tanta prisa. Primero debemos decidir y enseñar cuáles son los nombres vascos.

8.—No me parece bien lo que hacen los vasco-franceses: escribir Mozku, zozializta, etc. Eso es hacer prevalecer una pronunciación particular francesa en perjuicio de la lengua escrita y de la unidad.

9.—Yo declararía como correcto que en las palabras nuevas que proceden de otras lenguas se guarde la v, y que los grupos de consonantes se mantengan inalterados, aunque sin preceptuarlo rígidamente: p.ej. vektore. En cuanto a las palabras terminadas en -logia y parecidas, que conserven la g, y que luego cada uno las pronuncie

a su manera. Escribir jeolojia, etc. sería más conforme al oído, pero no a la vista, y la lengua escrita entra más por la vista que por el oído.

* * *

Comentario:

El vasco crea palabras nuevas mediante el procedimiento que se llama composición (y derivación). Pero, como indica Michelena, se observan dos usos o modos dispares en la formación de estas palabras: uno que, atraído por la fuerza de la analogía, quiere que en los derivados se mantenga inalterada la palabra original (de *luze=luzetu*); y otro que, siguiendo el genio o patrón antiguo, hace que la palabra original modifique su terminación en *a*: de *luze, luzatu*; de *oso, osatu*; de *oilo, oilategi*; de *katu, katakume*; de *mando+bide, mandabide*, etc. Parece más recomendable este último modo, por ser el primitivo y el más conforme al genio de la lengua. Otras palabras, en composición, reciben otras modificaciones o sufren pérdida de alguna letra o sílaba.

Respecto a la adopción de voces culturales grecolatinas existe, por un lado, la tendencia sustentada por el académico Sr. Krutwig, que aboga por la conservación de la ortografía original de estos vocables, tal como lo hacen el francés, el inglés y el alemán; y por otro, la tendencia que quiere que se simplifique la ortografía de estas voces, adaptándola más o menos a la fonética vasca. El problema no deja de tener muchos aspectos, y no deja de haber razones en pro y en contra de cada solución. Hoy todos los pueblos y lenguas son interdependientes. Trátándose de un vocabulario que es de uso internacional, interesa ciertamente que su ortografía varíe lo menos posible de unas lenguas a otras. De otra forma, el usuario de una lengua, al iniciarse en otra y encontrarse con las mismas palabras vestidas con ortografía tan diferente, queda desconcertado; se le complica el trabajo sin necesidad. Pero, por otra parte, el no dificultar con exceso la ortografía de los usuarios de la propia lengua, también

es una razón de peso. Michelena aboga por una solución media, que simplifique un tanto la grafía de estas palabras, al estilo que lo hace el castellano.

De todos modos, los derechos de la lengua escrita nos deben inclinar a no modificar grafías internacionales consolidadas, solo por adaptarse a ciertas pronunciaciones muy locales y fluctuantes. Por esta razón, Michelena propone que en términos de esta clase se conserve la *v* y se mantengan inalterables ciertas grupos de consonantes, aun cuando tal vez, según las leyes fonéticas comunes, no deberían sonar dichas letras en la pronunciación. Así por ejemplo, la palabra *vector*, en vasco sería *vektore*. Igualmente, grafías como *jeolojia*, aunque más conformes a la pronunciación, parecen desaconsejables, porque trastornan la veste u óptica de estas palabras, que son de uso internacional.

Coincide con este criterio el P. I. Omachevarría, que en su libro "Euskera", impreso en Zarauz 1959, p. 149, escribe: "Así, pues, se escribirá "Birjina", "Birtute", Ebanjelioa", según la pronunciación corriente; pero se conservará la G en "Genesis", puesto que, si bien en castellano se pronuncia "Jénesis", no es preciso que tenga la misma pronunciación en euskera, ya que se trata de palabra no asimilada aun, cuya pronunciación se deja un poco al arbitrio del leyente".

La misma práctica observamos en D. Manuel Lecuona. Véase p.ej. "Ki, gerundio atzizki", en "Euskera" 1956, p. 145 (1).

(1) Tal parece ser la práctica seguida por las lenguas cultas. El alemán, por ejemplo, escribirá *Jungfrau Region* (región virgen)), manteniendo la grafía de la palabra *region*, y adaptando la pronunciación a la grafía, y no al revés.

También en el diccionario de casi seis mil voces del euskera unificado que acaba de aparecer en el libro "Batasunaren Kutxa" se conserva la *g* en voces de este tipo (*Geografia, Geometria, etc.*).

XII

MORFOLOGIA

Bajo el nombre de Morfología se incluyen aquí dos grandes funciones, muy características de la lengua vasca: la declinación y la conjugación.

En el campo de la declinación de los nombres se ha dado un gran paso para la unificación de la lengua literaria. Los paradigmas aprobados en la reunión de Bayona de 1964, sólidamente basados en la tradición literaria de todos los dialectos, ofrecen una base firme y una gran coincidencia fundamental, sin perjuicio de que cada dialecto conserve algunas peculiaridades.

Los acuerdos de Bayona, además, con razón llaman la atención sobre la declinación indefinida, muy típica del euskera y muchas veces preterida por los gramáticos y autores. *Zein hibaitakoak dira arrain hoiek? Nongo herri-tatik etorri ote zaigu jaun hori? Bazterren bat jo al duk?* Este modo de declinar indefinido, consubstancial al euskera en todas sus variedades, debe ser restaurado y tenido en honor, junto a la declinación definida.

El tema de la conjugación, como problema más pe-liagudo y aun no suficientemente maduro, no fue aborda-

do en el Congreso de Aránzazu, fuera de las pocas cosas que aquí se indican.

* * *

Texto:

1.—*Cuando aquí decimos Morfología, queremos hacer constar que nos referimos a las formas puras, no al valor de las formas.*

2.—*En dos compartimientos se divide el dominio de la Morfología: declinación y conjugación.*

3.—*Hay que recordar que hay dos tipos claramente distintos de declinación (como muy bien lo han subrayado los acuerdos de Bayona): la declinación definida y la declinación indefinida. Entre nosotros, sobre todo en Guipúcoa, los escritores nuevos lo han olvidado. Zenbait gizon, edozein lekutan, bi mendiren erdian, ez du begik ikusi, etc.*

4.—*Para esto es imprescindible saber si la a final de una palabra es orgánica o es artículo. Y como hay casos dudosos, cada palabra, individualmente, debería figurar en su estado puro en los diccionarios.*

5.—*El tipo de declinación aprobado en Bayona me parece bien, en líneas generales. Pero en el plural, al lado de mendietatik, debería figurar también la forma -tarik. En los animados, al lado de -gan y derivados, debería figurar baitan (escrito suelto). Y en vizcaíno -gaz es totalmente legítimo, correspondiendo al -rekin de los otros dialectos*

6.—*Deberíamos empeñarnos por mantener el caso llamado instrumental. Enseñar, por ejemplo, que ezpataz jo es más castizo que ezpatarekin jo. E igualmente (y con mayor razón) enseñar que herir con la espada y hablar acerca de la espada, ambos se expresan por el mismo caso instrumental (ezpataz mintzatu): así se decía y se dice donde este caso estuvo y sigue estando vivo.*

7.—*Aunque la declinación de los nombres está bastante clarificada, en los pronombres tenemos serios problemas. Como muestra del confusionismo reinante en este campo*

mencionaré los demostrativos (hau, hori, hura y sus derivados).

8.—Vayamos al verbo. Por ahora, a decir verdad, no veo factible la unificación. Aun solo mirando a las formas, hay demasiada diversidad. La unificación comportaría que muchos dejen las propias y acepten las ajenas. No quiero con esto decir que se dejen las cosas como están. Deberíamos primero realizar ciertos trabajos preliminares.

a) Confeccionar paradigmas completos de cada dialecto. Tenemos algunos parciales, pero habría que examinarlos bien y despacio.

b) Siempre que sean posibles, escójanse las formas que se apartan menos de los otros dialectos. P.ej. en B dítu(z), no dauz, gaitu(z), no gauz. Esa forma de tuteo, un tanto ridícula, que se usa en Guipúzcoa (no en toda Guipúzcoa ni mucho menos): natxegok, etc., debería ser eliminada.

c) No siempre es fácil la elección entre formas antiguas y recientes, pero a la antigua, a la usada desde antiguo en la literatura, siempre se le debe consideración. Aun concediendo lo suyo a lo reciente, deberíamos denunciar ciertas novedades, para que caigan en cuenta los que las utilizan conceptuándolas como un progreso (zetozten).

d) Aun el mismo sistema, el valor de los tiempos, no es igual en todas las regiones, aunque sea semejante. En este punto andamos a ciegas tan pronto como uno sale de su propio dialecto. Querer que sigan vivos ciertos matices o distinciones, tal vez sea empeñarse en una tarea inútil, pero a veces podría no serlo. Ya que distinguimos perfectamente entre on da y on litzake, ¿por qué no mantener la distinción (un tanto perdida) entre egin dezake y egin lezake (daike/leike, diro/liro?)

e) En el empleo del verbo, además de la flexión verbal, tenemos necesidad de saber cómo emplear el nombre verbal; p. ej. sar, sartu, sartzten, etc. Hay que saber cuándo quitar la -tu e -i finales, y cuándo no se pueden quitar; de lo contrario, no caminamos hacia la unificación, sino hacia la confusión. Sar bedi, sar diteke, sar dedin; iraul beza,

iraul dezake, iraul dezan; pero, en cambio, hay que decir sartu da, sartu behar du, etc.

9.—No sería por hoy gran obstáculo (si en los demás campos estuviéramos unificados) el empleo de varias formas de auxiliar, ya que dichos verbos auxiliares son isomorfos, o sea, se corresponden. El paso de diot a nion, de deutsal a neutsan, y también de diot a deutsal, fácilmente lo aprende una máquina calculadora.

* * *

Comentario:

La a orgánica.—Un punto que crea confusión no pequeña en el campo de la declinación es la práctica reciente y local de Guipúzcoa, de tratar como artículo (y por tanto, como elemento de quita y pon) la *a* final de ciertas palabras que en el uso general del país y en la mejor tradición literaria es invariable, o sea, que forma parte integrante de la palabra. *Gauza bat*, no *gauz bat*. Y lo mismo *erregina*, *birjina*, *astakeria*, *eliza*, etc. El tratamiento que en la declinación reciben estas palabras es distinto, según que esa *a* final sea considerada como orgánica o como artículo. Si buscamos la unificación, es claro que debemos respetar la tradición literaria y el uso más general del país.

El caso instrumental.—Este es el caso que se expresa con el sufijo *-z*. Siendo primitivo y general a toda la lengua en tiempos pasados, el impulso unificador debería tender a su restauración plena, eliminando ciertos sucedáneos. Estos sucedáneos suelen ser el sociativo (*-rekin*, *-gaz*) y el espurio *-tzaz* que en la época contemporánea se ha inventado en este lado del país para traducir el castellano “acerca de”, “sobre”. La genuina tradición se ha servido del instrumental para este menester. *Zeruz hitz egin du*=Ha hablado acerca del cielo.

Recto uso del nombre verbal.—Los escritores meridionales, al observar que los vascos septentrionales omiten a veces la terminación *-tu* o *-i* del nombre verbal, tienden a imitarles en esta práctica, pero al desconocer las reglas que rigen este uso, se incurre en incorrecciones. En efecto,

no se puede decir *aurki da* por *aurkitu da*, etc. La presencia o supresión de *-tu* e *-i* está sujeta a reglas precisas que los vasco-franceses guardan invariablemente, y que es preciso conocer. La regla es ésta: sólo en las formas verbales que proceden de **ezan* y **edin* se excluye la predicha terminación (Imperativo, Subjuntivo, Potencial). En el Indicativo, en cambio, es obligatoria la presencia de la misma. *Ikus beza, ikus dezan, ikus dezake; ikus bedi, ikus dedin, ikus diteke*; pero *ikusi du* e *ikusi da, ikussi zuen, ikusi zen*.

Esta práctica que se ha mantenido viva en los dialectos septentrionales fue primitivamente común a toda la lengua (para comprobarlo, basta ver los refranes del siglo XVI), y es obvio que el impulso unificador tienda a restablecerla; pero esto debe hacerse observando las reglas a que ella se ha ajustado siempre, que son las susodichas.

Esto no quiere decir que el movimiento unificador debe ceder a la tentación del arqueologismo. No se recomienda la vuelta a lo antiguo, sino cuando se trata de algo que aún hoy está vivo, al menos en una parte importante de la lengua. A veces, en cosas vitales y delicadas, aun esto podrá no ser bastante para aconsejar una vuelta a lo antiguo. No queremos un arqueologismo que atente a la vida, sino que sirva a ella.

XIII

SINTAXIS

En este campo de la Sintaxis confiesa Michelena que hoy por hoy tenemos que quedarnos, más que en ningún otro, en puros principios. La razón de esto es, sin duda, porque el euskera escrito ha conocido en el pasado y conoce aun en la actualidad más de un tipo de sintaxis. Para convencerse de ello basta tomar en las manos "Zeruko Argia" y "Herria", o bien los autores vascos antiguos y los modernos.

* * *

Texto:

1.—*En este apartado pueden incluirse tanto los problemas referentes a sintaxis como los de estilística: el valor de las formas gramaticales y modo de empleo, el orden de las palabras, los giros, etc. En este apartado, más que en los otros, hemos de quedarnos en puros principios, sin dar ningún paso adelante.*

2.—*Es claro que aunque empleemos las formas más aconsejables para la unificación, nuestro lenguaje no será euskera (por lo menos euskera castizo), si no las emplea-*

mos como se debe. Sin embargo, el euskera es vivo, y mientras lo sea, no permanece ni permanecerá siempre inmóvil. Deber de la Academia es, en lo posible, ser fiel a las normas antiguas, y no debe ceder más que cuando no hay más remedio. Los autores vascos más eminentes son sus modelos, y aunque el tiempo modifique más o menos sus puntos de vista, con todo, aquí está el fundamento firme.

3.—Hay más de una forma o modalidad en el euskera escrito. La poesía está cultivada desde antiguo y actualmente también tiene cultivadores; en este recinto hay más de un camino, y a nadie se le prohíbe roturar nuevas rutas. Cosa parecida diría por lo que respecta al diálogo, que está más cerca del habla viva o lenguaje coloquial: el teatro y la novela reflejan su forma.

4.—Pero como la mayoría de los vascos (si no los mejores) nos expresamos por escrito como M. Jourdain, y nuestras opiniones, sean acertadas o desacertadas, las exponemos sin diálogo, necesitamos explorar la naturaleza, estado actual, fallos y aciertos de la prosa vasca común, basándonos en la gramaticalidad, pero cuidando, no obstante, de que los pies no queden amarrados en la pura gramaticalidad.

5.—Para decirlo de algún modo (si me es lícito recordar a dos renterianos), es claro que Xempelar sabía el vasco mucho mejor que yo: sin embargo, el vasco de Xempelar, con todo lo bueno que sea, a mí no me sirve. Dicho de una manera más general: la prosa de las lenguas de Occidente está avezada a ir por ciertos caminos, siguiendo las huellas del latín, por no citar modelos más viejos. Lo mismo ha sucedido, aunque en menor grado, a nuestra lengua.

6.—Estos esfuerzos han hecho a la lengua, a toda lengua, más ágil, más dúctil y flexible. Los vascos, fuera de los temas populares, no tenemos cultura propia: somos dependientes, vivimos en esa órbita cultural. Por tanto, no podemos tener independencia en este campo lingüístico: tal independencia se hubiera podido lograr en el siglo VIII, en el XIII y aun en el XVI tal vez, pero no en el siglo presente y menos en el próximo. Llevamos en nuestra frente

la huella del latín y de las lenguas de Occidente. Confesémosla, aceptémosla y prosigamos por este camino.

7.—La prosa actual, cuando el tema mismo no pide una modalidad peculiar, es internacional, no privativa de una lengua: "standard average European", como la llamó B. L. Whorf. La mayoría de los escritores vascos tampoco ha procedido de otra forma. No podemos arrinconar y rechazar la labor por ellos realizada en orden a cultivar la lengua, aunque no todo haya sido ganancia por nuestra parte.

8.—Ese sabor vasco, perfume vasco (como se le llama), está bien cuando tratamos temas vascos, cuando queremos que el lector perciba el ambiente campestre del País. Pero fuera de este caso, la auténtica prosa debe ser como el agua pura: sin olor ni color ni sabor. Si tiene traza vasca será porque le brota de las entrañas, no por los afeites de la superficie.

9.—Las leyes que se han descubierto acerca del orden de las palabras, etc., no son cadenas para aprisionar al escritor, sino instrumentos que pueden servir para acrecentar las virtualidades de éste, al poner en claro la fuerza secreta de las palabras. Cuál sea el cometido del escritor es fácil de decir, difícil de cumplir: sometiéndose él a la lengua, someter a ésta, de modo que los vínculos y preceptos de las leyes del idioma se conviertan en sostén y ayuda, a la manera como lo es el aire para el ave.

* * *

Comentario:

Como dice muy bien el ponente, el vasco tiene actualmente necesidad de establecer la naturaleza y leyes de la prosa común, expositiva o neutra (no precisamente de ésa que se emplea en géneros que son de suyo muy cercanos a la lengua hablada, como la novela, el teatro, etc.).

Esta prosa común o lengua escrita exige, en todas las lenguas, una sintaxis más complicada, ciertas combinaciones y recursos, a los que, de suyo, es ajena la lengua hablada y familiar. Nuestros autores viejos, por ejemplo,

recurrieran para este menester al empleo de ciertos útiles gramaticales (denominados ilativos o anafóricos por nuestros tratadistas), que les permitían realizar un tipo de prosa didáctica según el marchamo de la prosa europea común. Tal vez el purismo contemporáneo ha ido demasiado lejos al proscribir estos usos, so pretexto de que son ajenos al lenguaje hablado. Esto último tampoco es verdad, más que en parte. Y aunque lo fuera, la lengua literaria; ¿no tiene sus exigencias propias, que no coinciden con las de la hablada? Sobre este punto, hace ya algunos años hubo un intercambio de puntos de vista entre Michelena, Severo Altube y el que esto escribe (Véase "Boletín de Amigos del País", 1953, 459; "Euskera", 1956, 3; id., 14).

Y luego, ahí está el problema de la traducción, con el que toda lengua culta tiene que contar. Traducciones viables, funcionales, más o menos fáciles y hacederas no pueden hoy hacerse, si no admitimos la legitimidad de ciertos procedimientos que asemejen nuestra prosa al patrón de la prosa europea común. Como botón de muestra citaremos un ejemplo. En los últimos años ha tenido lugar un acontecimiento de importancia trascendental: la celebración del Concilio Vaticano II. Sus documentos se han traducido a toda lengua que se estime en algo. La traducción catalana la ha publicado la misma B.A.C. Pues bien: al vasco, en conjunto al menos, no se han traducido dichos documentos... Y es que el realizar una traducción de ellos siguiendo a punta de lanza los preceptos de nuestros gramáticos puristas representa un trabajo tan ciclópeo... que no merece la pena, pues el provecho no guarda proporción con el esfuerzo que exige. Pero esto ¿no es poner la lengua en una vía muerta, colocarla al margen de la vida?

Entiéndase bien. Esto, por otra parte, no quiere decir que las leyes descubiertas sobre el orden de colocación de las palabras vascas (expuestas por Severo Altube) no puedan y deban ser inteligentemente aprovechadas por el escritor.

También ha existido y sigue existiendo entre nosotros

un prejuicio bastante extendido de que el escritor debe expresar sus ideas en frases y modos de decir calcados del euskaldun neto, del que no ha recibido ninguna cultura extraña. Sin negar lo que hay de justo en este modo de ver (pues ciertamente estas personas suelen poseer mejor que nadie el alma o genio del idioma), hay que guardarse también de sacar las cosas de quicio. El hombre culto tiene sus categorías de pensamiento y modos de expresión que no coinciden con las del hombre que carece de estudios. Lo que necesitamos es que los vascos cultos sepan crear su vehículo de expresión, a imagen y medida de lo que les pide su personalidad y su necesidad. No de otra suerte han procedido todas las demás lenguas. El castellano de un intelectual no es igual que el de un labrador sin estudio. Por esta razón dice Michelena que el vasco de Xenpelar, aun siendo muy bueno, a él no le sirve.

XIV

SABINO ARANA Y LA UNIFICACION DEL EUSKERA

Entre las objeciones que se hacen al plan de unificación literaria, asoma con frecuencia (más bien entre bastidores que a plena luz) una que conviene considerar aparte, a fin de calibrar bien su valor y medir su alcance. La objeción es la siguiente: Sabino Arana no quiso la unificación. Se planteó el problema y lo resolvió en sentido negativo.

Cuando la Academia de la Lengua Vasca, a raíz de su fundación, pidió dictámenes acerca de este problema, D. Manuel de Egileor remitió a dicha Academia un folleto, publicado en 1916 por "Euzkeltzale Bazkuna", sobre este asunto, acompañado de una carta del mismo D. Manuel, en que se desaprobaba todo proyecto de unificación o de adopción de un determinado dialecto oficial del euskera. (Véase "Euskera", 1922, n. 1, p. 28). La carta del Sr. Egileor lleva fecha 26-12-1920.

La revista "Euskera" en el citado lugar, ofrece una especie de resumen del contenido del folleto. En él se impugna la idea de adoptar el G como dialecto oficial, o cualquier otro formado a base de los dialectos existentes. Se aduce la razón de que Sabino no era partidario de tal

unificación, ni de la existencia de dos euskeras, uno literario y otro vulgar. Lo único que procede, es unificar los dialectos por regiones.

En el mencionado folleto se repiten las ideas que expresa Sabino en su libro "Lecciones de Ortografía del euskera bizkaíno", Bilbao 1896. En dicho libro, en efecto, Arana Goiri expresa su opinión sobre la adopción de un euskera común.

Es cierto que Arana se planteó en términos explícitos el problema de la unificación y rechazó toda solución de este tipo. En el citado libro ("Lecciones de Ortografía...") se ocupa de los que quieren reducir todos los dialectos a uno solo, que se compondría de las formas más próximas a las primitivas u orgánicas y se usaría como Euskera literario; y también de los que quieren que este se establezca en cada dialecto y subdialecto, de modo que haya un bizkaino literario y un bizkaino vulgar, etc. Estima inadmisibles ambos proyectos por ir contra el espíritu de igualdad que caracteriza al pueblo vasco. Además, el primer proyecto —dice— haría tabla rasa de todo el desarrollo fonético que el euskera solo ha podido alcanzar con el transcurso de los siglos, y además nunca se tendría seguridad de haber acertado en las resoluciones (o. cit., p. 22).

En consecuencia, la solución que él propugna es que en cada región se componga un dialecto general formado con los elementos menos alejados de las formas orgánicas esparcidos aquí y allá, en los diferentes subdialectos o variedades que se hablen en el territorio de que se trate; y que este dialecto así elaborado no sea patrimonio exclusivo de la literatura y de las clases elevadas de la sociedad, sino habla que llegue a generalizarse en el país y a ser común de doctos e ignorantes, siendo empleado en todas las escalas de la enseñanza, etc. Entonces la única diferencia que habría entre el euskera del libro y el hablado sería que éste tendría contracciones, pero esto se da en todas las lenguas. Habría, en suma, el G, el N, el B, etc

Si algún día —añade—, los distintos pueblos euskéricos necesitasen de un euskera común para asuntos de algún orden especial, tiempo habría para componer uno

para este solo menester. Pero unificar el euskera de modo que de todos los dialectos, variedades, etc. se extrajera una sola forma, no conviene (o. cit., p. 24). La ortografía, sí, deberá ser la misma en todos los dialectos...

* * *

Hasta aquí la opinión de Arana, tal como éste la expone en su citado libro "Lecciones...".

Pero veamos antes que nada qué tipo de unificación tenía Sabino en su mente y ante sus ojos cuando escribió su libro. Todo él está lleno de alusiones explícitas e implícitas a Azkue, contra quien dirige sus tiros. Azkue publicó su "Euskal Izkindea" en 1891 y Sabino sus "Lecciones" en 1896. El mismo Azkue escribió (refiriéndose a Sabino): "empujado por quien luego había de fustigarme por ser obra prematura, publiqué mi Euskal Izkindea" ("Diccionario Vasco Español Francés", 1905; Prólogo, p. VII).

Esta obra de Azkue es la que tiene Sabino ante los ojos. En ella se aborda la unificación del euskera en términos que son absolutamente inadmisibles y que Sabino hizo bien en rechazar. El mismo Azkue desechará también más tarde el camino de unificación propuesto en dicha obra. En ella, en efecto, utiliza unas formas verbales extraídas por él mismo, y que considera que debieron de ser las primitivas. Así por ejemplo, por "da" Azkue emplea "dai", por "dira", "daiz"; "daut" en vez de "dut", etc.

Es claro que este camino era disparatado, y estaba más que justificado el repudio de Sabino. Aun años más tarde, en 1922, publicará el capuchino P. Soloeta-Dima, profesor de Euskal Echea de Buenos Aires, su "Ensayo de la unificación de dialectos bascos", que sigue parecidos derroteros. Véase la reseña que hizo de esta obra Julio de Urquijo en Riev XIII, 666: "Si no estamos de acuerdo acerca de lo que es el lenguaje, ni acerca de las causas de su evolución, ¿cómo hemos de coincidir en la apreciación de los fenómenos que el euskera presenta? Lo que para el autor son "degeneraciones monstruosas", son para

mí resultados de una evolución en la que han intervenido factores fisiológicos, psicológicos y sociales. Pretender volver al "euskera ideal" o aun al euskera semi ideal, es perseguir algo que nunca ha existido. Pero aun cuando hubiera existido, ¿qué pensaríamos del castellano que quisiera volver al latín, o del inglés que quisiera resucitar la lengua que su pueblo hablaba hace mil o dos mil años? Siquiera, en estos casos, conocemos, más o menos perfectamente, cómo eran esas lenguas; pero ¿ocurre lo mismo con el vascuence? Ciertamente que no; y de ahí proviene el que cada autor dé rienda suelta a su fantasía y llegue a las soluciones más inesperadas, como sucede al propio profesor de Euskal-Echea".

Conviene recordar estos hechos para que se tenga en cuenta en qué términos tan inaceptables se planteaba entonces frecuentemente el problema de la unificación del euskera.

De todas formas, la solución que Sabino propone en definitiva tampoco parece satisfactoria, y sabinianos tan eminentes como Luis de Eleizalde y Severo de Altube no tuvieron inconveniente en discrepar en este punto del Maestro de Abando, como veremos en el capítulo siguiente.

¡Cuántas veces nos ha tocado constatar la reacción que se produce en personas que quieren estudiar el euskera, tan pronto como se dan cuenta de que lo que estudian es un dialecto, que solo tiene valor para una provincia, pues en la vecina rigen otras formas distintas...! Reacción de desilusión, de estupor y de extrañeza ante el hecho de que aun subsista un tal estado de cosas, y la consiguiente marcha atrás en sus propósitos de estudio...

Por otra parte, de momento al menos, tampoco el Plan presentado por Michelena y aprobado por la Academia aspira a la supresión de la variedad de dialectos literarios, sino a un cultivo de los mismos en sentido convergente o de acercamiento mutuo. La etapa de unidad total queda fuera del Plan. Por tanto, la solución aquí preconizada no es muy disímil a la apuntada por Sabino. Añádase que éste quería la misma ortografía para todos los dialectos, y precisamente por conseguir esto es por lo

que la Academia acordó en Aránzazu dar un paso hacia la adopción de la "h"... No sabemos, pues, cómo se puede atacar a este Plan en nombre de los principios de Sabino (1).

En fin, Sabino Arana dejó un espíritu, una herencia, que es también válida hoy. El hizo más que nadie por dar al euskera un rango de oficialidad, de lengua fijada y normalizada. Sintió vivamente esta preocupación. Pero por lo que respecta a muchas de sus enseñanzas y puntos de vista concretos, fuerza es confesar que hoy son insostenibles. Pretender aherrojar a la lengua o a la Academia con la letra de muchas de estas normas, sería fatal, y, en definitiva, traicionar a su herencia. Es lo que hacen ciertos epígonos, que no están a la altura de sus Maestros, aunque hagan profesión de seguirles.

(1) Recientemente *Sugar* ha escrito en "Agur" (10-5-1970) denunciando que en la adopción de la "h" no hay otra cosa que una maniobra contra el Maestro. Sepa ese señor que la Academia respeta a ese Maestro y también a los otros, pero no se enfeda a ninguno. Y poco nos costaría probar, con el libro del Maestro en la mano, que tampoco él le sigue, por más alharacas que haga.

Además, ¿saben lo que hacen al proponer el *Erabaki Nagusia*, que han presentado como el último grito de la unificación? En dicho *Erabaki* se dice que se admitirá como autoridad únicamente al vasco que sepa vascuence sin estudio. Luego eliminan al Maestro, cuya autoridad, por otra parte, quieren vindicar. ¿Quién entiende tal gaimatías?

Al fin y al cabo, ¿quién no ve que el problema de la unificación es ante todo un problema técnico, y que son los técnicos (lingüistas y especialistas de la lengua) los que tienen que resolverlo? Cierto que para que ellos puedan llevar a cabo su obra será preciso que toda la comunidad les secunde, pero a ellos les toca marcar la ruta. Creer que la unificación se va a hacer por sí misma es como pensar que echando los moldes de imprenta al suelo van a quedar ordenados de modo que reproduzcan el texto de un libro.

XV

MIRADA RETROSPECTIVA RECUENTO DE OPINIONES O HISTORIA DE LA CUESTION

Más de uno está persuadido de que esta preocupación por tender a una lengua escrita unificada es cosa de ahora, o que es una especie de moda, un capricho superficial, fruto de la ligereza, que no responde a una razón seria o necesidad profunda. Ciertamente, la preocupación se ha hecho ahora más general y sensible, pero hay que decir que no es de ahora, sino de siempre. Fácil es espigar en los autores testimonios o hechos que revelan la existencia de esta preocupación. Y ello nada tiene de extraño, pues el escritor tiene necesidad de un instrumento bien fijado y normalizado, a falta del cual apenas puede realizar su obra.

En la primera parte de este capítulo mencionaremos algunos escritores viejos, en quienes explícitamente aflora esta preocupación. Y después, en la segunda, expondremos las principales soluciones que en la época actual se han propuesto al problema, desde el Congreso de Oñate de 1918 hasta el de Aránzazu de 1968.

1.ª Parte

La nostalgia de la lengua literaria en los viejos autores

LEIZARRAGA (1571)

Leizarraga, en el Prefacio que precede a la traducción del Nuevo Testamento, nos dice: "Cualquiera sabe qué diferencia y diversidad existe en el País Vasco en cuanto a la manera de hablar, casi de una casa a otra. Por esta razón, sin apartarnos del sentido verdadero, hemos procurado, por lo que respecta a la lengua, hacer que ésta sea en lo posible comprensible a todos, y no hemos seguido exclusivamente la lengua particular de un determinado lugar, sea el que fuere. Nosotros sabemos que con el tiempo se encontrarán en esta obra muchas palabras y giros que hubieran estado mejor dichos de otra manera. Pero tengan en cuenta, por favor, los que esto observaren, que las cosas de este género, sobre todo en una lengua que aun no ha sido utilizada, no pueden en un primer intento, alcanzar tal perfección como la que se desearía. A pesar de todo, aquellos que desean seguir la pura palabra de Dios sin detenerse mucho en la manera de hablar, encontrarán, así lo esperamos, con qué contentarse".

Leizarraga y sus colaboradores tuvieron que roturar un camino no andado antes por nadie (al menos en cuanto a la prosa). Tuvieron que ingeniárselas para escribir en aquella modalidad que fuese la más inteligible para la generalidad. En la práctica, sabemos lo que hicieron: tomaron por base el labortano (Leizarraga era de Briscous, localidad de Labort), aunque un tanto teñido de bajonavarro y aun más de suletino (seguramente porque los colaboradores eran de estas regiones). Así se dio principio a la tradición literaria basada en el labortano.

AXULAR (1643)

También Axular, en su prólogo al lector, que precede al "Gero", se hace eco del mismo problema. "Ya sé —dice—

que no puedo extenderme a todas las variedades del euskara, porque el euskara se habla de muy diversas maneras". Y nombra a continuación las diversas regiones del país, sin excluir ninguna, y aduce algunas voces diferentes que se emplean para designar la misma cosa (n. 8). Observa además que hay diversos sistemas de transcribir los mismos sonidos, y también de esto aduce ejemplos. (Estos ejemplos están tomados de algunos libros vascos que se habían publicado poco antes del "Gero", tales como el de Materre, los de Etcheberri de Ciboure, Haramburu, Argaignarats, etc.). Prácticamente, ¿cómo resolvió Axular el problema? Se basó en la tradición labortana, con una cierta apertura en gracia a los lectores de otras zonas. Se ha notado que usa voces no labortanas, sin duda por este deseo de hacer el libro más asequible, voces que él conocía por el trato que había tenido con vascos de este lado, etc.

ETCHEBERRI (1712)

Pero entre los antiguos es tal vez Joannes d'Etcheberri, médico y autor vasco, natural de Sara y vecindado en Guipúzcoa, el que más explícita y extensamente aborda el problema en su "Eskuararen Hatsapenak", escrito en 1712 y editado por Julio de Urquijo en 1907.

En esta obra hay un capítulo entero dedicado a Axular. En este capítulo dice Etcheberri que si en todos los dominios se necesita tener un guía, mentor o jefe, también al euskera le sucede lo mismo, pues esta lengua anda como un barco desvencijado y dejado a merced de las olas, o como un huérfano desvalido. Este jefe o guía, a juicio de Etcheberri, debe ser único, y tal que reúna las debidas condiciones (p. 59). Y discurre por todos los dominios de la naturaleza para probar que por todas partes se descubre esta ley de tener un guía o jefe a quien es preciso seguir. Pues bien, el euskera también lo necesita, y según Etcheberri, no hay duda sobre quién debe ser éste: Axular. Se extiende sobre los títulos y cualidades que hacen a Axular acreedor a este puesto o jefatura. Se queja de que

muchos en los sermones recitan trozos enteros de Axular, pero sin decir de quién los toman, etc. (p. 65).

Desde luego, este liderato que aquí propugna Etcheberri para Axular como guía o maestro de escritores, sería fácil probar que de hecho lo ha ejercido, al menos sobre los escritores, prosistas y aun predicadores populares del lado vasco-francés; y aunque en menor grado, su influencia también se ha sentido a este lado.

MENDIBURU (1708-1782)

En la segunda mitad del siglo XVIII, después que Larramendi con sus obras empezó a despertar de su sopor a los vascos de este lado, empieza a haber una producción un tanto copiosa en vasco. Los primeros autores fueron Cardaberaz y Mendiburu. No siguen la tradición labortana, pero el vasco en que escriben estos dos autores tampoco es uniforme ni mucho menos. El vasco de Mendiburu se orienta más a Navarra o aun a Labort, ya porque su pueblo natal, Oyarzun, es de habla navarra, ya porque él también vivió y trabajó mucho en pueblos navarros. El "Jesusen Bihotzaren debozioa" de Mendiburu fue incluso vertido al G por Gregorio Arrue, lo que prueba que en concepto de éste aquello no era guipuzcoano.

En el prólogo a su segunda obra "Otoitzgaiak", refiriéndose al problema que nos ocupa, dice así Mendiburu: "Usaré en lo posible palabras que se puedan entender en cualquier parte, porque el libro se ha hecho para todas partes y todas las palabras no las entienden igualmente todos los vascongados. Es cierto que aunque el lector las lea como están (supone un lector que dirige desde el púlpito, para lo cual compuso las meditaciones) que no perderán los oyentes lo que se les dice, pues el vascuence de este libro es más fácil que el del libro que compuse antes, y aun aquél lo entienden, según confiesan ellos, si se les lee como indico (cambiando el lector con preparación anterior algunas palabras de mejor inteligencia en cada auditorio). Y aunque una u otra vez pierdan algo, pronto se acostumbrarán a las palabras que oyen, y dejadas apar-

te otras extrañas y que no se deben admitir, escogerán para su habla las palabras vascas más netas y suaves" (p. XIII, ed. 1904).

J. A. de MOGUEL (1745-1804)

Juan Antonio de Moguel, a fines del s. XVIII y principios del XIX, junto con el P. Añibarro, puede considerarse como el iniciador del cultivo intensivo del dialecto vizcaíno. Sin embargo, es de advertir que Moguel su primera obra ("Erakasteak"), publicada el año 1800, no la escribió en B, sino en G. En el prólogo dice (p. XIII) que cree que su libro será entendido en toda Guipúzcoa, en muchos pueblos de Vizcaya y en la mayor parte de Navarra. Afirma también que los libros de Mendiburu, porque tienen muchas palabras navarras^a no se entienden (al menos en Vizcaya) tan bien como los de Cardaberaz, y por esta razón a éste es a quien ha procurado seguir.

Pero después, en otro impreso que publicó, da cuenta de la nube de protestas y amargas quejas que hubo en Vizcaya, porque había postergado el dialecto nativo del Señorío. Dice Moguel que en respuesta a estas quejas él podría dar razones poderosas de su proceder; pero se esfuerza sobre todo en hacer ver a los vizcaínos que las diferencias entre ambos dialectos, G y B, son más imaginarias que reales (Cf. "Nomenclatura de las voces guipuzcoanas etc... Texto de dos impresos sumamente raros de J. A. Moguel", en "Boletín de los Amigos del País", 1964). Sea por el sentimiento arraigado de la dignidad del propio dialecto que halló en los vizcaínos, sea por otras causas, Moguel comprendió que debía cultivar el dialecto B. Con todo, al hablar de las razones poderosas que podría dar para justificar su anterior proceder, parece indicar que él opinaba que para la prosa expositiva y didáctica se debía utilizar un tipo de euskera más común o general (1).

AÑIBARRO (1748-1830)

Añibarro, contemporáneo y amigo de Moguel, es otro

de los pioneros del B. En el prólogo a sus "Voces Bascongadas diferenciales" (publicado por la Caja de Ahorros Vizcaína, Bilbao 1963), Añibarro hace hincapié en este hecho de la diversidad de voces que se da en el país, y trata de explicarlo. Véase una de las razones que da: "También ha sido motivo a la variedad de dialectos la falta de libros bascongados, que no los ha habido hasta mis días (2). Y lo mismo hubiera sucedido con la lengua castellana, si no hubiesen conservado los libros su uniformidad" (P. 21).

Claro que esta razón es muy discutible. Los libros no producen automáticamente la uniformidad, al menos si ellos mismos no están concebidos con cierta dirección prefijada en este sentido. Si los libros se meten a cultivar dialectos y localismos (que es lo que ha pasado en gran medida en vasco), lejos de ayudar a la uniformidad, se convierten en adversarios de ella, contribuyen a fomentar la dispersión. A lo largo del XIX y del XX, el interés por los estudios dialectológicos, por lo local, lo puro, etc., conducirá a una dispersión cada vez mayor. Los libros, solo cuando ellos mismos siguen una tradición uniforme, son factor de unificación.

ITURRIAGA (1778-1851)

Pedagogo y fabulista, natural de Hernani. De muchas de sus fábulas nos dejó doble versión: una guipuzcoana y otra labortana, como puede verse en la reciente edición de la colección "Auspoa". Aun en sus composiciones guipuzcoanas es sensible el influjo del L.

EL PRINCIPE BONAPARTE (1813-1891)

Aunque fundamentalmente era un científico investigador de la dialectología vasca, a él se debe la iniciativa de

(1) Empero, en su obra "Peru Abarka" Moguel introduce a personajes de diferentes regiones vascas que hablan su respectivo dialecto y no se pueden entender mutuamente.

(2) Es obvio que al decir esto Añibarro solo tiene en cuenta la literatura de este lado del país.

hacer traducir por primera vez la Biblia completa a los dos principales dialectos literarios: el L y el G. La versión labortana fue realizada por Duvoisin y publicada a expensas del Príncipe. La guipuzcoana la llevó a cabo el P. Uriarte, pero por las circunstancias de la época quedó en su mayor parte inédita. La caída de Napoleón III, ahora hace un siglo, influyó sin duda en ello.

* * *

Y así podríamos seguir acumulando testimonios fehacientes de la añoranza de la unidad, y hechos que evidencian un estado anormal o suerte de cantonalismo en la literatura vasca. Sin duda, hay circunstancias históricas que explican esta realidad: el individualismo de los vascos, su pertenencia a diversas circunscripciones políticas, la ausencia de una auténtica cabeza o capital o de una tradición literaria suficientemente importante como para imponerse, el hecho de existir dialectos bastante diferenciados en lo hablado, etc. Todo esto ha hecho que la literatura vasca se fragmentara en dialectos, y aun dentro de los dialectos tampoco es uniforme, pues, aunque ello parezca mentira, dentro del mismo B, G, L existen divergencias asaz grandes en el modo de escribir: ortografía, declinación, vocabulario, conjugación, etc.

2.ª Parte

Soluciones o caminos que se han propuesto para llegar a la lengua literaria común

Pero es en la época reciente, a raíz de la fundación de la Academia, cuando la preocupación se hace más sensible y general, y el problema se plantea más de propósito, se proponen diversas soluciones y caminos, etc.

ELEIZALDE

En el I Congreso de Estudios Vascos celebrado en

Oñate en 1918 (en el que se decidió la fundación de la Academia de la Lengua Vasca o *Euskaltzaindia*), la cuestión de la lengua literaria común es planteada en términos claros y valientes por D. Luis de Eleizalde.

Elizalde pronunció en dicho Congreso dos lecciones sobre "Metodología para la restauración del euskera" (Véase Actas del Congreso, p. 428 ss.). En ellas aborda la cuestión de la unificación literaria, que considera a todas luces necesaria: "Tenemos hoy —dice—, para una población de medio millón de euskeldunes, tres principales dialectos literarios. Es evidente que esto no puede subsistir, es evidente que llegará un momento, y deseo que sea muy pronto, en que la fuerza de las cosas nos obligue a elegir un solo dialecto como literario; de lo contrario nos vemos forzados a hacer triples ediciones de nuestros libros (lo que equivale a renunciar a toda literatura), a establecer triple sistema de escuelas, y a renunciar por tanto a toda labor educativa" (P. 436). ¿Cómo llegar a esta unificación deseada? ¿Por evolución natural, esperando a que un dialecto por su prestigio, número y calidad de obras, etc., se imponga? Sería lo mejor, pero la urgencia del caso no admite demoras. Lo más práctico y acertado será, pues, proceder por una especie de convenio entre los escritores y las demás personas y entidades interesadas en este asunto (P. 437). Habrá que elegir el dialecto que más ventajas ofrezca, como único literario. El léxico puede completarse con aportes de todos los otros dialectos. En cuanto al verbo, habrá que escoger uno de los sistemas.

Es clara, pues, la solución propuesta por Eleizalde. Sin esperar a una evolución o unificación natural es preciso desde ahora, por medio de acuerdos, escoger un dialecto para usos literarios, completándolo, en cuanto al léxico, con los aportes de todos los otros.

URQUIJO

D. Julio de Urquijo expuso su calificado punto de vista en una interesante conferencia publicada en la Riev X

(1919), p. 164 ss., titulada "Lengua internacional y lenguas de civilización".

Resumimos su opinión sobre el problema. Una unificación de todos los dialectos en forma rápida y violenta es una utopía (P. 177). La solución de adoptar como literario uno de los dialectos existentes, admitiéndolo como lengua común: si se lleva sin exageraciones y extremos —dice—, ésta pudiera ser la solución más aceptable (P. 177)

"Digo sin exageraciones y extremos, porque tomada al pie de la letra tendría el inconveniente de cerrar el camino a escritores de natural talento y aptitudes que no se decidieran a escribir en un dialecto que no fuera el suyo y en el que se verían privados de la frescura y lozanía, cualidades muy apreciables, sobre todo en una literatura espontánea y popular como la nuestra". De suyo sería preferible no tomar resolución alguna y esperar a que uno de los dialectos dominara por la fuerza de las circunstancias (P. 177). "No olvidemos ni por un solo instante, que, si bien una lengua literaria tiene algo de artificial, no es, sin embargo, una lengua artificial" (P. 178).

Se advertirá que Urquijo va en contra de la solución propugnada por Eleizalde. Prefiere que no se tome resolución alguna. Teme al artificialismo, etc.

ORIXE

Orixe expuso su opinión en un artículo titulado "Unificación del lenguaje literario", que se publicó en la Riev XI, 53 y también en "Euskera" 1922, I, 43-45. En este artículo desapruueba la solución de adoptar, sin más, un solo dialecto, por ejemplo, el G, por lo que esto significa de empobrecimiento, de postergar a los demás, etc.

El otro proyecto o solución (formar un lenguaje literario nutriéndose de la savia de todos los dialectos), en el fondo le parece aceptable, pero ¿en qué forma se debe ejecutar esto? No es éste cometido de la Academia, sino que cada escritor en cada ocasión será el que escoja con tino las formas más distantes. Cada escritor es el llamado a unificar el lenguaje. "Lamentarse del exceso de dialectos y

quererlo reducir a uno inflexible, formado sí en cuanto al léxico del caudal de todos, pero adoptando una morfología estrecha y matemática, es procedimiento antinatural, anti-artístico y absurdo, incapaz de retener la ruina del idioma, y muy capaz de apresurarla" (P. 53).

Como se ve, también Orixe se enrola en la posición de Urquijo.

Por lo demás, decir que cada autor unifica el lenguaje es lo mismo que no decir nada o salirse de la cuestión. Lo unificará en todo caso para sí, pero si cada uno lo unifica de diverso modo, no hacemos nada.

Como más de una vez lo hemos repetido, en toda esta controversia late un equívoco, que reposa en la ambigüedad del término "literario". Se tiene la preocupación de la bella literatura, como si la lengua escrita fuera solo eso o primordialmente eso. Se tiene horror al artificialismo, pero en cierta medida toda lengua escrita unificada es y tiene que ser artificial y convencional.

ALTUBE

Severo Altube ha sido, sin duda, uno de los que más atención han prestado al problema, en plan teórico. Conocedor a fondo de la moderna ciencia del lenguaje y de las leyes por las que se rige la vida de las lenguas, no podía por menos de conceder la máxima importancia a esta cuestión. En su discurso de entrada en la Academia, pronunciado el 28-12-1920, y que lleva por título "Izkuntz jakintzia ta euskeriaren bizitzia", expone sus ideas capitales. Podemos resumirlas así: 1) Nuestra preocupación primordial debe ser la lengua viva, pues una lengua que no se habla es como nada. 2) La lengua escrita tiene un carácter secundario y debe mantenerse cercana a la hablada. 3) Necesitamos una lengua escrita uniforme o unificada. A primera vista puede parecer que este principio contradice a los anteriores, pero no es así, sino que los completa. La unificación de la lengua escrita es un problema vital para la lengua. Todos los lingüistas están de acuerdo sobre este particular, y sin embargo los vascos

todavía andamos discutiendo incluso la conveniencia de esta unificación. Por una parte, la lengua escrita debe ser cercana al habla viva popular, y por otra, uniforme. Estas dos características parecen entre sí contradictorias, pero no lo son.

Tengamos en cuenta esta triste verdad: Si no logra el euskera la fórmula de una lengua escrita apta para los menesteres de hoy, unificada y cercana al habla popular, quieras o no, recurriremos a los otros idiomas para llenar este vacío. Y los síntomas de que esto está ocurriendo son demasiado evidentes, por desgracia.

¿Cómo llegar a esta lengua escrita unificada? Escogiendo las palabras y elementos gramaticales que tienen vida más profunda, más extensión, arraigo y tendencia a prevalecer. Esta lengua escrita tiene que ser uniforme, no a través de los siglos, pero sí en cada época. (Véase "Euskera", 1921, n. 1, 3-49. Véase también *Altube*, "La unificación del euskera literario", en "Eusko Jakintza", 1949, 181-204; *Villasante*, "Sebero Altube iztegi arazoetan maisu", en "Euskera", 1964, 293-313).

Como se ve, *Altube* reacciona contra la actitud de los que no quieren que se tome ninguna resolución, sino que quieren que las cosas se resuelvan por sí mismas (lo cual es muy dudoso que ocurra y por otra parte, la cosa urge). El se inclina por una lengua literaria uniforme, pero firmemente basada en la lengua hablada de hoy.

INFORME CAMPION-BROUSSAIN

La naciente Academia encargó a dos académicos de número, Campión y Broussain, la redacción de un Informe sobre este tema de la unificación del euskera. Se publicó en "Euskera" III (1922), n. 1, 4-17 (y también en folleto aparte).

En este Informe se proponen tres soluciones posibles: 1) La pura prohibición de uno de los cuatro dialectos literarios. 2) Formar el noveno dialecto ajustando, adornando, puliendo, perfeccionando, completando, acrecentando los elementos formativos dispersos en el habla literaria

y rústica, puestos los ojos en el euskera ideal, pintado a las luces de la dialectología comparativa. 3) Entre la prohibición y la generación antedicha, se descubre un arbitrio intermedio que consistirá en elegir, a título de base, ejemplar, patrón o como quiera decirse, un dialecto literario y enriquecerlo con los despojos que arrebatásemos a los otros, cuidando de compaginar las ganancias con la naturaleza, complexión, temple, índole e idiosincrasia peculiares del dialecto favorecido.

En el caso de inclinarse por la primera solución, "si hubiéramos de mirar solo a la importancia lingüística del dialecto, ni discusión cabría: habríamos de preferir el labortano antiguo u arcaico, teñido de bajo-navarro oriental y sobre todo de suletino: el dialecto del Nuevo Testamento de Leizarraga, impreso el año 1571..." Pero añade: esta solución es inaceptable, pues la Academia apetece enseñar al uso público un dialecto que se divulgue y propague, y no es manera adecuada de satisfacer tal deseo proveerle de un dialecto arcaico que la gente común labortana entiende hoy con dificultad y que los señores académicos habrían de estudiar previamente.

Mirando a la difusibilidad y fuerza expansiva ("arrestos invasores"), la balanza se inclina por el guipuzcoano: éste sería como el toscano o el castellano del vascuence. El labortano representa un papel análogo entre los dialectos ultrapirenaicos. De elegir uno, habría que elegir entre el G y el L; la elección recaería más probablemente sobre el primero. Pero ¿debe elegir la Academia? Parece odioso y arriesgado.

La 2ª solución está erizada de dificultades.

Lo más viable parece elegir uno de los dialectos literarios vivos y adaptar a su estructura e índole propias los perfeccionamientos que de los demás dialectos se tomen.

La proposición final de este Informe reza así: Unificar el euskera sobre la base del dialecto guipuzcoano o del labortano o de ambos previamente combinados, en la

forma y modo que indica el presente Informe (1).

Tal es, expuesto a grandes rasgos, el contenido del Informe Campi3n-Broussain. El Sr. Kamaraka, en su cr3tica al Plan aprobado por la Academia en Ar3nazu, dice que ninguno de los dict3menes sobre unificaci3n que se emitieron antes de la guerra habla de adoptar la "h". Es cierto que expl3citamente no hablan de ello, pues no descienden a semejantes detalles. Pero cuando el Informe Campi3n-Broussain considera la adopci3n del L (solo o combinado con el G) como una de las opciones probables ¿acaso no lo da por supuesto impl3citamente?

Adem3s, la Academia el a3o 1922 public3 en la revista "Euskera" numerosos dict3menes, opiniones, etc. de diversas personalidades acerca del tema. Naturalmente, hay opiniones para todos los gustos, y no podemos extendernos aqu3 en resumir y comentar una por una cada una de ellas.

ESTATUTOS FUNDACIONALES DE LA ACADEMIA

En los "Estatutos de la Academia de la Lengua Vasca" impresos en 1920, al enumerar las tareas a las que debe dedicarse la Secci3n tutelar, se3ala como la primera: "Trabajar3 preferentemente en la formaci3n de un lenguaje literario unificado en l3xico, sintaxis y graf3a, que nutri3ndose de la savia de todos los dialectos, nos permita disfrutar de una literatura com3n" P. 3).

ACUERDO RELATIVO AL GUIPUZCOANO

Pero no sabemos que la Academia misma como tal diera ning3n decreto o adoptara una decisi3n concreta. Solamente hemos hallado el siguiente acuerdo de fecha 29-12-1920, que es de alcance muy limitado: "Euskaltzain-

(1) El Informe Campi3n-Broussain reconoce que este asunto de la unificaci3n literaria es el problema m3s grave de cuantos se han sometido a la Academia, considera urgente e inaplazable su soluci3n y pide que la Academia constituya las Comisiones necesarias para ello. Pero en realidad la Academia en cuanto tal no hizo nada, no prescribi3 nada en concreto. Este Informe lleva fecha 24-4-1920.

diaren bein beineko euskalkia (diploma ta agerkaietan) Giputza izatea". O sea=Que el dialecto provisional de la Academia (en diplomas y documentos) sea el guipuzcoano. ("Euskera", 1922, n. 2, p. 11).

AZKUE

Azkue, primer presidente y alma de la Academia durante muchos años, era en esta cuestión partidario de adoptar como base el guipuzcoano, pero enriquecido o completado con elementos de otros dialectos. Su novela "Ardi Galdua", 1918, está escrita en este vasco que él propiciaba. Y, como es sabido, redactó todo un extenso estudio titulado "Gipuzkera Osotua" (=El guipuzcoano completado). En él se detallan los elementos que este G literario debería tomar de los otros dialectos o variedades de la lengua. Cf. "Euskera", 1934.

Ciertos guipuzcoanistas de hoy se cubren con la autoridad de Azkue, pero sin razón, y basta tomar en las manos el citado "Gipuzkera Osotua" para ver que no le siguen, pues que, como hemos dicho, Azkue quería un lenguaje, basado sí en el G, pero completado con aportes masivos de los otros dialectos.

De todos modos, dentro de esta dirección del *gipuzkera osotua*, que, fuerza es confesar, cada autor la realiza a su manera, se han orientado ciertos escritores de la época actual: *Olabide*, *Ibinagabeitia*, *Zaitegui*, etc. (1).

En cuanto a *Lizardi*, véase lo que Ariztimuño escribió de él: "Crear un dialecto central literario fue, también, una de sus aspiraciones. Sentía una especial predilección por el labortano. Aproximar hacia éste el guipuzcoano fue

(1) Sería interesante estudiar la trayectoria y evolución de este "Gipuzkera Osotua" en la última época. Este estudio nos mostraría sin duda que un cultivo cada vez más creciente de localismos sin tradición literaria y el abandono de una visión un tanto ecuménica ha conducido al descrédito de esta tentativa de unificación. Por otra parte, la vuelta a las fuentes, el estudio de los autores viejos y el conocimiento más amplio de la realidad del euskera en toda su extensión ha hecho nacer el deseo de un replanteamiento del problema sobre la base de la tradición literaria general, en lo que ésta tiene de común y válido para todos.

su ideal. ¿Quizás porque es el labortano el dialecto central del euskera? Sin duda. Poco a poco iba extrayendo de los escritores y del habla corriente labortana frases y expresiones, que después, merced a él, se han infiltrado en el guipuzcoano y en el vizcaíno inclusive. Más de una vez nos recomendó ciertas expresiones castizas del labortano para imprimir en nuestros discursos más sabor euskeldun a nuestra dicción. Todo ello se advierte con leer ligeramente la prosa y las poesías de Lizardi". (*Aitzol*, "El poeta José María de Aguirre", en "Yakintza", 1933, p. 175).

F. C. KRUTWIG

El Sr. Krutwig, académico de número y reorganizador de la Academia después del marasmo que sufrió tras la guerra civil, es autor de unas proposiciones dirigidas a la misma Academia "Sobre ortografía vasca y el vascuence escrito" (12 páginas multicopiadas, sin fecha, pero que deben ser de 1951). En ellas se vuelve a poner sobre el tapete el problema de la lengua literaria unificada. Citamos algunos párrafos: "Crear un tal idioma es obligación de la Academia, para ello fue fundada. Sin este idioma literario no logrará la Academia otro de los fines para los cuales nació, la conservación del euskera". "Toda lengua literaria nace de una tradición escrita".

"No hay nada más falso que creer que al pueblo le interesa que se le escriba en lenguaje rudo y vulgar. Empleando el vascuence solo para bajos menesteres no se dignifica el idioma nacional del vasco. Escribir en un lenguaje que de puro popular pasa a ser vulgar, como es el hecho de pretender escribir en seis u ocho modalidades del vascuence, es perjudicial para el euskera. Un lenguaje cultivado siempre ejerce atracción sobre las clases inferiores. Entre los dialectos vascos solo hay uno que ofrezca tales ventajas de separarse ya lo bastante del lenguaje vulgar y comúnmente hablado para que ejerza tal necesaria atracción. Y esta forma de hablar es la empleada por Leizarraga, Atsular y Etcheverry. Estos escritores representan por otra parte a la tradición vasca. Su idioma es

además aquel que más fácilmente puede entenderse allí donde se emplee el dialecto propio. Proponer el vascuence guipuzcoano tal como hoy se habla o creer que el vascuence labortano actual o bajonavarro-labortano de cualquier parte de Labort puede dignamente cumplir las exigencias de una lengua literaria es falso”.

Como se ve, Krutwig propone que se adopte como base la lengua escrita de los primeros prosistas vascos: Leizarraga, Axular, Etxeberri. Reconoce que esta lengua es un tanto arcaica, pero esto mismo ocurre a toda lengua literaria, y lejos de ser óbice, contribuye a rodear a ésta de un cierto halo de aristocratismo, prestigio y distinción.

La solución de Krutwig fue ya considerada en el informe de Campión-Broussain y desestimada, por cuanto lo que se pretende —viene a decir dicho informe— es una lengua cercana al habla actual. Esta es también la opinión de Altube. No obstante, Krutwig ha tenido el mérito de recalcar un aspecto de la cuestión que tal vez no se tiene suficientemente en cuenta, a saber: que la lengua literaria es una lengua escrita; y como tal, nace de una tradición literaria.

En esta misma línea de basar la lengua literaria en la tradición más antigua del euskera escrito está concebido nuestro discurso de entrada en la Academia. (Véase “Boletín de Amigos del País”, 1952, 91 ss., 259 ss.).

En las citadas proposiciones de Krutwig se pide también a la Academia que por practicidad se reconozcan como lícitas las letras geminadas, al igual que las letras con tilde. Se pide asimismo que la Academia recomiende el empleo de la letra “h” para así contribuir a la necesaria unidad literaria (1).

(1) El Sr. Pelay Orozco en su libro “Gran país, difícil país” ridiculiza y hace chacota de los axularianos que emplean palabras o giros arcaicos por imitar a autores antiguos. Comprendemos que en todo caben excesos, y también que es fácil hacer caricatura. Pero no nos podrá negar el Sr. Pelay que los escritores se forman en el trato asiduo con los autores. Lo dijo ya Horacio. Y recientemente aun nos confesaba José de Arteche que él aprendió a escribir en castellano leyendo y releiendo a Fr. Luis de Granada, que es más antiguo que Axular. Lo que en cualquier lengua o literatura se considera cosa elemental y de cajón, indiscutida e indiscutible, no comprendemos cómo pueda ser discutida o puesta en tela de juicio tan pronto como se trata de la nuestra.

El señor académico D. Antonio Arrue pronunció en San Sebastián un discurso sobre el tema. Se publicó en "Euzko Gogoá", marzo-abril 1956, p. 62-76. En dicho discurso defiende que se debe adoptar como base el G, y como clave de bóveda el L, y luego completar la casa con elementos de los otros dialectos. Ello sería incumbencia de la Academia, y podría llevarse a cabo por la acción conjunta de las revistas que cultivan el vasco (P. 74). Por lo demás, advierte el Sr. Arrue que este euskera unificado solo se emplearía en literatura, y no en cualquier literatura, sino en la superior (P. 67).

Por nuestra parte, creemos que aquí también se juega con el equívoco de la palabra "literario". Los literatos, los artistas de la palabra, son tal vez los que menos necesitan de que se les proporcione el instrumento, pues ellos más o menos se fabrican su "verbo". De lo que se trata es de algo más prosaico, cotidiano y común: de la lengua que necesitamos para los menesteres corrientes escritos.

Por lo demás, en este discurso del Sr. Arrue se encontrará mucha información y recuento de opiniones acerca del problema que nos ocupa.

OSKILLASO (Basterrechea)

El Sr. *Oskillaso*, en su libro titulado "Kurloiak" y publicado en 1962, vuelve a replantear el problema. Para él no es justa solución prohiar un dialecto —el G—, y emplear solo éste, aun cuando se le agreguen pequeñas dosis tomadas de otras partes. Lo que necesitamos —dice él—, no es el guipuzcoano completado, sino el euskera completado, o lengua común vasca, no basada en ningún dialecto particular e integrada con elementos de todos ellos. El lenguaje de su libro pretende ser una muestra de este vasco común.

Pero por más que *Oskillaso* diga que no se basa en ningún dialecto y por más que acumule elementos de todas las procedencias, es innegable que el alma de su libro,

el aglutinante o crisol que funde todos aquellos elementos, es vizcaíno, o sea, el dialecto nativo del mismo autor.

En la revista "Egan", julio-diciembre 1963, p. 162-181, publicó Oskillaso un artículo titulado "Ihardespen bat Mitxelena jaunari" en que también defiende su punto de vista.

LAFITTE

Pierre Lafitte, en el *Préface* a su *Grammaire Basque*", Bayona, 1944, alude de paso a los que han querido unificar el vasco por revolución, evolución, etc., y agrega estas palabras: "Pensamos en los diversos proyectos de la difunta Academia vasca que deliberaba con sabiduría, pero legislaba en el desierto: tal vez iba demasiado a prisa, al menos por lo que a nuestra región se refiere, al tomar el guipuzcoano como base inmediata del vasco literario". (Ya hemos visto que la Academia, como tal, no llegó nunca a acordar tal cosa).

A continuación Lafitte se limita a constatar un hecho: En el País vasco-francés —dice— (exceptuando la región de Soule), en los últimos sesenta años se ha creado una suerte de lengua escrita común a base de la tradición labortana antigua, profundamente alterada por una invasión de bajonavarrismos. Es el novísimo dialecto literario bautizado por él con el nombre de "navarro-labourdin". Esta unidad así lograda para casi todo el país vasco continental es una etapa en el camino de una más amplia unidad posible en el futuro. (Por nuestra parte, mucho nos tememos que esto no ha sido más que una marcha atrás en el camino hacia la lengua literaria común).

El mismo autor, en "Gure Herria", julio 1968, 1-10, aborda de nuevo y más de propósito el tema: "A propos de l'unification du basque littéraire". En este artículo, en forma de entrevista, se expone la situación anárquica del francés en el siglo XVI, muy parecida a la actual del vasco, y la unificación literaria que se operó entre 1630 y 1660, y que fue obra de escritores. Estos, deseosos de hacerse leer y entender, redujeron su vocabulario a un

pequeño número de términos generales comunes a los medios medianamente intruidos, a los que ellos se dirigen, y se empeñaron en emplearlos con precisión, sobriedad y elegancia, con una sintaxis clara y lógica. Lafitte propone, pues, la reducción de vocabulario, al menos para comenzar. Un léxico relativamente reducido de términos generales comunes a la mayoría de los dialectos. Hoy se componen mini-diccionarios basados sobre la frecuencia de empleo de las palabras. Cosa parecida habría que hacer con la gramática.

Esta labor de reducción sería una primera etapa. Habría que resolver también el modo de integrar los términos relativos a la vida moderna. Este vasco común deberá producir obras maestras, y éste será el único modo de que se extienda. Al lado de él seguirá habiendo una literatura popular más local (canciones, improvisaciones, teatro rural, periódicos). El otro será propio de ensayos, novelas, obras de historia... Y la literatura popular siempre influirá sobre la marcha de la otra. Es una aventura que merece ser intentada con muchas precauciones, termina Lafitte.

BAYONA Y ERMUA

El verano de 1964 se celebraron en Bayona unas jornadas de estudio de un grupo de escritores, en orden a dar unos pasos efectivos en el camino de la unificación de la lengua escrita. En lo ortográfico se decidió la supresión de las haches postconsonánticas y se propusieron etapas para ir introduciendo gradualmente las restantes aun en los dialectos que no pronuncian esta letra. Se propusieron también los paradigmas de la declinación del vasco unificado y aun algunas formas de la conjugación.

Finalmente, en el verano de 1968 se celebraron en Ermua (Vizcaya) otras jornadas de escritores sobre el mismo tema. Sus trabajos, votos, etc. se publicaron en la revista "Jakin", mayo-octubre, 1968. En dicho número pueden verse documentados estudios de *A. Irigaray*, *P. Lafitte*, *J. A. Letamendía*, *Txillardegí*, etc.

XVI

EPILOGO

El efecto que este largo desfile de opiniones produce es, sin duda, descorazonador. El sino de estos planes y dictámenes ha sido el archivo. Se leen, se archivan, y las cosas siguen como antes. El cultivo de los dialectos vascos ha seguido su camino anárquico, caótico, divergente y heterogéneo. Ante esta situación la Academia se ha visto empantanada, sin saber qué hacer, ni si debe hacer algo.

Si la Academia en su primera época no se decidió a hacer nada, ello se debió sin duda a que *los pesos pesados* de la misma Academia sustentaban posturas inconciliables al respecto: desde Eleizalde que quería que por medio de acuerdos sabiamente tomados se decidiese la unificación, hasta Urquijo que desaconsejaba toda resolución de este tipo. Para descargo hay que decir también que entonces no se veía la cosa tan urgente como hoy, pues no existía el movimiento de las ikastolas. Hoy, empero, el problema parece inaplazable. Y las nuevas generaciones estiman que ha llegado el momento no de hacer un informe más para ser archivado, sino de dar un paso eficiente en el camino que lleva a la lengua escrita común.

Y tal es plan que por encargo de la misma Academia elaboró el Sr. Michelena y fue en sus líneas generales aprobado y propuesto al país por la misma Academia en el Congreso de Aránzazu de 1968. Plan que es el que nosotros hemos expuesto y comentado en la parte central de este opúsculo. Este Plan sortea el escollo de hacer discriminaciones odiosas adoptando un determinado dialecto. Lo que hace es dar unas cuantas normas para que el cultivo de los diversos dialectos discurra por unos cauces de acercamiento o convergencia. Si el país toma en serio estas normas, como creemos que debe hacerlo, se habrá dado un paso decisivo hacia la unificación. El paso último o de unificación total queda a merced de la evolución ulterior o de las circunstancias futuras.

Además (esto también hay que decirlo), el presente Plan no trata de crear la unificación a base de acuerdos puramente convencionales o arbitrarios, pues un tal plan, a fuer de artificial, seguramente no resistiría a la prueba del tiempo. Por el contrario, este Plan busca sus bases en el euskera mismo, en ese fondo o patrimonio común que se nos descubre en la lengua, a poco que se hurgue en ella, y que por encima de las variedades dialectales, se revela tan bien en los viejos autores. No es, pues, un sistema que la Academia se ha sacado, por así decir, de la manga, sino que es intrínseco o inherente a la lengua misma (por decirlo de alguna manera). El renacimiento contemporáneo ignoró por mucho tiempo a los viejos autores. Hoy, en cambio, nos hemos percatado de que ahí están los verdaderos cimientos. En efecto: por encima (o por debajo) de lo que tienen de vario, dejan ver el meollo o substancia que constituye el sistema básico o común para un único euskera literario.

Ciertamente, no podrá decirse que la Academia ha obrado precipitadamente, pues que ha tardado 50 años en dar una respuesta al problema con el que se le emplazó desde su fundación, y esta respuesta es aun sumamente cautelosa y discreta, preocupada por sortear los escollos en que una solución demasiado radical y drástica naufraga.

garía seguramente; pero en fin de cuentas, respuesta positiva y esperanzadora.

* * *

El Sr. Pelay Orozco, en su libro antes citado, dice que los adversarios del purismo lexical vienen ahora a introducir un nuevo purismo, so pretexto de la unificación. Reconocemos de buen grado lo que hay de exacto en la observación. El mismo Eleizalde hablaba de izquierdismo y derechismo lingüístico (1). El militaba en el primero, Urquijo y Campión en el segundo. Si en la cuestión del purismo lexical la Academia ha dado la razón a la derecha y en la de unificación a la izquierda, en todo caso lo único que con ello se prueba es la independencia y libertad con que ella actúa, estudiando cada cuestión en sí misma y por sí misma y escogiendo el camino que procede, sin atarse a ninguna determinada escuela o dirección.

* * *

Las tres soluciones o fórmulas que como posibles estudiaba el Informe Campión-Broussain están todas erizadas de escollos graves. 1) Escoger un dialecto tal como él es, y usarlo exclusivamente para los menesteres literarios. Esta solución presenta el grave inconveniente de la postergación y ofensa que se infiere a los vascos de los otros dialectos, los cuales no se prestan a esta solución y siguen por sus propios derroteros. 2) Hacer, por convención, un dialecto común, extrayendo los elementos de todos. Esta solución tiene el peligro del artificialismo, del pastiche. 3) Tomar como base un dialecto dado, pero enriquecerlo con incrustaciones de los otros. Este camino medio tiene los escollos de la 1ª y 2ª solución, como intermedia que es.

El Proyecto-base presentado por Michelena, en cambio, sin realizar de momento una unificación completa por no creerla factible, representa, si se lleva a cabo, un gran paso

(1) Véase revista "Euzkadi", 1914, 99.

hacia dicha unificación, y salva, por otra parte, los escollos de las soluciones anteriores,, pues no se da preferencia a ningún dialecto particular, sino que todos siguen en su derecho de ser cultivados, pero por convención se adoptan ciertas normas para que este cultivo discurra por cauces que conduzcan a un progresivo acortamiento de distancias, que más tarde puede llegar a fusión de una forma que es prematuro prever.

Parece la solución más inteligente, racional y humana de este difícil y delicado problema. Problema que, por otra parte, urge, y cuya solución es vital para la lengua.

Digamos una vez más: Esta solución recurre, por una parte, al recurso de un dirigismo sano e inteligente, previamente programado, y por otra, deja su margen a la evolución o al resultado de las circunstancias. Evita discriminaciones ofensivas. Unifica ya desde ahora la ortografía a nivel de toda la lengua y unifica también en gran parte la declinación y el léxico, y no prejuzga nada sobre el resultado o término final, ya que ello dependerá de la evolución de las circunstancias externas. Parece, en suma, el camino más indicado, el que la Academia puede recomendar sin temor a incurrir en los escollos expresados.

Es claro también (como ya lo hemos indicado anteriormente) que este Plan-base, para ser llevado a la práctica, postula ser complementado por decisiones ulteriores sobre puntos concretos o cuestiones de detalle.

* * *

Terminemos con las palabras con que D. Manuel de Lecuona clausuró aquel memorable Congreso: "A la Academia se le pidió que en conmemoración de las bodas de oro de su fundación realizara la unificación del euskera. La Academia ha cumplido su cometido. Se os han leído las conclusiones que durante tres días hemos celebrado.

Se dirá: He aquí hecha la unificación. Digamos más bien: Se ha roturado el camino para la unificación. Nuestras reuniones no han hecho sino eso: roturar el camino. La unificación es cosa que habrá que hacerla ahora, en la

práctica, en la vida: cumpliendo estas decisiones al escribir y en las ikastolas, escribiendo y enseñando de conformidad con estas normas. Por tanto, este quehacer os corresponde de una manera particular a vosotros: a los escritores y a las andereños". ("Euskera" 1968, p. 249).

Abreviaturas y siglas empleadas

Riev "Revista Internacional de los Estudios Vascos"

B.A.P. "Boletín de los Amigos del País"

FHV "Fonética Histórica Vasca"

G dialecto guipuzcoano

L dialecto labortano

B dialecto vizcaíno

S dialecto suletino

AN dialecto alto navarro

BN dialecto bajo navarro

Otras revistas y publicaciones vascas citadas

"Euskera", órgano de la Academia de la Lengua Vasca

"Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo"

"Egan", suplemento de literatura del "Boletín de Amigos del País"

"Gure Herria", revista vasco-francesa

"Yakintza"

"Eusko Jakintza"

"Euzko Gogoa"

"Jakin"

"Aránzazu"

"Zeruko Argia" y "Herria", semanarios

INDICE DE AUTORES CITADOS

- AGUIRRE (D.) 43, 44
AGUIRRE (J. Bta.) 43
ALFONSO X 18
ALTUBE (S.) 70, 92, 97, 108,
109, 114
ALZAGA (T.) 44
AÑIBARRO (P.A.) 33, 34,
38, 42, 56, 103, 104
ARANA (S.) 34, 65, 94, 96,
97, 98
ARBELBIDE 40
ARESTI (G.) 46
ARGAIGNARATS 101
ARIZTIMUÑO (AITZOL)
112, 113
ARTECHE (J. de) 114
ARRUE (A.) 115
ARRUE (G.) 43, 102
ASTARLOA (P.) 42
AXULAR (P.) 33, 40, 100
101, 102, 113, 114
AZKUE (R. M^a.) 36, 43, 96
112
BADIA I MARGARIT 21
BARATCIART 40
BARBIER (J.) 40
BARTOLOME DE STA. TE-
RESA (FR.) 42
BARRUTIA 42
BASTERRECHEA (Oskilla-
so), 115, 116
BELAPEYRE 42
BEMBO 21
BENGOA (E.) 65
BETOLAZA 42
BILBAO (F.) 43
BOCCACIO 20
BONAPARTE (L.L.) 33, 34,
36, 104
BROUSSAIN (P.) 40, 109,
111, 114, 120
BRUNOT (M.) 17
BUSTINZA (Kirikiño) 43
CAMOENS 18
CAMPION (A.) 40, 109, 111,
114, 120
CAPANAGA 42
CARDABERAZ (A.) 43, 53,
102, 103
CERVANTES (M.) 79
CHAHO 42
CHOURIO 40
CHARRITTON 44
DANTE 20
DECHEPARE (B.) 39
DUHALDE 40
DUVOISIN 40, 105
ECHEITA 43
ECHENIQUE 35
EGILEOR (M.) 94
EGUZKITZA 43
ELEIZALDE (L.) 30, 31, 97,
105, 106, 107, 118, 120
ERKIAGA (E.) 43
ESTRABON 37
ETCHAHUN 42
ETCHEBERRI DE CIBOU-
RE 101
ETCHEBERRI DE SARA
40, 41, 101, 102, 113, 114
ETXAIDE (J.) 44
ETXENAGUSIA (K.) 44
FABRA (P.) 9, 21
GARIBAY (E.) 42

GAVEL (H.) 58
 GOROSTIAGA (J.) 42
 GRANADA (Fr. Luis de) 114
 GRANDMAISON 66
 GUERRA (J.C.) 42
 GUERRICO 43
 HARAMBURU 101
 HARANEDER 40
 HERODOTO 15
 HORACIO 114
 IBAR (J. Mocoora) 65
 IBINAGABEITIA (A.) 112
 INCHAUSPE 42
 INTXAUSTI (J.) 21
 IOANNATEGUI 40
 IRAZUSTA 44
 IRIGARAY (A.) 117
 ITURRIAGA 43, 104
 IZTUETA (J.I.) 43
 JOURDAIN 90
 KAMARAKA 111
 KRUTWIG (F.C.) 40, 82,
 113, 114
 LACOMBE (G.) 37
 LAFITTE (P.) 32, 39, 41,
 116, 117
 LARDIZABAL 43
 LARRAMENDI (M.) 34, 42,
 43, 46, 58
 LECUONA (M.) 47, 83, 121
 LEIZARRAGA 33, 39, 40, 64,
 100, 113, 114
 LETAMENDIA (J.A.) 117
 LIZARDI (J.M.Aguirre) 44,
 112, 113
 LUTERO 19, 20
 MAISTER 42
 MANCISIDOR 44
 MANTEROLA 44
 MATERRE (E.) 101
 MEILLET 15
 MENDIBURU (S.) 33, 43,
 60, 102, 103
 MENDIZABAL (F.) 62
 MICOLETA 42
 MICHELENA (L.) 5, 36, 37,
 38, 42, 46, 47, 48, 52, 53, 56,
 58, 59, 60, 62, 63, 71, 72, 73,
 80, 82, 83, 89, 92, 93, 97,
 119, 120
 MICHELENA (S.) 44
 MOGUEL (J.A.) 33, 34, 42,
 56, 103
 MOGUEL (J.J.) 42
 MUGICA (P.) 44
 MUNITA 44
 OIHENART (A.) 33
 OLABIDE 112
 OLEAGA (N.) 73
 OMAECHEVARRIA (I.) 83
 ORIXE (N. Ormaechea) 44,
 107, 108
 OTXOLUA (Garro) 43
 PELAY OROZCO 114, 120
 PETRARCA 20
 POMONIO MELA 37
 PRAT DE LA RIBA (E.) 10,
 11
 SALAVERRIA 44
 SALLABERRY 42
 SAN JUAN DE LA CRUZ
 59, 60
 SAUSSURE (F.) 11
 SOLOETA-DIMA 96
 SOROA 44, 65
 SUGAR 98
 TELLECHEA IDIGORAS 58
 TXILLARDEGI 44, 117
 UBILLOS 43, 60
 UHLENBECK (C.C.) 37
 URIARTE (J.A.) 34, 43, 105
 URQUIJO (J.) 40, 96, 101,
 106, 107, 118, 120
 VENDRYES (J.) 14, 15, 16,
 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25,
 26, 27, 28, 29, 30, 32
 VERDAGUER (J.) 21
 VILLASANTE (L.) 109
 WHORF (B.L.) 91
 XENPELAR 90, 93
 ZAITEGUI (J.) 44, 112
 ZALONA 23
 ZAVALA (J.M.) 34
 ZUBILLAGA 44
 ZUMALDE (I.) 58

INDICE GENERAL

	Página
Prólogo	
I. Qué es la lengua literaria	5
II. Cómo se Constituyen las lenguas comunes. Dos especies o tipos de lenguas comunes	14
III. Lengua escrita y lengua hablada	24
IV. Los dialectos de la lengua vasca hablada	32
V. Dialectos vascos literarios	39
VI. El Plan o Proyecto-base propuesto por L. Michelena para enfilar el vasco escrito hacia la unificación	
I. Principios	46
VII. Ortografía	52
VIII. El problema de la "h"	59
Declaración de la Academia de la Lengua Vasca sobre la unificación del euskera literario	66
IX. Los signos de puntuación	68
X. Forma de las palabras. Las palabras vascas antiguas	72
XI. Las palabras nuevas	79
XII. Morfología	84
XIII. Sintaxis	89
XIV. Sabino Arana y la unificación del euskera . . .	94
XV. Mirada retrospectiva. Recuento de opiniones o historia de la cuestión	99
XVI. Epílogo	118
Abreviaturas y siglas empleadas	123
Otras Revistas y publicaciones vascas citadas	123
Índice alfabético de autores citados	125